

Jorge Comensal

Las mutaciones



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Primera parte

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Segunda parte

Cita

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Ramón Martínez es un abogado de éxito, un ateo convencido y un padre de familia como otro cualquiera. Pero todo cambia el día que Ramón tiene que ser operado y pierde la lengua —y con ella la capacidad de hablar— y comienza para él una silenciosa tragicomedia. Carmela, la mujer de Ramón, comenzará a tener discusiones diarias con un marido que no puede contestarle; Paulina y Mateo, sus hijos adolescentes, tendrán que afrontar la nueva situación mientras lidian con sus propias obsesiones (la obesidad y el onanismo). Elodia, la asistente supersticiosa, busca una cura milagrosa para su jefe, que acude a terapia con Teresa, una psicoanalista, que cultiva marihuana en su ático. En medio de todo este barullo, Benito es el nuevo miembro de la familia: un loro de una especie en peligro de extinción con el que, paradójicamente, Ramón se comunica mejor que con sus seres queridos y que es capaz de blasfemar y gritar todo lo que Ramón no puede.

Contada con un humor tierno y a veces un poco negro, esta tragicomedia nos muestra una familia como todas: con su día a día, con sus problemas, con su dosis de amor y de risas, y también, como en la vida misma, con su dosis de mala suerte y de lágrimas. Y con un loro.

LAS MUTACIONES

Jorge Comensal



Primera parte

Y tienes la penosa sensación
de que en el crucigrama se deslizó una errata
que lo hace irresoluble.

ROSARIO CASTELLANOS

De pie frente al espejo, Ramón abrió la boca como un babuino furioso contra sí mismo. Trataba de mirarse la garganta, pero la tenue luz del baño de La Montejo, su cantina predilecta, no alcanzaba a iluminar el sitio donde sentía un dolor agudo, incandescente, primo acaudalado del cólico biliar. Al cerrar la boca supo que ese dolor le impediría comerse la torta de cochinita pibil que había ordenado. Se ajustó la corbata con encono, le dio la espalda a su reflejo y salió del baño. En la mesa lo esperaba un cliente con el que había ido a celebrar el desenlace favorable de un juicio administrativo. Ramón llamó al mesero y le pidió que le pusiera la torta para llevar y le trajera una sopa de lima. Hablar le producía molestos calambres en la lengua. Tendría que ser tacaño con las palabras e indulgente con el triste caldo que le sirvieron.

Antes de empezar a comer, el cliente levantó su vaso tequilero para brindar por la victoria en los tribunales. Ramón lo secundó diciendo «Salud» sin saber que a la mañana siguiente despertaría con la lengua paralizada, incapaz de articular las consonantes necesarias para volver a pronunciar esa palabra feliz.

Carmela, su esposa desde hacía veinte años, se alarmó al oírlo decir «*eho muiyo peoh de a boga*», y en lugar de darle una cucharada de jarabe para la tos, como había hecho el día anterior, programó una cita de urgencia con el médico familiar al que solía llevar a Mateo y Paulina, sus hijos adolescentes, cuando tenían una gripa muy fuerte o necesitaban un justificante para faltar al colegio.

—Por lo que la señora me comenta —dijo el médico—, puede ser que tengamos una pequeña inflamación de la tiroides. ¿No le han dado cosquilleos en las manos o los pies?

Ramón negó con la cabeza.

—Okey. Pues vamos a revisar la zona.

El otorrinolaringólogo sacó una linterna de minero y se la ajustó en la frente con un par de cintas elásticas.

—Abrimos bien grande la boca. —El médico, acostumbrado a tratar con niños agripados, hablaba con una jovialidad que Ramón encontraba denigrante—. Eso. Muy bien.

El babuino reapareció entonces y el médico traspasó sus fauces abiertas con un abatelenguas que al hacer contacto con el órgano paralizado se convirtió en un arma de electrochoques. Ramón sintió que le exploraban la lengua con picahielos. Pensó en los métodos que usaban los judiciales para interrogar sospechosos y supo que en esas circunstancias habría dicho cualquier cosa con tal de concluir la tortura, ya fuera verdad —que siempre deseó a su cuñada Angélica— o mentira —

que mató al candidato Luis Donald Colosio en Tijuana—. Pero el médico buscaba un secreto que Ramón no podía confesar.

—Tenemos una inflamación un poco rara —concluyó después de sacar el abatelenguas—. Vamos a tomar un ultrasonido para ver bien de qué se trata.

El médico agregó que los síntomas podían deberse a una sialolitiasis, una infección producida por un cálculo mineral atorado en un conducto de saliva. Se perdieron tres semanas tratando de confirmar ese diagnóstico. Mientras tanto, el presunto sialolito creció e inflamó la lengua a un ritmo insólito. Al percatarse de ello, el médico refirió al paciente con el doctor Joaquín Aldama, «un oncólogo con mucha experiencia».

La idea de ir a consulta con un oncólogo mortificaba más a Ramón y a Carmela de lo que estaban dispuestos a confesarse. Padecían la zozobra en silencio. Aunque trataban de no darle importancia a la cita programada para el 4 de diciembre, prefirieron no decir nada a sus hijos, que estaban en periodo de exámenes. Mateo cursaba el último año de la preparatoria y Paulina, el primero. Mientras él se esforzaba, dentro de los límites de su innata molicie, para aprobar las cuatro materias que solía reprobar —matemáticas, química, física e historia—, ella aspiraba a la excelencia para vencer a su único rival académico, el pequeño y arrogante Jesús Galindo. Ambos, concentrados en cumplir sus metas escolares sin renunciar a la masturbación y el karaoke, sus respectivos pasatiempos, eran ajenos a la tribulación de sus padres.

En Martínez y Asociados, el despacho jurídico de Ramón, los pendientes se iban acumulando. Había asuntos que sólo el licenciado podía solventar, sobre todo aquellos que requerían ser lubricados con alcohol. Mario Enrique López, dueño de la agencia inmobiliaria Sagitario, tenía la costumbre de no tomar decisiones sin haber bebido antes por lo menos media botella de ron. Las relaciones públicas del despacho dependían por completo del carisma y la elocuencia del licenciado Martínez, pero la atrofia de su lengua estaba saboteando esas cualidades. Al escuchar su propia voz, Ramón sentía que un ladrón sordomudo le había robado el cuerpo, y al mirarse en el espejo se topaba con un rostro más gordo que de costumbre, ceñudo y amargo, con la boca repleta de pastel.

Incapaz de alzar la voz como solía, Ramón se desahogaba al volante, haciendo que su coche vociferara por él. Aporreaba la bocina para apurar a los pilotos distraídos en los semáforos, para ahuyentar a los peatones con reumas o simplemente para bramar su frustración a la hora pico del tráfico. El sonido gangoso y apocado de su claxon era un cruel recordatorio de que no estaba a bordo del poderoso vehículo alemán al que siempre había aspirado, sino de la copia japonesa de cuatro cilindros y asientos de piel sintética.

El viernes 15 de diciembre terminó el periodo más álgido de la espera, luego de haberse sometido a una dolorosa biopsia en la que le extrajeron unos cuantos milímetros de lengua con una aguja gruesa. En el sótano del hospital, un equipo de patólogos había analizado las células con diversos antígenos y tinciones para revelar su naturaleza a la luz del microscopio. El informe ya

había sido enviado al consultorio del oncólogo. Ahí esperaba, en un sobre cerrado, a que el doctor interpretara los resultados frente al paciente. Para ello faltaban aún varias horas.

Llegaron temprano a la cita. Tomaron asiento a un lado de la enorme pecera que adornaba la sala. Carmela tomó una revista y comenzó a hojearla. Ramón clavó la mirada en el acuario y se puso a reflexionar sobre los efectos negativos de su reciente ausentismo laboral. Consideró necesario regalar canastas navideñas a sus clientes con el fin de recompensarlos por su paciencia y fidelidad al despacho. Ramón se distinguía por su buen trato con los clientes, a los que conquistaba con una equilibrada mezcla de lisonja e irreverencia. Por lo demás no era hipócrita, ventajoso ni corrupto; operaba siempre en estricto apego a las leyes que podían ser acatadas —los códigos locales y federales estaban repletos de lagunas e inconsistencias que ni el más santo de los juristas podría haber sorteado sin controversia—. Ramón estaba seguro de que, gracias a su impoluta trayectoria, su reputación no se vería damnificada por esa mala racha de salud.

La pecera distrajo a Ramón de sus apuros. Había una docena de peces coloridos que nadaban en circuitos por encima de las rocas y los corales. Era una danza hipnótica. ¿Cómo era posible que existiera en los mares tanta variedad decorativa? Los biólogos la imputaban a la selección natural, una fuerza lenta y azarosa que iba remodelando poco a poco la figura de todos los animales y que era capaz de convertir monstruosos dinosaurios en gallinas indefensas. Cada pollo rostizado era un triste recordatorio de las vueltas que da la vida.

Carmela interrumpió sus reflexiones con un codazo amistoso.

—Mira —le dijo, mostrándole una revista abierta en la imagen de una joven pareja que posaba delante de un castillo—. ¿Te acuerdas?

Ramón asintió. Recordaba su viaje de bodas por Francia. Carmela cambió de página. Aparecieron los mismos personajes de la fotografía anterior, pero ahora semidesnudos, asoleándose en la cubierta de un yate. Según el pie de foto, se trataba de unos nobles españoles en su luna de miel. La nobleza le parecía a Ramón un atavismo repugnante.

Ramón y Carmela se habían conocido veinte años atrás, frente a una mesa de bocadillos. Él se fijó en ella desde que llegó a la fiesta de cumpleaños de Luis, su amigo de la Facultad de Derecho. Con una cuba en la mano, estuvo al acecho del momento oportuno para abordarla. Cuando la vio separarse de sus amigos y caminar hacia la mesa, Ramón embistió.

—¿Ya probaste los sopes de chorizo? —le preguntó en tono amistoso, convencido de que la mejor manera de romper el hielo era a través del apetito.

Había dos opciones: que ella ya hubiera probado los sopes de chorizo o que no lo hubiera hecho; el vegetarianismo era tan raro en esa época que no hacía falta tomarlo en cuenta. Las dos opciones se bifurcaban en cuatro respuestas posibles: si ella respondía que ya los había probado y que estaban ricos, el cortejo podía continuar agresivamente; si ya los había probado sin más comentarios, Ramón tendría que avanzar con cautela; si no había probado los sopes y prefería no

hacerlo, habría que abortar la misión; pero si no los había probado y pasaba a servirse uno, poco le faltaba para triunfar. Ramón creía tener bajo control todos los mundos posibles, mas no había previsto que ella respondería de manera analítica:

—Sí. El chorizo está bueno, pero los sopes no.

—¿A poco? —preguntó Ramón, aturdido.

—Parecen chicle —explicó ella.

—A ver —dijo él con el orgullo picado—, me voy a comer otro para fijarme.

—Fíjate —concluyó ella, se dio la vuelta y se marchó a otro rincón de la fiesta.

Ramón se quedó a solas con un plato desechable saturado de antojitos mexicanos. Caminó hasta un punto estratégico desde donde podía ver a Carmela, que había ido a sentarse con un par de amigas. Sin perderla de vista, Ramón se metió el sope a la boca y lo masticó atentamente. Dejó su plato abandonado sobre una cajonera y se acercó a donde estaba Carmela.

—Disculpa —la interrumpió—. Te quería comentar que tienes toda la razón. Lo que pasó es que se enfriaron y ya no saben igual. La verdad yo los traje...

—Ay, perdóname, no sabía —dijo ella, sorprendida por ese joven que en vez de llegar a la fiesta con una botella de vodka y una bolsa de hielos se había tomado la molestia de llevar una charola de sopes.

—No, al contrario, qué bueno que me dijiste. Es que no te imaginas qué ricos son cuando los acaban de hacer. Yo le dije a Luis, que por cierto es mi amigo del alma, «Despreocúpate, yo te llevo los mejores sopes que existen en el Distrito Federal».

—¿Tanto así?

—Te lo firmo ante notario —dijo él—, pero recién hehechitos.

Ella, que también era abogada y cuyo jefe era un notario lóbrego, se carcajeó de la suma gravedad con que él defendía sus sopes. La risa desinhibida de Carmela anuló las estrategias de Ramón. Quedó pasmado por la doble tirolesa de esos labios, por el esqueleto pulcro de los dientes, por la sombra alrededor de los ojos egipcios; sintió una lumbre derretir todo su aplomo, se quedó en silencio, huyó la mirada y la escondió entre los arabescos de la alfombra, ¿Y ahora qué digo? Pero ella,

—¿Dónde los compraste?

—Es un secreto —respondió con repentina lucidez.

—¿Ah sí?

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Carmen, ¿y tú?

A partir de ese momento, Ramón ya no tropezó. Fue cautivador y ocurrente. Combinó anécdotas graciosas con preguntas halagadoras. Supo reprimir la verborrea que lo caracterizaba. Carmela le platicó de sus proyectos a futuro como abogada civil. Era brillante. Estaba tan contento con ella que no se atrevió a volver a la mesa de bocadillos por temor a perderla. A pesar del ayuno y la sobriedad, salió extasiado.

El lunes siguiente Carmela recibió un arreglo de rosas en la notaría, acompañado de una tarjeta de presentación que decía, con letras elegantes de imprenta: LIC. RAMÓN MARTÍNEZ / ABOGADO, y abajo, manuscrito, un plagio de Armando Manzanero: CUANDO MIRO QUE LAS ROSAS SON MÁS ROJAS Y MÁS BELLAS, ES QUE ESTOY PENSANDO EN TI. Ella no reconoció la cita. Tampoco la incomodó, a pesar de que su educación sentimental se debía a grupos como Mecano y Presuntos Implicados, situados en las antípodas del bolerista yucateco. Cuando Ramón la llamó al día siguiente para saber si había recibido las rosas, la voz de Carmela se sonrojó al darle las gracias. Luego fue invitada a cenar el viernes por la noche. Aceptó.

Ramón llegó a recogerla puntualmente a su casa. Antonia, la madre de Carmela, abrió la puerta y se encontró no con un joven elegante y cortés, sino con un mestizo. La señora pertenecía al subgrupo más pretencioso de la clase media, y puesto que la tez morena de Ramón contravenía sus aspiraciones racistas, no lo invitó a esperar adentro. «Un momentito», le dijo su futura suegra, y procedió a dejar la puerta emparejada frente a él. Estaba de pie en la banquetta, esperando a que saliera Carmela de casa de sus padres, cuando una pareja de ancianos entró con sombría lentitud a la sala de espera del consultorio.

Los viejos saludaron con familiaridad a la secretaria del doctor Aldama y procedieron a sentarse frente a Carmela y Ramón. Al ver con cuánta lentitud y cautela tomaba asiento el señor, Ramón concluyó que padecía cáncer de próstata. Pobre cabrón, pensó con empatía, ha de tener que sentarse para orinar. Tengo que empezar a ir al urólogo, ya me ha de estar creciendo la próstata también. Es natural. Pero eso de que te metan el dedo... espero que no me guste.

Qué lejos se encontraba en ese momento, esperando junto a Carmela para entrar con el oncólogo, de aquel joven Ramón que se excitaba al verla salir de la notaría vestida de traje sastre. Al cabo de dos meses de encuentros pudorosos, fue ella quien dijo «Vamos a otro lado». Ramón la llevó a un motel de la Colonia Roma. Se desnudaron sin glamur entre las sábanas pulcras de una suite oscura y mientras la besaba con toda la ansiedad de sus veintiocho años escuchó la voz punzante de la secretaria que gritaba su nombre veinte años después, anunciando que por fin había llegado su turno de pasar a consulta con el doctor Aldama.

Teresa de la Vega, psicoanalista, recibía pacientes en un consultorio adosado a la vieja casa que sus padres le heredaron. A los cuarenta y cuatro años le habían extirpado las glándulas mamarias, catorce ganglios linfáticos, los pezones y las areolas. Su mirada honda y penetrante era la de quien ha gozado los frutos de la belleza y la inteligencia, pero no de la felicidad. Su único matrimonio, contraído quince años atrás, había terminado a los dieciocho meses debido al carácter paranoide de su esposo, un psiquiatra farmacodependiente, y al prematuro romance de Teresa con un psiquiatra más talentoso y atractivo que aquél. No habían tenido hijos.

Después de su divorcio, Teresa continuó encontrándose con su amante de manera clandestina, pues él también era casado. En cierta ocasión, mientras él le masajeara los senos con vehemencia, ella sintió que una mano se retiraba, asustada, como si hubiera sentido un insecto. El amante siguió embistiéndola sin volver a acariciar ese pezón. Ella fingió un orgasmo para acabar antes. Entró al baño y se palpó frente al espejo. Al sentir una pequeña y firme redondez, supo que la historia se repetía, pues su madre y su hermana habían padecido cáncer de mama. Su temor a la enfermedad era tan grande que, en vez de acecharla con frecuentes exploraciones y mastografías, siempre había evitado el contacto íntimo con sus senos. Nunca imaginó que sería un hombre con manos de panadero vietnamita el que la iba a confrontar, sin quererlo, con aquella mala suerte cuyo origen se remontaba más allá de los recuerdos de su madre en el hospital; mucho más allá, hasta las tribus hebreas de Israel.

Tres mil años antes de Teresa, a orillas del Jordán vivió el ancestro en el que, pastor o hilandera, guerrero o prostituta, sucedió la mutación fundacional. Acaso fue durante el segundo periodo de los Reyes, durante el reinado de Amasías o de Jeroboam.

Tal vez.

Sucedió que en un minuto insulso de la mañana, mientras iba o venía del pozo, mientras oraba, a la hora de cocinar, mientras tejía, una de sus células germinales comenzó a dividirse puntualmente. Todo el día copió sus instructivos, sus libros de la Ley, Torá de genes, y en ellos se resbaló una errata semejante a la que habría ocurrido si al amanuense del Éxodo se le hubiera olvidado el «No» que sobresale en el capítulo 20, versículo 13, y el sagrado mandamiento estipulara «Matarás».

La probabilidad de que este error se perpetuara era mínima, pues la célula eucariota tiene ardides para reparar sus genes, y en caso de que estén rotos más allá de todo arreglo, es capaz de suicidarse por medio de la apoptosis, una muerte programada y altruista. Pero aquella errata bíblica justamente sucedió en un pasaje dedicado a impedir que las células erróneas proliferen y

funden comunas anarquistas en el seno de un cuerpo imperial. El gen involucrado logró transcribirse al lenguaje de la ciencia en 1990, y se le llamó, sin tacto ni ingenio, *Breast Cancer I*. La mutación primera consistió en el olvido de dos letras simples, guanina y adenina, que suelen encontrarse muy cerca del principio del farragoso gen. El texto equivocado se perpetuó gracias a que su huésped tuvo una descendencia copiosa y dispersa que llegó hasta el cuerpo de una joven psicoanalista en México.

Cuando Nabucodonosor el Grande conquistó el reino de Judá, los hijos del mutante ya abundaban y muchos fueron presos y llevados al exilio en Babilonia. Así empezó la diáspora del gen equivocado, Irán, Egipto, Iberia, Holanda, Bulgaria, si se busca entre los sefaradíes del mar Egeo o los askenazíes de Nueva York, se encontrará la errata en por lo menos uno de cada cien paseantes que observan el *sabbat*.

Pero Teresa de la Vega no era judía. Sus padres habían sido católicos sin atenuantes, guadalupanos, nacionalistas e incluso vagamente antisemitas. Nunca imaginó que en su árbol genealógico estuvieran los primeros judíos de Castilla, inmigrantes de la época romana, discretos habitantes de las ciudades, ajenos a las luchas intestinas, vasallos de los godos y califas por igual. Al margen de los otros, trabajaron. Supieron leer y escribir. Se casaron entre sí. Decantaron riqueza, tradición y mutaciones. La envidia maduró y el siglo XV la vio fructificar. Se les halló culpables de matar a Jesucristo y también de prosperar, de comerse niños toledanos, de embrujar a las vírgenes de Sevilla, de quemar los crucifijos, de tener mucha nariz, de sodomitas, de no comer jamón y de asociarse en negocios usureros con el caído Lucifer.

En el año 5252 del calendario hebreo, los reyes de Castilla y Aragón decidieron expulsar a los infieles. Les dieron cuatro meses para irse o abjurar del judaísmo. Entre los míseros conversos tal vez hubo una mujer longeva, Lorenza, vecina de Soria, madre de once hijos, viuda de Manuel. A punto de cumplir setenta años, ella comenzó a sentir ardores en la punta cabizbaja de las tetas. Las semanas pasaron. El fuego se extendió hacia las axilas. Lorenza recurrió a Herminia Tavares, cristiana nueva y hechicera, en busca de un remedio para el dolor y la hinchazón. Herminia le preparó, a cambio de tres maravedís por dosis, un ensalmo para sanar malos humores.

Cuando empezó a tratarse el cáncer con aquella pomada de ajo y belladona, ya había metástasis cerebrales. Sufría jaquecas acompañadas por alucinaciones. Buscaba entre la paja de su cama un cuchillo para decapitarse. Luego el ángel del Señor vino a azotarla por haber traicionado a su tribu. A gritos renegaba del falso mesías, «Apiádate de mí, Señor, borra mis faltas».

Los vecinos acudieron al Tribunal del Santo Oficio. Marrana poseída por el demonio, vieja pecadora, Dios Nuestro Señor la ha castigado con un vicioso zaratán. Sus hijos la llevaron a una huerta lejos de la ciudad. La amordazaron. Herminia preparó una pócima de adormidera para calmarla. A principios de invierno falleció. La sepultaron bajo un tilo campestre y rezaron en susurros el kadish.

La familia de Lorenza quedó marcada por la sospecha. La gente escupía al verlos pasar. Antonio, el benjamín, fue el primero en marcharse. Llegó a Cádiz en febrero. Nunca había estado

en la costa. El mar le pareció un trigal quemado.

A principios de marzo se embarcó en uno de los galeones más pobres de la flota de Indias. Iba rumbo a la Nueva España, donde el oro y la plata, decían en los mesones, brotaban como los nabos de la tierra seca. Pasó cuarenta días en altamar, con algunas fiebres y muchas hambres. Se entretenía jugando a las cartas y contemplando los galeones más grandes de la flota, que iban sin temblor a la vanguardia, con las velas hinchadas al poniente y un séquito de espuma tumultuosa. Así su fantasía, nave cargada de ambición, navegó hacia el olvido de su sangre. Pero a bordo del galeón iba su semen, jugo de memoria y mutación.

Antonio desembarcó en la Villa Rica de la Vera Cruz. Huyó de la costa malsana a bordo de una diligencia rumbo a la capital. Luego de tres años laboriosos se amancebó con una mestiza, hija natural de un asturiano y una mexicana. Medio mundo se anuló en aquel encuentro de genes provenientes de Judea, Asturias y Texcoco. Trece generaciones más tarde, el cuerpo de Teresa lo recordó.

No se molestó en cumplir el trámite superfluo de consultar al ginecólogo. Buscó el número del oncólogo que había tratado a su madre y llamó para hacer una cita. La mastografía fue clara: tres adenocarcinomas en los conductos mamarios, que nunca habían tenido la tregua de la lactancia.

Al cabo de una cirugía y diez radiaciones, Teresa volvió a dar consulta. Durante el tratamiento había conocido a varias mujeres que luchaban por no sucumbir anímicamente ante la enfermedad. Les ofreció apoyo psicológico sin costo, y de esa manera comenzó a especializarse en psicoterapia para mujeres con cáncer. De hospital en hospital se corrió la voz de que Teresa ayudaba a las mujeres en duelo por las pérdidas femeninas debidas al cáncer.

Algunos hombres también empezaron a acudir con ella. El primero, un sobreviviente de cáncer en el esófago, necesitaba ayuda para dejar el cigarro. El segundo había tratado de suicidarse cuando le diagnosticaron cáncer en el pene. El tercero había perdido a su hermano gemelo por un osteosarcoma. De ese modo, su espectro de pacientes se amplió hasta contener casos tan diversos como leucemias infantiles e hipocondrías detonadas por la serie *Dr. House*. Tratando de asimilar la magnitud de su desgracia, la mayoría de los pacientes se preguntaba «¿Por qué a mí?», pero Teresa, que muchos años antes había tirado esa pregunta narcisista a la basura, los trataba de llevar por otro rumbo, hacia el sótano de los deseos insatisfechos que alimentan el temor a perecer.

Carmela se preguntaba cómo iba a decírselo a «los niños», sin reparar en que Mateo ya tenía dieciocho años, Paulina, quince. A principios del milenio, la adolescencia era una prolongación ensimismada de la infancia. Eran legión los malcriados, entre ellos Mateo y Paulina, no obstante lo cual ya habían, por caminos diferentes, trocado la inocencia por el ansia, la ternura por acné.

—Lo que tiene su papá es más delicado de lo que creíamos... Le salió un tumor en la lengua y desgraciadamente la única manera de retirarlo es con una operación que...

Hubo una pausa lacerante.

—¿Qué? —dijo Paulina.

—Tienen que quitar toda la lengua —continuó Carmela, en llanto—. Ya vimos a tres médicos, y todos opinan que no hay de otra. El tumor está en una posición que afecta mucho y que no se pueden arriesgar a que algo se quede. Que si lo pudieran reducir con radiaciones..., pero no hay tiempo, ¿verdad?

Ramón había permanecido ausente, con la vista clavada en la alfombra. Asintió.

—No manches —dijo Mateo—. A Rafa le sacaron la vesícula por dos hoyos, o sea, nada. ¿Cómo no pueden?

—Lo mismo le hemos dicho a los doctores. Pero no...

—¿Y cómo vas a hablar? —le preguntó Paulina a su padre. Ramón la miró con el cansancio del que sufre esa incógnita sin descanso.

—Hay terapias del lenguaje que le pueden ayudar —dijo Carmela.

—¿Cómo? —dijo Paulina.

Carmela no habría sabido responder. Mateo preguntó:

—¿No pueden ponerle algo chido, como de un plástico especial?

A Ramón le exasperaba su manera de hablar, gritona y obtusa, parecida a esa música chatarra que escuchaba todo el tiempo. «Te vas a quedar sordo», le había advertido a su hijo muchas veces, pero no previó que mucho antes de que eso pasara él iba a perder la voz. Ramón trataba de no pensar en ello, pues los tristes escenarios que imaginaba lo hacían arrepentirse de haber aceptado la intervención quirúrgica. Parecía una decisión sencilla, vivir o nada, mas no lo era en sus circunstancias, como abogado independiente, sin seguro médico ni pensión, sin otra fuerza productiva que su labia y su manejo de la ley en los tribunales. Para oprimir sus inquietudes, prendía la televisión por la noche y subía el volumen muy alto. Su hijo podría haberlo reprendido seriamente, «Te vas a quedar sordo», y Ramón lo habría ignorado como un adolescente que se juzga eternamente joven e inmortal.

Carmela no titubeó al decirle a Elodia, la empleada doméstica, que Ramón tenía cáncer en la lengua y que pronto lo iban a internar en el hospital para una operación muy delicada. Elodia supo de inmediato que se trataba de una prueba que Dios le había mandado al licenciado para moverlo a la fe.

Cuando Ramón bajó a desayunar, Elodia fue a su encuentro y le dio la bendición con mucha ceremonia, trazando una lenta cruz frente a su rostro.

Él era un ateo recalcitrante, pero aguantaba las beaterías de Elodia porque entre ellos existía una complicidad añeja. Cuando Carmela descubría una infracción cometida por alguno de ellos, una toalla mal colgada, una mancha en la mesa o un tapete arrugado, cada uno se echaba la culpa que correspondía al otro con el fin de sentirse mártires domésticos.

Elodia era seis años más joven que Carmela, quien la había contratado inmediatamente después de mudarse a la primera casa en la que vivieron. Cuando Elodia quedó embarazada del jardinero, Carmela la exhortó a abortar.

—Yo fui la que pecó, señora, no el niño —le respondió Elodia, indignada por la invitación al infanticidio.

—No es culpa de nadie, pero estás muy joven para ser madre.

—La virgen tuvo a Dios de quince años. Imagínese que san José le hubiera dicho «Ése no es mi hijo, ve a la clínica y tíralo». Si una lo piensa, no debe ser.

Con seis meses de embarazo, Elodia y Salvador, el jardinero, se casaron en Atlacomulco, tierra natal del novio, quien resultó ser un marido deleznable, adúltero, borracho y pendenciero. Elodia vivió diez años de condena nupcial hasta el día en que a Salvador «se le pasó la mano» y la dejó inconsciente.

Al ver su rostro amoratado y su boca sin dientes, Ramón sintió una sed amarga de venganza y le aseguró que él se encargaría de que ese criminal no volviera a poner un pie en su casa. Acudió con sus contactos en la Procuraduría y les pidió, con un sobre lleno de billetes de por medio, que fueran a impartir justicia. «Destrócenle los huevos», especificó. Ni Elodia ni los jardines de la colonia volvieron a saber de él.

Años después, Ramón encontró a Elodia una mañana llorando en la cocina. Le habían llamado de su pueblo para avisarle que su madre, enferma de los riñones, ya no podía levantarse.

—Dicen que tiene las piernas hinchadas y que hay que limpiarle la sangre, pero cuesta un dineral.

Ramón acababa de cambiar su coche y comprar boletos de avión para viajar a California con su familia.

—Tráigasela a México —le dijo, no sin egoísmo atragantado—. Yo le ayudo con los gastos.

Y de ese modo Ramón se convirtió en proveedor de una anciana diabética que sobrevivió once meses a costa de dos hemodiálisis por semana y una decena de medicamentos de patente. El

traslado del cadáver al diminuto panteón de su pueblo también fue pagado por Ramón.

A partir de entonces, la gratitud de Elodia hacia su jefe se transformó en franca idolatría. En su altar casero colocó una fotografía del licenciado a la izquierda de Dios Padre. No obstante su santidad, Ramón nunca se cansaba de blasfemar diciendo que la religión era un timo, que la Iglesia Católica era un club de pederastas y que el ateísmo era lo único que podía salvar el país.

En cierta ocasión, Elodia fue acusada de robo, pues el reloj de oro de Ramón había desaparecido. Antes de confrontarla, Ramón encargó a su hija que vigilara los movimientos de la sospechosa. Le ofreció una casa de muñecas a cambio de cualquier información valiosa. Después de una semana de trabajo, la única conducta anómala que Paulina pudo reportar fue que todos los días Elodia rociaba las camas con un líquido incoloro que guardaba en un atomizador. Al ser interrogada, ella confesó que se trataba de agua bendita.

—¿Y qué tal si el agua viene contaminada? —le preguntó Carmela.

—¿Cómo cree? El sacristán llena la pila con agua de garrafón.

Al final, el reloj apareció en el cajón del escritorio de Ramón, donde lo había guardado antes de ir a comer a una fonda en Tepito hacía varias semanas.

Cuando Ramón enfermó, Elodia fue a comprar en el Centro una imagen de san Peregrino, patrón de los cancerosos, y la adhirió a la puerta del refrigerador de los Martínez con un souvenir magnético de Acapulco. Debajo de la efigie de san Peregrino se hallaba una oración que Elodia repetía cada vez que sacaba algo del refrigerador:

¡OH! SAN PEREGRINO:
TÚ, que eres llamado El Hacedor de Maravillas, por los milagros numerosos que Dios te concede;
TÚ, que padeciste la cancerosa enfermedad y que tuviste alivio cuando los remedios humanos no te daban esperanza;
TÚ, que fuiste favorecido viendo a JESÚS bajar de la Cruz para sanarte,
pide a DIOS y a la Santísima VIRGEN la cura para (diga el nombre de su enfermo):
¡Amén!

(Un Padrenuestro, Avemaría y Gloria.)

A cambio de la curación milagrosa del licenciado, Elodia estaba dispuesta a sacrificar el aguacate, su alimento favorito. De haber tenido vicios genuinos, tal vez habría podido negociar mejor con Dios Padre. Conforme la fecha de operación se aproximaba, Elodia incrementaba la oferta sacrificial: terminó por ceder los tamales, el requesón y el chile de árbol. También rogaba al espíritu de su madre para que intercediera por su jefe, urgiéndola a recordar a Dios cuán bueno había sido Ramón con ella antes de su muerte.

El pensamiento mágico se impuso en casa de los Martínez. A pesar del anticlericalismo de Ramón y de la tibieza religiosa de Carmela, sus hijos estudiaban en un colegio católico donde estaban expuestos a misas periódicas, cursos obligatorios de catecismo y pláticas contra el sexo prematrimonial. Paulina comenzó a visitar la capilla de la escuela todos los días. Mateo intuyó que su onanismo cotidiano podía interferir con la curación de su padre, por lo que se propuso ya no tocarse ni visitar sitios pornográficos en internet. Carmela comenzó a llamar compulsivamente al banco para pedir su saldo, como si un milagro fuera a multiplicar sus ahorros de un día para otro, y así solucionar el problema de que no tenían recursos suficientes para pagar la cirugía y las dos semanas de recuperación postoperatoria en el Hospital Metropolitano. No tener seguro médico era una imprudencia tan burda que le avergonzaba reconocerla ante su familia y amistades. Angélica, su hermana, no se ahorró amonestaciones cuando Carmela acudió a ella para pedir un préstamo. «Sólo podemos apoyarlos con cincuenta mil.» Requerían veinte veces más que eso, una cantidad equivalente a la que Ramón ganaba en un año y de la que había que descontar las colegiaturas, las mensualidades del coche, de la camioneta y de las tres computadoras que había comprado en enero para sus hijos y su secretaria. Ramón había invertido todos sus ahorros en la remodelación de sus oficinas, y era demasiado orgulloso para pedir dinero prestado a nadie que no fuera su familiar. La única esperanza era recurrir a su hermano menor, Ernesto, que se había hecho millonario con una fábrica de envases de poliestireno.

Después de fallidas incursiones en el negocio de la importación de vinos españoles de tercera, fabricación de mermeladas para diabéticos y tamales bajos en grasa, Ernesto apostó por el poliestireno, níveo milagro de la petroquímica que revolucionó el mundo de la comida rápida y las maquetas escolares. Ernesto comenzó a fabricar envases desechables justo cuando se puso de moda la comida para llevar a domicilio, y de un día para otro explotó la demanda de sus productos. En poco menos de una década, la empresa de Ernesto, Unimex S.A. de C.V. había dominado el mercado de poliestireno en todo el altiplano central de México.

Desde el comienzo, Ernesto pidió a Ramón que se encargara de todos los asuntos jurídicos de su empresa: contratos, demandas, liquidaciones. A diferencia de su hermano mayor, Ernesto era un patrón despiadado, un competidor desleal y un contribuyente fiscal fraudulento. Después de ganar injustamente un sinnúmero de juicios a favor de su hermano, Ramón decidió ya no trabajar más con él. «Tus broncas no me dejan tiempo para atender a mis otros clientes. Te voy a buscar otro abogado.» «La familia es primero», le respondió Ernesto. «De acuerdo, pero tú no me haces caso. No dejas de transarte a tus proveedores, de correr empleados, de falsificar facturas. Yo no puedo trabajar así.» «¿Cuánto quieres?» La discusión terminó en insultos salpicados de verdades — como que Ernesto era alcohólico y que Ramón padecía disfunción eréctil— y mentiras —que Ernesto era bastardo y Ramón, sodomita. Mientras Ernesto lo acusaba de ser un pinche hipócrita podrido de envidia, Ramón le colgó el teléfono. Había pasado más de un año y no habían vuelto a

hablarse desde entonces. Carmela estaba empeñada en que, si no le pedían dinero prestado, al menos debían notificarle sobre la cirugía y esperar a que él les ofreciera su apoyo. Ramón estaba convencido de que su hermano no lo haría y aceptó que Carmela le llamara para probar que tenía razón.

—Dime en qué puedo ayudarlos —dijo Ernesto, genuinamente consternado por el cáncer de su hermano mayor.

Carmela le expuso la situación y Ernesto aceptó prestarles el dinero con una sola condición:

—Para que no haya malentendidos —le dijo a su cuñada—, hacemos un pagaré por la cantidad que les preste y lo avalamos con su casa, que en dado caso se podría hipotecar, ¿no?

A Ramón lo indignó esa petición mezquina. Este pendejo no supo lo que es trabajar hasta que terminó la carrera. ¿Y quién lo mantuvo mientras estudiaba, quién lo iba a sacar de los separos cuando lo detenían por andar pedo en el coche de mi mamá? Yo. Y ahora te pide que le firmes un pagaré, como si fuera un pinche desconocido. Tendría que prestarme ese dinero a la palabra, en señal de confianza y de tantita gratitud. Tú no le firmas ni madres, se lo firmo yo, y si me muero, que se chingue. Por medio de una nota manuscrita y con otro vocabulario, Ramón le comunicó su decisión a Carmela.

—¿No crees que se eche para atrás?

No tiene los huevos, pensó.

Eduardo iba a terapia todos los sábados en punto de las once, provisto de una cantimplora con agua ozonificada y una sábana limpia para cubrir el promiscuo diván donde tenía que recostarse durante la sesión. Era el paciente favorito de Teresa, no por sus extravagancias fóbicas, sino por su juventud y por el hecho de que no recurría a ella para adaptarse a la idea de tener cáncer, sino para librarse de ella. Había padecido leucemia entre los nueve y los doce años, y se había curado gracias a una prolongada quimioterapia y a un trasplante de médula. Sin embargo, nunca había vuelto a sentirse un muchacho saludable. Ya iba a cumplir veinte años y estaba seguro de que en alguno de sus doscientos seis huesos habitaba el desorden todavía, lo cual, aunado a su aguda fobia a los microbios y las enfermedades contagiosas, le impedía gozar de una vida más normal. Había cursado el bachillerato con guantes y tapabocas, objeto de constantes burlas y hostigamientos. En cierta ocasión, unos vándalos habían llevado una bolsa llena de heces caninas a la escuela y las habían vertido en la mochila de Eduardo durante una de sus frecuentes visitas a la enfermería. Cuando regresó al salón y abrió su mochila, Lalo tuvo un síncope. Al volver en sí, envuelto por el aroma fecal y la algarabía de sus compañeros, sintió un terror tan abrasivo que no pudo moverse, y el profesor tuvo que llevarlo cargando a la enfermería. Nunca volvió a la escuela. En tan sólo dos años acreditó la prepa abierta y aprobó el examen de ingreso a la carrera de Letras Hispánicas con la calificación más alta.

Eduardo comenzó a ir a terapia con el propósito específico de hacer más llevadero el suplicio de asistir a clases en Ciudad Universitaria, un lugar que, según él, se parecía más a una prisión de bajo presupuesto que a un campus reconocido por la Unesco como Patrimonio Cultural de la Humanidad. Su objetivo era titularse lo más pronto posible y comenzar a trabajar como corrector de estilo, redactor creativo o traductor, cualquier oficio que le permitiera trabajar desde casa, sin tener que exponerse a la contagiosa marabunta de sus congéneres.

Sólo una vez había llegado tarde a sesión, cuando el auto de su madre se descompuso y tuvo que caminar más de una hora desde su casa hasta la de Teresa. Entró al consultorio jadeando, con el rostro colorado y la ropa empapada de sudor. Teresa sabía que Eduardo no había tomado un microbús o un taxi porque era incapaz de subirse al transporte público sin sufrir un ataque de pánico.

La quimioterapia que lo salvó de la leucemia también había destruido temporalmente su sistema inmunológico, por lo que el ocaso de la infancia del pequeño Lalo había sido una secuencia interminable de medidas antisépticas. Teresa consideraba que, debajo de esa causa manifiesta de su fobia a los gérmenes, latía un apego reprimido a la condición enferma, un duelo

irresuelto e inconfesable por el cáncer. Este síntoma, que ella había ubicado en varios pacientes jóvenes, era análogo al síndrome de Estocolmo, en el que la víctima de un crimen desarrolla un cariño malsano por su agresor.

«¿Por qué tenemos que llevar dentro algo que no somos nosotros?», preguntó una vez Eduardo, hablando de la flora intestinal, y Teresa, asombrada por las muchas resonancias psicoanalíticas de la frase, se apuró a anotarla en su libreta. Para Eduardo, la esencia del Otro lacaniano era la acechanza perniciosa, la agresión que envenena la sangre de blancura, de glóbulos precisamente blancos, «Me repugna ese color», decía, lo cual era interesante, pues el blanco simbolizaba pureza, bondad y pulcritud. La sábana con la que Eduardo cubría el diván de Teresa solía ser azul o verde, pero nunca blanca. Sábanas, guantes, tapabocas... su identidad dependía de esas barreras que lo mantenían a salvo del Otro contagioso, patógeno, fatal.

La madre había auspiciado las neurosis de su hijo. Su temor a la muerte de Eduardo, hijo único de un romance pasajero, la había convertido en una celadora estricta con la dieta y la limpieza y transigente con todo lo demás. Al cumplir todos sus gustos y caprichos, lo había acostumbrado a dominar sin resistencias. Cuando Eduardo le pidió a Santa Claus un purificador industrial de aire hecho en Japón, ella se gastó todo su aguinaldo en adquirirlo. Eduardo era un lector voraz que aborrecía las librerías y bibliotecas, por lo que enviaba a su madre a comprarle libros necesariamente nuevos, pues no aceptaba ninguno que no estuviera sellado con plástico. Cuando Eduardo decidió volverse kosher, su madre se vio obligada a asumir toda clase de restricciones gastronómicas, a pesar de que ni ella ni nadie que conociera practicaba el judaísmo. Su hijo afirmaba que la kashrut era muy sabia al prohibir la carne del cerdo y los mariscos, genuinos vectores del pecado bacteriano.

Aunque nunca hablaba de eso, su cada vez más rancia castidad lo atormentaba. Teresa estaba atenta a los signos perceptibles de esa frustración. ¿Cómo iba a acostarse con una chica si ni siquiera dejaba que su madre lo abrazara? ¿Cuándo iba a internarse en una boca, en una vulva, con esa repulsión a los humores cálidos? El desafío era grande, pero también la recompensa, y si algo podía salvarlo de sus fobias era la fuerza persuasiva de Eros.

Eduardo menospreciaba a sus compañeros universitarios, a los que se refería generalmente como «los neandertales». Ya estaba por terminar el primer semestre de Letras y aún no había establecido ningún vínculo social.

—Creo que ya me contagiaron —dijo en tono fúnebre el primer sábado de diciembre.

—¿De qué? —le preguntó Teresa sin rastros de alarma en la voz.

—Algún tipo de hongo. *Candida* o *Aspergillus*, todavía no sé, pero tengo síntomas de fungemia.

—¿Cuáles?

—Fatiga crónica, pérdida de memoria, angustia, bochornos repentinos, pero no tengo síntomas respiratorios ni gastrointestinales, y lo más seguro es que pueda tener hongos en la sangre. Empecé a tomar fluconazol pero no se me quitan. Fue culpa de mi madre, que un día me hizo el café muy

cargado en la mañana, y como tiene efectos diuréticos, tuve que ir al baño en la Facultad. Fue espantoso ver la cantidad de mohos y levaduras que crecen ahí. Yo ya le había dicho a ella que sólo pusiera dos cucharadas de café los días que voy a clases, para que no me altere. «No me acordé», me dijo, pero de todos modos tuve que usar el baño y respirar toda la inmundicia que ahí se vive. Estafilococos, esporas, la humedad volatiliza los microbios. Fatal. No es por la hipocondría, te juro que me he sentido supermal. Y el problema es lo difícil que es detectar hongos en los cultivos, y como ya sabes que me encanta hacerme pruebas de sangre... Esto está horrible.

—¿Por qué no te fuiste a tu casa ese día? —Teresa sabía que, en ocasiones anteriores, tan pronto como Eduardo había sentido deseos de orinar, había llamado a su madre para que fuera por él a la Facultad y lo llevara a su casa, que no quedaba muy lejos.

—No podía.

—¿Por?

—Había quedado de ayudarle a una compañera a estudiar fonética a la una, y no tenía su teléfono para cancelar. Pero luego me empecé a sentir tan mal que de todos modos no pude quedarme. Le dije que tenía una emergencia familiar y me fui.

—¿Y quedaron de verse otro día?

—No. Yo tenía muchas náuseas y no dejaba de pensar en todos los orines y microbios que pisé en el baño. Ponen unos cartones abajo de los mingitorios para que absorban todo lo que salpica, pero es asqueroso porque el cartón es un medio de cultivo perfecto para los hongos. No podía dejar de pensar en lo sucios que estaban mis zapatos. Sentía los flagelos de las bacterias haciéndome cosquillas en las piernas, subiendo por los pelos, metiéndose por ahí...

—¿No creíste que los baños fueran a estar tan sucios?

—Ya lo sabía, pero no podía irme. Salí de clases a la una y cuarto y había quedado de ver a esta chica en la biblioteca a la una.

—¿Cuándo habían quedado?

—El lunes. Me había pedido mis apuntes porque faltó a una clase, pero le dije que ya me los había pedido alguien más. Obviamente no es cierto pero no iba a prestarle mis hojas... entonces le dije que si quería le explicaba el miércoles lo de esa clase.

—¿Y ella habrá conseguido los apuntes?

—Ayer tuvimos clase de literatura española juntos, y al final me preguntó si todo había salido bien con mi emergencia. Le dije que sí, que se había solucionado, le di las gracias y luego le pregunté si no quería que hiciéramos lo de fonética pero ya le habían prestado los apuntes. Y ya. Y qué bueno porque ayer fue cuando empecé a sentirme peor y está horrible que sea justo ahora que vienen los exámenes semestrales. No me puedo concentrar, me la paso pensando en los hongos que tengo en la sangre, en si cruzan la barrera hematoencefálica... no puedo.

—Cuando yo estudié la carrera me acuerdo que me ayudaba mucho estudiar con una amiga. Nos turnábamos para explicar los temas, nos aplicábamos cuestionarios y nos funcionaba muy

bien.

—Emilia no es mi amiga, simplemente necesitaba unos apuntes y yo por tratar de ser amable fui a meterme al baño y ahora tengo una fungemia que podría terminar en una septicemia generalizada.

Teresa sentía una empatía singular hacia Eduardo. En su propia terapia había hablado sobre él y sobre el instinto maternal que despertaba en ella. Hubiera querido decirle «¿Por qué no la invitas a tomar un café?», pero esa sugerencia lo hubiera puesto a la defensiva. Demasiado temprano en la vida, el cuerpo le había fallado a Eduardo, y no podía recuperarse de esa traición. En una de sus primeras sesiones, él le había explicado que sus precauciones higiénicas se debían a que su cuerpo no podía cuidarse solo, y tenía que hacerlo por él. «¿Tu cuerpo no eres tú?», le preguntó Teresa y Eduardo respondió: «El cuerpo es mío, pero no soy yo».

Al verse abandonado por la gracia infantil de la salud, Eduardo había asumido la misión de procurarse, a través de un régimen estricto de nutrición e higiene, la vida que el Otro simbólico amenazaba con quitarle. Había aceptado que esa tarea era su destino, el sentido de su existencia. No es fácil desprenderse de un tesoro semejante, aunque sea una pesadilla cuidar de él. La leucemia había marcado el rumbo de su vida, le había hecho la promesa de que la cura iba a ser un paraíso, pero cuando fue dado de alta, Eduardo se encontró abandonado con una adolescencia insípida, una madre sobreprotectora y un mundo indiferente a su salud. La mente decepcionada de Eduardo halló refugio en la fobia, en la lucha sin cuartel contra los gérmenes y el fantasma de la leucemia, enemigos que le permitían seguir creyendo en la felicidad venidera. De ese modo se salvaba el orden significado en la metáfora lacaniana del Nombre del Padre.

Teresa anotó el nombre «Emilia» en su libreta. La noche anterior había inhalado marihuana y su memoria seguía turbia y resbalosa. Ella misma cultivaba la hierba en su azotea, dentro de un cuarto cerrado con llave, iluminado por lámparas de sodio y ventilado a través de un extractor. Había empezado a fumarla para contrarrestar las náuseas, la falta de apetito y las neuralgias provocadas por la quimioterapia. A partir de esa experiencia se convirtió en una ferviente promotora de la marihuana, por razones tanto medicinales como recreativas.

Cuando uno de sus pacientes necesitaba ayuda para soportar los efectos secundarios de la radio y la quimioterapia, Teresa le ofrecía, en voz baja, una sesión privada con «María», sustancia prodigiosa que calma el dolor, exagera los sentidos, abre el apetito y frena a las orugas que roen la salud. A Eduardo, pensaba, le caería bien probarla. La mayoría de los cogollos que cosechaba en su invernadero estaban destinados al consumo de sus pacientes en tratamiento oncológico. Guardaba un poco para su propio consumo espiritual.

La noche antes de la cirugía, Paulina se conectó a internet para aplacar la incertidumbre. Escribió en el buscador «glosectomía total» y después de leer el magro artículo de Wikipedia procedió a ver las imágenes que Google le ofrecía. Fue pavoroso. Tuvo que interrumpir la ingesta del segundo gansito Marinela de la velada. Desde pequeña, Paulina atajaba la angustia con golosinas, pero la visión de esas fotografías le clausuró el apetito. No duró más de un minuto ante ese collage dantesco de bocas mutiladas, suturas y amasijos de tejido sanguinolento. Cerró la ventana y corrió a refugiarse en Facebook, donde la vida transcurría sin sobresaltos, entre fotografías retocadas, citas inspiradoras, chistes gráficos y videos de música. Una vez que hubo recuperado la calma, mordió el gansito, abrió Google y con manos expertas relampagueó en el teclado la palabra *cancer*, sin acento, porque al buscador no le importaba la buena ortografía. Entró de nuevo a la página de Wikipedia, y se puso a releer la descripción como si fuera a presentar un examen al respecto. «El cáncer es el nombre común que recibe un conjunto de enfermedades relacionadas en las que se observa un proceso descontrolado en la división de las *células* —cada hipervínculo estaba escrito en tinta azul— del cuerpo. Puede comenzar de manera localizada y diseminarse a otros *tejidos* circundantes. En general conduce a la *muerte* del paciente si éste no recibe tratamiento adecuado.» Había tres hipervínculos posibles y esta vez eligió «*muerte*» para entrar. «La muerte es un efecto terminal que resulta de la extinción del proceso *homeostático* en un ser vivo; y con ello el fin de la *vida*.» Si la muerte era un hipervínculo, ¿a dónde conducía? A Paulina le costaba trabajo creer en el Más Allá, pero quería hacerlo por el gusto de pensar que había fantasmas y que su padre jamás se esfumaría de manera total, como su lengua al día siguiente. Volvió atrás y tecleó, con la misma pericia de antes, «cancer de lengua». Ya había leído las entradas más populares, y esta vez ingresó a un artículo llamado «Carcinomas epidermoides», sin saber que no tenían relación alguna con el caso de su papá. No obstante leyó aterrada que «el cincuenta por ciento de estas lesiones demuestran ser mortales», otra vez esa palabra maldita que, al ser buscada en Google, arrojaba en primer término un recuadro dedicado al antiguo videojuego *Mortal Kombat*. Ese resultado era un recordatorio de la gran indiferencia de internet hacia su hambre y su temor.

Quedaba un solo gansito dentro de la caja. Decidió usarlo como pretexto para buscar la compañía de Mateo, que seguramente no se había acostado todavía y estaría tan nervioso como ella. Tomó el gansito y salió al pasillo. Se agachó para ver si Mateo tenía la luz prendida, y al ver por debajo de la puerta que sí, se acercó a tocar. El único sonido perceptible provenía del cuarto de sus padres, que estaban viendo el noticiero. Volvió a tocar.

—Mateo —llamó.

Paulina lo imaginó sentado frente a la computadora, navegando por la red con los audífonos puestos; la escena era cierta, aunque incompleta, pues le faltó agregar el pantalón abajo, el pene erecto, la mano activa, las curiosas hermanastras en la alberca —Mateo veía escenas lésbicas porque el reparto masculino del cine porno menoscababa su autoestima genital.

Mateo experimentaba una vaga culpa cada vez que se masturbaba, y en el fondo de ese sentimiento habitaba una imagen un poco absurda, pero eficaz, elaborada por un sacerdote durante una plática de educación sexual: «El cuerpo del joven católico es morada del Señor, templo de Cristo, y cuando nos lo tocamos con propósitos egoístas es como si nos subiéramos a la cama en casa de un amigo con los zapatos llenos de lodo y nos pusiéramos a saltar. Puede que sea muy divertido, pero la cama que nos prestó no es para eso sino para reposar y para celebrar, a su debido momento, la máxima gracia del matrimonio, que es la procreación». Pero Marisa Johnson, su actriz porno favorita, gemía de una manera irresistible, angelical, en sintonía con las dos alas perfectas que tenía tatuadas en la espalda. Con ella experimentaba orgasmos telúricos que traspasaban el pañuelo de papel donde vertía el esperma baldío.

A la mitad de un video en el que Marisa jugaba con su hermanastra, Mateo escuchó golpes en la puerta, masculló un «¡Madres!» frustrado, se apresuró a cerrar la página porno, subirse los pantalones, ocultar el pañuelo todavía limpio, decir «¡Voy!», restregarse la mano sudorosa contra la sudadera, levantarse, acomodarse el pene para ocultar la erección, caminar hasta la puerta, abrir, su hermana:

—¿No quieres un gansito?

—¿Qué?

—Me traje unos gansitos a mi cuarto. ¿No quieres uno?

—No manches, Pau, estaba estudiando.

—Ay, bájale, seguro estabas chateando. Ándale, ven.

Si Mateo no la ayudaba con el último gansito de la caja, ella no podría resistir la tentación.

—No, cené un buen..., gracias —dijo Mateo con forzada cortesía, tratando de ocultar su enojo por la interrupción.

—Te lo comes luego.

—No, de veras. Gracias. Ya vete a acostar.

—Tengo miedo, Mate...

Paulina empezó a llorar y Mateo, avergonzado por el deseo que sentía de volver con Marisa, la abrazó cuidándose de no rozarla con el pantalón.

—No llores, Pau. Vete a dormir...

Paulina tuvo ganas de mostrarle las fotografías de bocas intervenidas y lenguas amputadas que había encontrado en internet, para que se diera cuenta de la tragedia que iba a suceder al día siguiente. Lloraba de rabia y de terror, Mateo le daba inertes palmaditas en la espalda, afectos de robot; la hubiera consolado más un gato autista.

Mateo rompió el abrazo al cabo de un minuto e insistió en que se fuera a acostar, le deseó buenas noches y volvió a encerrarse. Paulina se quedó sola en el pasillo. Miró hacia la puerta de sus papás, pero no se acercó. Ellos tenían demasiado de qué preocuparse, no necesitaban que ella fuera a molestarlos.

Volvió a su cuarto y se tendió en la cama. Desde los carteles pegados en la pared, los cantantes más guapos del pop la miraban con sonriente indiferencia. Sentía una rara mezcla de miedos infantiles y deseos de mujer. Quería que su papá la abrazara y que Justin Bieber se acostara con ella. Su adolescencia era una malteada rosa de instinto y soledad. Con tiernos graznidos de chocolate, el último gansito la llamaba desde su empaque transparente. *Cómeme*, decía, y ella lo obedeció.

Después de un largo insomnio solidario, Carmela sucumbió y ahora roncaba como un vikingo noqueado por el grog. A su lado, Ramón se desvelaba imaginando su vida sin la lengua, el trato compasivo de su familia, la confusión de los clientes, la impaciencia de los jueces y abogados. Estaba por entrar a un perpetuo «Dígalo con mímica» en el que los nombres de películas famosas serían sustituidos por argumentos jurídicos.

La noche transcurría viscosamente. El tumor palpitaba en su boca como un pequeño corazón intruso. El miedo de Ramón se disfrazaba de impaciencia por entrar al quirófano y salir, aunque incompleto, vindicado del cáncer. Hizo un recuento de los enfermos de cáncer que había conocido hasta entonces. Nunca había reparado en su abundancia, que imputó a los excesos de la vida moderna.

Hacia las tres de la mañana se durmió. Diles que no me operen, murmuró en un sueño. Mientras lo conducían hacia el quirófano en una camilla rodante, el pánico se apoderó de él. Ya no estaba soñando. Lo iban a mutilar. Una marea de cortisol inundó su cuerpo, preparándolo para huir o pelear. Los camilleros estacionaron la camilla junto a la mesa de operaciones y en un solo movimiento lo trasladaron de una a otra. Se vio rodeado por médicos y enfermeros cubiertos con batas, gorros y tapabocas. Reconoció los saludos de Aldama y del cirujano. Sintió que estaban de buen humor, festivos, ansiosos por empezar a tasajearlo.

Pasó un minuto de preparativos confusos. Una voz remota le pidió que respirara profundo. Estaba despierto, totalmente lúcido. Creyó que algo fallaba en la anestesia, que se iba a despertar antes de tiempo y sentir el bisturí, la carne abierta, el rojo borbotón, las carcajadas, la repentina desnudez del hueso blanco.

—Relájese, señor Martínez —dijo una voz.

—*Oi ieiao* —la corrigió. «Soy licenciado», quiso decir con su lengua por última vez.

—Agreguen midazolam —dijo otra voz, un eco.

De pronto sintió una espuma de noche cubrir sus ojos. La espera, otra vez, terminó.

En las sesiones con su propia analista y supervisora, Teresa volvía asiduamente al tema de la transferencia y la contratransferencia con Eduardo. Según su propia interpretación, el paciente le transfería el papel psíquico de su madre. Al cuidarlo de forma tan obsesiva durante la enfermedad, ella, madre soltera, deseaba algo que no era él, su hijo débil, sino el Padre ulterior, amenazante, del que todos hablaban sin pronunciar el nombre. Era el cáncer quien había adoptado la función inconsciente del Padre. Aquella terrible identidad permanecía reprimida en lo más profundo de Eduardo. Su madre deseaba al Otro en él, quería, sin saberlo, que su hijo tuviera cáncer. Era un horror indecible. De ahí que hubiera tanto trabajo de represión. Y el falo de aquel padre simbólico, el síntoma exterior, era la asepsia, la higiene que su madre idolatraba. Y ahora, cuando ella trataba de infringir sus propias reglas y acercarse a Eduardo sin tapabocas, tratarlo como a un hijo normal, lo que él sentía era la amenaza edípica del incesto. La traición. Renunciar a las medidas fálicas de limpieza significaba nada menos que matar de una vez por todas a la leucemia, el Padre.

Esta interpretación psicoanalítica conducía a Teresa a la conclusión de que sus sentimientos maternos hacia el joven, muchas veces explorados con su analista, eran producto de la contratransferencia y debían ser aprovechados para la cura psíquica. Teresa deseaba que Eduardo superara la identificación del cáncer con el Padre y de ese modo pudiera insertar en esa función una figura apta para llevar una vida afectiva sana, tanto en el plano familiar como el sexual.

—El problema —dijo Teresa, recostada en el diván— es que no veo cómo puedo convencer al paciente de que mi deseo, o sea, refiriéndome al fenómeno transferencial, el deseo de su madre no es que el chavo esté enfermo y obedezca una serie de medidas paranoicas para evitar el contagio o la reincidencia del cáncer. Puedo llegar a decírselo, pero en el plano inconsciente, no. Por lo menos ahorita, no.

Teresa se detuvo, cediendo la palabra a su analista.

—¿Sientes que, más allá de la contratransferencia, hay algo que te lo impide?

—No es que tenga yo miedo de que por mi maternidad frustrada yo quiera volcar en él mis sentimientos. Eso ya lo he trabajado, he hablado horas de eso y ya, puedo manejarlo. Lo que me hace sentir en un callejón sin salida con este paciente es que yo evidentemente soy parte del sistema que lo mantiene anclado en la leucemia. Él sabe que yo trabajo con pacientes con cáncer, que coordino grupos de apoyo, que he escrito sobre mi experiencia con el cáncer de mama, que yo tuve cáncer de mama. ¿Cómo voy yo, psicoanalista especialista en personas con cáncer, a convencerlo de que él no tiene cáncer? Eso por un lado, y por el otro, ¿cómo voy a transmitirle,

cuando verlo me da satisfacción, me inspira afecto, me alegra los sábados, y aparte su mamá me paga cada semana. ¿Cómo voy a convencerlo de que no quiero que siga enfermo?

—Cuando llegue el momento de concluir el análisis se va a desencadenar precisamente esa parte del proceso —dijo la analista.

—¿En cuánto tiempo? —reclamó Teresa—. ¿En diez años, cuando ya no vaya a la universidad, donde ahorita tiene la oportunidad de conocer gente de su edad, con sus mismos intereses? La universidad es la licuadora social y, en vez de aprovecharla, está sufriendo un revoltijo de emociones, de repulsión y libido, de miedo y curiosidad. Necesita algo más inmediato.

—Tal vez creas ahora que la solución es suspender el análisis y pasar a una terapia cognitivo-conductual o terapia de grupo, que con él sería imposible, pero bueno, una terapia cognitiva que idealmente le permita disfrutar de la vida lo antes posible. Pero en esa urgencia porque él disfrute yo veo un deseo proyectado. Eres tú la que siente prisa de que algo pase. Nunca me has dicho que él manifieste interés por ir a fiestas, salir con los cuates o cosas por el estilo. En esto veo un sentimiento parecido al de su madre. Hay que tener cuidado porque la contratransferencia puede sabotear lo que has logrado con él.

—Pero ¿qué he logrado? Entiendo que mi preocupación sí es maternal y lo que quieras, y por supuesto que no voy a arruinar la transferencia demostrándoselo. Lo que me preocupa es que la fuerte liga del cáncer conmigo, en un plano simbólico, como sobreviviente y como terapeuta especializada, no le permita superar la idea de que el deseo de su madre es que él esté enfermo. Imagínate que los sábados al salir a veces se topa con mi paciente de las doce, una mujer que está en quimio, que ya perdió el cabello y camina con bastón. ¿Cómo va a superar el cáncer así? Mientras siga yendo conmigo va a seguir metido en este ambiente.

—¿Tú quieres seguir metida en ese ambiente?

—Yo sí. ¿Pero él? Me gustaría transferirlo con alguien, pero si lo hago va a tener que contar todo de nuevo, la leucemia, el trasplante, va a tener que revivir esas cosas, y no quiero. Sería un retroceso muy negativo.

Hubo una pausa que Teresa dedicó a imaginar las consecuencias de transferir a Eduardo con otro analista, acaso un hombre joven con el que pudiera establecer vínculos paternos.

Teresa permaneció callada. Sabía a dónde iba su analista: quería confrontarla con la posibilidad de que la estructura inconsciente que atribuía a Eduardo fuera, en realidad, su propia estructura, y que ella vivía convencida de que los demás querían que ella siguiera viviendo con cáncer.

—Creo que mis pacientes buscan identificarse conmigo como sobreviviente, y eso es lo más valioso que yo les doy.

—¿Sobreviviente?

—Ya sé —dijo Teresa, frustrada por no haber previsto lo que ella pensaría—, esa palabra. Pero es importante para no perder de vista que la experiencia, aunque no define nuestra identidad, sí cambió el rumbo de nuestras vidas. El cáncer sí es una presencia constante en mi vida, y creo

que sinceramente estoy reconciliada con eso, pero el caso de Eduardo es muy diferente, o sea, no creo que mi interpretación de su caso sea una transferencia mía. Sus fobias están ahí, su TOC, su angustia, la amenaza de lo Real, la leucemia enganchada a su ego. Si pudiera experimentar algo nuevo, por ejemplo, con la marihuana, y tener esa apertura de conciencia que viene del exterior, sería muy positivo. Yo no se la puedo ofrecer, no voy a romper la transferencia y echar todo a perder, pero sí alguien en la universidad, no sé. Me encantaría.

Teresa se detuvo al notar que la analista ya había adoptado su típico gesto de clausura. Ambas guardaron silencio. Teresa no simpatizaba con las sesiones de tiempo variable, pero su analista sí lo hacía y había hecho el corte con pericia. Impidió que Teresa continuara teorizando sobre el caso de Eduardo en vez de ahondar en su propia relación conflictiva con el cáncer, ese Otro cuya demanda soterrada nunca había dejado de interpelarla.

Al cabo de un minuto de tensión creciente, la analista se puso de pie y despidió a Teresa con una sonrisa cordial.

Ramón despertó en una telaraña de cables y sondas. Su conciencia acudió a los sentidos uno por uno, comenzando por el oído —un raro borboteo en el cuello, el timbre agudo e intermitente de un aparato—, luego el tacto —la presión de las vendas que fijaban su cabeza al collarín— y la vista —la luz albina, cortinas grises, las manos derrumbadas como pájaros muertos en la cama. No había aromas porque el aire no entraba a su cuerpo por las fosas nasales sino por una traqueotomía conectada a un tubo respirador. Tampoco había sabores, ya que el órgano del gusto estaba ausente.

Mientras el cerebro se iba despabilando, el corazón bombeaba una mezcla de sangre propia y ajena, proveniente de dos bolsas donadas por un piloto aviador y una pintora hiperrealista. Los pulmones filtraban aire adulterado por un tanque de oxígeno, el hígado quemaba reservas para compensar el ayuno, los riñones degradaban anestésicos y el páncreas dormía la siesta.

Ramón quiso parpadear y abrió los ojos dos horas después. Carmela estaba junto a él.

—¿Cómo te sientes? —le dijo ella en voz muy baja. ¿Qué hora es?, pensó Ramón—. El cirujano me dijo que no hubo complicaciones, que no tuvieron que llegar a la laringe. Vas a respirar normal en unos meses. Es muy buena noticia. Estamos muy contentos. Mateo y Pau están allá afuera con Ernesto y Alicia. Te mandan muchos saludos y mañana regresan a verte. También se estuvo aquí Elodia todo el día, pero ya la mandé a su casa.

Ramón puso mucha atención en la forma, mas no en el contenido, de lo que decía Carmela. Quedó hipnotizado por las rápidas gesticulaciones de sus labios, la expansión de las vocales, los chasquidos y oclusiones, la cadena resultante, la ternura del conjunto. Entre el frenético subir y bajar de los dientes, Ramón alcanzó a vislumbrar la lengua, húmeda, agitada, laboriosa, cambiando a cada instante de posición para emitir, uno tras otro, sonidos diferentes.

Sintió un amago de nostalgia. ¿Dónde estaría su lengua a esas alturas? ¿En una bolsa sellada, un congelador o un horno? Había autorizado por escrito que se extrajeran muestras para analizarlas en los laboratorios del Instituto Nacional de Cancerología. Al parecer, su tumor era inaudito y ayudaría a sentar precedentes clínicos. Al menos para eso iba a servir. Por lo demás, de acuerdo con lo dispuesto en la *Ley General de Salud en Materia de Control Sanitario de la Disposición de Órganos, Tejidos y Cadáveres de Seres Humanos*, tendrían que incinerar su lengua, pero no iban a entregársela en una urna, como se acostumbra en los crematorios funerarios. Las cenizas de su lengua, ¿a dónde irían? Quince días antes le había parecido ocioso preguntarlo, pero ahora se arrepentía de no haber exigido que se le entregaran sus restos, por mínimos que fueran. Para

cuando estuviera en condiciones de manifestar su voluntad por vía escrita, seguramente ya sería demasiado tarde.

Carmela se acomodó a su lado en un sofá reclinable y le deseó buenas noches. No lo fueron. Médicos de guardia y enfermeras iban y venían, revisaban su expediente, el catéter, la presión, la sonda gástrica y la válvula respiratoria. Pero no interactuaban con él. Lo despertaban, eso sí, lo palpaban y adolorían, pero no pedían permiso ni disculpas. Le daban instrucciones maquinales —«Levante el brazo», «Exhale», «Inhale», «Abra la boca»—, le advertían —«Va a doler», «Un piquetito», «Arde»—, le preguntaban a él —«¿Cómo amaneció?», «¿Le pica el catéter?», «¿Ya fuimos del baño?»—, pero esperaban que respondiera Carmela u otro representante más específico: el termómetro, el frasco medidor de orina o la bandeja de metal en forma de riñón donde escupía la saliva acumulada.

El riñón metálico protagonizó un desaguisado el 31 de diciembre por la tarde, cuando Ramón y Mateo se quedaron a solas en el cuarto. Carmela y Paulina habían salido a comprar tortas y refrescos para la cena de Año Nuevo. Mientras Mateo jugaba *Grand Theft Auto* en su laptop con los audífonos puestos, Ramón se quedó dormido viendo un melodrama de los años cincuenta en la televisión. Al despertar de su siesta, la película ya había terminado y en su lugar figuraba un *talk show* peruano de resolución de conflictos familiares: *Laura en América*. Mateo seguía tendido en el sofá, de espaldas a la cama de su padre, disparando su metralleta virtual al ritmo del heavy metal que retumbaba en sus oídos. En la televisión apareció una mujer diminuta: «Este canalla me juró que ya no iba a ir al boite con su hermana, pero venía choborra, abrazándose de ella, tocándola, ¡Señorita Laura!». La conductora del programa, indignada, preguntó como el corifeo de una tragedia de Sófocles: «¿Me está diciendo que su marido la engañaba a usted con su propia hermana de él?». «Así es, señorita Laura.» En ese momento, la conductora vociferó «¡Incesto!» y la esposa traicionada comenzó a atacar a manotazos a su cuñada y rival.

A Ramón le indignaba que se transmitiera por televisión ese tipo de espectáculos denigrantes, que embotan la inteligencia y propician el morbo y la barbarie. Buscó el control remoto para cambiar de canal, pero se había quedado sobre la mesa rodante, fuera de su alcance. Necesitaba la ayuda de Mateo, pero él estaba absorto en su laptop, sordo a cualquier ruido externo y ciego a los aspavientos de su padre.

«¡Que pase el marido!», gritó la señorita Laura. Cuando el sujeto apareció en el escenario, tanto su esposa como su hermana amante se lanzaron contra él. Dos guardias apáticos las detuvieron. Tan pronto como el villano hubo tomado asiento, la conductora le dijo: «Lo que usted hace no lo hacen ni las bestias, ¿me entiende?, ni las bestias en África». La multitud aplaudió.

Imaginarse los gritos e insultos que le hubiera dedicado a su hijo no consolaba a Ramón. Empezó a golpear el barandal de la cama con la escupidera, dentro de la que se agitaba una buena cantidad de saliva ensangrentada, esperando sin éxito que el golpeteo llamara su atención. Ramón

podría haber llamado a una enfermera con sólo presionar un botón, pero le parecía absurdo tener que hacerlo cuando su hijo, que ya había cumplido dieciocho años y seguía siendo el bodeque mimado de su madre, estaba a dos metros de distancia.

«¿Y quién tiene la culpa de todo esto? ¿Quién crio a este par de depravados? ¡Que pase la madre!»

Enviciado por la cólera peruana del *talk show*, Ramón cedió al impulso de lanzar el riñón metálico contra el suelo para asustar a Mateo, apuntando hacia el costado del sofá. En el aire, la bandeja parecía un boomerang obeso que giraba repartiendo gotas de sanguaza a diestra y siniestra; no dio en el suelo sino en la cabeza del joven, justo en la coronilla, y la mayor parte de su viscoso contenido cayó sobre el teclado y la pantalla. Mateo se levantó como un resorte y se giró muy asustado hacia su padre.

Ramón estaba genuinamente sorprendido por la trayectoria que su brazo, en completo desacato de sus intenciones conscientes, le había imprimido a la bandeja voladora. Había que tomar en cuenta que no era zurdo y que había tenido que lanzarla con el brazo izquierdo, pues el otro se hallaba impedido por el catéter intravenoso. Discúlpame, repetía en su fuero interno, no era mi intención, te lo aseguro.

«¿Qué clase de madre deja que sus hijos adolescentes se vean desnudos?», apuntó la señorita Laura.

—¿Qué pasó? —preguntó Mateo, más preocupado por su laptop ensangrentada que por su padre convaleciente.

Ya que no tenía medios para deshacer el malentendido, Ramón decidió usarlo a su favor y fingir que, en efecto, sentía un dolor punzante en el estómago. Su hijo llamó a la central de enfermeras y les pidió que acudieran porque su papá estaba mal. La señorita Laura y sus paleros seguían desgañitándose en la televisión, pero Ramón decidió no tomar cartas en el asunto por el momento.

Llegó una enfermera y después de cerciorarse de que la sonda gástrica estaba bien colocada, solicitó la asistencia de un médico, el cual tuvo el buen tino de apagar la televisión al tiempo que la hermana incestuosa maldecía a su hermano pusilánime.

—¿Hubo vómito? —preguntó el médico al ver el piso salpicado de sanguaza.

—No —dijo Mateo—, se nos cayó el plato de la saliva.

—Ahorita vienen a trapear —dijo la enfermera con voz amable.

El médico auscultó detenidamente el tórax del paciente y concluyó que el dolor podía haber sido provocado por un cólico intestinal sin importancia. Entretanto, Mateo se encerró en el baño con su laptop y se puso a limpiarla meticulosamente con papel de baño.

Cuando se quedaron otra vez solos, Mateo le pidió perdón a su padre por no estar más atento. Ramón, también avergonzado, lo disculpó con una sonrisa y se exculpó a sí mismo pensando que, dadas las circunstancias, no era grave que su agresión quedara impune.

El coraje reciente despertó el hambre que había invernado las semanas anteriores. Las reservas

de grasa abdominal ya casi habían dejado de existir y las malteadas nutritivas que le administraban a través de la sonda no contenían tantas calorías como las fabadas, milanesas y pozoles que habían protagonizado sus comilonas habituales. Nunca volvería a gozar la carne succulenta de un pollo rostizado, el complejo picante del mole, la dulzura tan tierna del flan. Eran pérdidas mayores, irreparables. Le resultaba imposible evocar aquellos sabores, por lo que no tendría siquiera el consuelo de recordarlos. Los objetos de su nostalgia carecían de atributos. Eran tristes y profundas lagunas mentales.

Carmela y Paulina volvieron con paquetes de comida rápida, quejándose de las filas en el centro comercial y el tráfico en las calles.

—¿Cómo la pasaron? —preguntó Carmela.

—Muy bien —respondió Mateo—, estuvimos viendo la tele.

—¿Ah, sí? —insistió Carmela con suspicacia.

Ocultar el vergonzoso episodio de la tarde también le convenía a Ramón, por lo que secundó la versión de su hijo con un gesto grave.

—Qué bueno. Pues nosotras trajimos ensalada rusa y tortas de bacalao. A ver qué tal salen.

Bacalao: otro manjar perdido.

A las doce de la noche, Ramón brindó por el año nuevo con un sorbo de agua fría.

Por más que hayan nacido tiernos, suaves y jocosos, los oncólogos siempre acaban dominados por la melancolía. Ningún otro especialista, ni siquiera el médico forense, sostiene relación tan familiar con la desgracia. El alma del oncólogo se ausenta para no pudrirse. Cuando un paciente incurable le suplica un mendrugo de esperanza, el médico no puede darle a comer mentira, no le toca ser piadoso sino profesional.

¿Qué clase de vocación, la oncología, qué tipo de revancha o recompensa comporta esa especialidad? ¿Qué caminos llevan a carrera tan sombría, vocera de la desgracia, administradora de curas atroces y fármacos letales? Al mirar el rostro de un oncólogo es preciso recordar que adentro existe un móvil, una causa, un trauma del inconsciente, un heroísmo masoquista, una macabra curiosidad; acaso el deseo de emular al padre, de matarlo o complacerlo, o de obtener la residencia en un hospital para ricos. El consultorio del oncólogo es la escena de un crimen psicológico; detrás de los diplomas que adornan sus paredes hay motivos que huyen de la luz.

El galeno melancólico tiene la piel estéril y el corazón helado. El calor de los pacientes no lo aviva, pero a veces sí un cáncer fogoso, un tumor impresionante, un tigre solitario que despierta su instinto de cazador.

Aldama levantó el teléfono y llamó a Luis Ramírez, patólogo del Instituto Nacional de Cancerología. Quince días antes le había pedido, como un favor personal, que revisara las muestras del sarcoma que acababa de operar. A Aldama no le simpatizaba la vulgar extroversión de Ramírez, pero había recurrido a él porque era un virtuoso a la hora de clasificar tejidos enigmáticos y entender lo que llamaba «la pinche idiosincrasia celular».

—¿Le hiciste una biopsia a Godzilla o qué onda? —dijo Ramírez.

—Me llamó la atención desde el principio —le respondió Aldama—, y tengo mucho interés de saber cómo lo viste.

—Cuando lo puse en el microscopio yo dije: Estos pendejos me confundieron las placas. Los mandé a prepararme otras con lo que nos mandaste, y que las vuelvo a ver y, «Ah, cabrón», dije, «un sarcoma alveolar de perfil pediátrico».

—¿Pero viste la edad del paciente? —lo interrumpió Aldama.

—¡Claro! «Ah chingados», dije, «ni a Chabelo le pudo haber dado algo así».

—Aquí se empeñaron en que era un sarcoma de células redondas.

—Mira, a esos pinches señoritos de Harvard ponlos a sacar muestras de sangre porque no sirven para más. Esto es un rhabdomyosarcoma alveolar de libro, o sea, como si tuviera apenas dos años, el cabrón.

—Pero tiene cincuenta, Luis, y no hay antecedentes familiares ni agentes mutagénicos. Es un abogado de aquí. No me explico cómo fue...

—Pues yo tampoco. Pero si averiguamos qué pasó, me cae que nos dan el premio Lasker o el Nobel.

—Bueno, no es para tanto.

—¿Cómo no? —reaccionó Ramírez, con socarrona indignación—, ¿cuándo habías visto algo como esto? ¿Sí sabes lo que se le puede sacar a una célula adulta que se porta como niña de *kinder*? La fuente de la eterna juventud, maestro.

—Me cuesta trabajo creer en esas cosas.

—Pero no vas a negar que está muy raro. ¿Tu paciente es maricón?

—No tiene sida, si a eso te refieres.

—No —dijo Ramírez—, pero parece que anduvo chupando el pito radiactivo de Supermán.

Las carcajadas autoinducidas de Ramírez cubrieron el silencio incómodo de Aldama, a quien le parecía desconcertante que un patólogo tan eminente fuera al mismo tiempo un gañán.

—Me interesa saber —continuó Aldama cuando el patólogo paró de reír—, si consideras pertinente hacer un perfil genético para catalogar las mutaciones.

—A huevo. A estas células hay que confesarlas. Te aseguro que traen fusiones de PAX7 con fox01, translocaciones de a madres en los KRAS, NRAS, el FGFR4 y otros pinches trabalenguas. Lo que sí es que si traen pedos en el gen PAX3, el PAX7 como quiera, pero el PAX3, por lo menos en infantiles, se pone más culero.

—Por desgracia —dijo Aldama—, la clínica no me deja estar al día en oncogenética. Quiero saber si me puedes apoyar en esto, si me ayudas a ubicar los estudios pertinentes, te lo agradecería mucho.

—Si tú me das luz verde —le dijo Ramírez—, yo le hablo a Juan Delgado, que es un genetista de la universidad, muy bueno para esto, y le digo, Juan, tenemos una cepa muy cabrona, vamos a cultivarla, la estudiamos y seguro sacamos un chingo de oncogenes anormales para un artículo de portada en la mismísima *Cancer*, papá.

—¿Crees que sea de esa magnitud? —preguntó Aldama, incrédulo ante el entusiasmo del patólogo.

—Se dividen en chinga loca, pero bien ordenaditas, se acomodan, sacan vasos sanguíneos, ni se obstruyen ni se asfixian. Como en una estampida. Son como unas viejas desmadrosas pero japonesas, ordenaditas. Y el pedo es cómo le hacen para armar tanto desmadre sin tropezarse. ¿Me explico?

Por primera vez en su tediosa carrera de diagnósticos y tratamientos ordinarios, un misterio desafiaba a Joaquín Aldama: ¿cómo había surgido un tumor infantil tan agresivo en la lengua de un varón adulto? Era tan aberrante como hallar compases de mariachi en una partitura de Bach. ¿Qué insólitas mutaciones lo animaban, qué factores de riesgo lo auspiciaron? Tendría que ser muy audaz en el diseño de la quimioterapia adyuvante.

Aldama fantaseaba con ver su nombre impreso en las revistas más prestigiosas, con ser invitado a dictar conferencias magistrales y a impartir cursos en Boston, Londres y París. Saboreaba la fama de haber dilucidado las causas de un sarcoma aún más raro que el responsable de aniquilar a Hugo Chávez, a quien consideraba la célula maligna fundadora del tumor populista que asfixiaba a Venezuela. La ideología clasista de Aldama se fundaba en una vaga analogía fisiológica: si no hubiera jerarquías dentro del cuerpo, si todas las células gozaran de los mismos privilegios, no seríamos mamíferos inteligentes sino esponjas de mar. Por eso había que eliminar las células revoltosas, la carne amotinada, expulsarla del tejido social del organismo. ¿Cómo hacerlo en ese caso tan difícil? Ya habían extirpado el tumor, así como el tejido circundante, pero las células podían seguir ocultas en barrios impenetrables del sistema linfático. Si fueras metástasis de sarcoma, ¿qué escondite preferirías? Los ganglios del cuello, obviamente, pero ahí parece que no está. Podría haberse ido a la tráquea, a la acogedora tiroides, a la órbita ocular. Pero en la lengua, ¿por qué ahí? Cuando el cirujano maxilofacial la extrajo de la cavidad oral y la colocó, goteando una mezcla anaranjada de saliva y sangre, sobre una charola de acero, Aldama la miró con extrañeza, como si se tratara de un molusco, de una babosa descomunal, extraña a la anatomía del hombre. El ojo, la mano, el pene, incluso el páncreas tiene una marcada identidad humana, pero la lengua es un órgano excéntrico y versátil; la lengua es un artista, vicario del sabor, goloso, voceador, locuaz.

En el periodo fetal hubo un rhabdomioblasto que nunca maduró; vivió casi medio siglo, ocioso y reservado, en la lengua del paciente. ¿Por qué se resistió a volverse obrero muscular, cómo lo hizo y cuántas veces se dividió antes de convertirse en célula tumoral? Para averiguarlo, Aldama debía ponerse al día y colaborar, por primera vez, con un equipo de investigadores médicos de laboratorio. Ramírez lo había convencido de que iban a encontrar algo muy raro y valioso, digno de presentarse ante la comunidad científica internacional.

Mientras tanto, debía asegurarse de que el paciente tuviera una sobrevida lo suficientemente prolongada para ser objeto de estudios exhaustivos de ADN. Tan pronto como se hubiera recuperado de la glossectomía, Aldama planeaba comenzar una quimioterapia adyuvante muy audaz. Iba a tratarlo con un empeño tan sólo equiparable al que había puesto en Lorena Galván, joven de belleza lacerante que llegó a su consultorio veinte años atrás. Su dermatóloga, que había estudiado con Aldama, la refirió con él para que evaluara el aspecto de un lunar que le había salido en el tobillo izquierdo y cuya forma se parecía cada día más al estado de Jalisco. Alrededor de esa entidad amorfa se extendía un continente voluptuoso, trillones de células coludidas en un retrato hiperrealista de Parvati, la diosa más sensual de todas las mitologías. Su rostro era nocturno y felino, su cuerpo era un coctel de anfetaminas y su voz un fuego brujo.

Aldama solía palpar a sus pacientes con manos apáticas y firmes, pero fueron temblorosas al encuentro de esas piernas bronceadas por un sol tropical. De no haber sido por la holgura de su

bata médica, el pantalón habría acusado una turgencia bochornosa. Al cabo de un ascenso demorado, Aldama se topó con algo grave: ganglios inflamados en el pliegue inguinal. El médico tuvo que hacer el doble esfuerzo de ocultar su ardor y sus sospechas: melanoma con propagación macroscópica de categoría M1, b o c, con pronóstico muy pesimista.

Sentado detrás de su escritorio, Aldama completó el historial médico de la paciente con preguntas innecesarias, formuladas con el único fin de prolongar su presencia en el consultorio. Con una actitud cálida y paternal, ajena a sus costumbres, concluyó la consulta con una prolongada caricia en el hombro y falsas palabras de aliento.

En su siguiente visita, Lorena volvió acompañada por su prometido, un junior apuesto y relamido que dos meses después rompió el compromiso matrimonial bajo el pretexto de que la amaba demasiado para verla sufrir así. La ruptura devastó a Lorena, y su deterioro se aceleró a partir de ese momento, al igual que los cuidados personalizados de Aldama, cuyas atenciones llegaron al extremo de acudir a su domicilio para inyectarle medicamentos que podría haberle recetado en píldoras.

La pasión trastornó todas sus opiniones y principios. Pasó de la franqueza al disimulo, de la honestidad al engaño, de la exploración distante al manoseo gratuito, del odio a los tatuajes a la contemplación absorta de la rosa que adornaba la espalda de Lorena y de la golondrina que volaba en la cintura, siempre medio oculta por la orilla del calzoncillo. Aldama quería libar el néctar de la rosa, cazar la golondrina, posar su ave en el nido de la depravación. Llegó a excitarse incluso con los gemidos de dolor de la paciente. Agobiado por la culpa y el reproche, consideró transferirla con un colega decente, de preferencia una oncóloga ciega que no fuera a caer en la misma aberración que él.

El único antídoto contra los pensamientos depravados era su melomanía especializada en las obras de Bach. Ningún otro compositor lograba distraerlo de Lorena. En casa, se retiraba a su estudio y se administraba al menos una hora de fugas, cantatas, contrapuntos. Miraba los discos de vinilo girar en la tornamesa y quedaba hipnotizado por la órbita espiral de la aguja cayendo hacia el centro silencioso de la galaxia musical.

A pesar de su temprana conversión al ateísmo, Joaquín Aldama estaba habitado por demonios espirituales. En el colegio de los hermanos maristas había aprendido que la carne es débil y enemiga del espíritu. Había que combatirla de algún modo, con tesón y privaciones, con fármacos y bisturí. ¿No era su carrera una batalla contra la potencia destructiva de la carne? Creía que sí. Aldama carecía de lo sagrado, lo añoraba. Tenía sed de ritual y trascendencia, sacrificio y comunión; la música le daba consuelo y templanza.

¿Y cuál era el remedio más potente contra la lascivia? *El arte de la fuga*, interpretado al clavecín. El timbre anticuado de ese instrumento generaba una atmósfera geométrica que lo remontaba muy lejos de sí mismo, hasta una región donde la forma se desnuda en inhumana perfección. Lado B del disco tres, pieza catorce. Los tres sujetos de esa fuga lo extasiaban. Cerca del compás 170, Aldama era arrebatado por una figura veloz de la melodía más alta. Su cuerpo se

estremecía de una forma sólo comparable a la del orgasmo, tanto en su fuerza como brevedad. Bach dejó incompleta la escritura de ese contrapunto al fallecer. En el compás 239, la música colapsa, el aire se paraliza, un pájaro se estrella contra un muro transparente, una y otra vez. Esa pausa entre la música y el ruido, ese instante inagotable fue la obra maestra del cantor. Aldama había escuchado muchas veces el canto fúnebre de un electrocardiógrafo conectado a un pecho muerto, pero nunca había sonado así la muerte. Estaba ahí.

Una noche, mientras saboreaba un concierto de Ravel con whisky de dos maltas, recibió una llamada del padre de Lorena. Su hija, a pesar del coma inducido por los narcóticos, se agitaba dando muestras de dolor. Aldama salió a toda prisa rumbo a su casa. Un golpe de adrenalina había despejado su conciencia intoxicada.

La halló entre sábanas revueltas, atormentada. Miró sus uñas, ya moradas, y sus labios, aún carnosos. Le administró un calmante definitivo y salió de la habitación. Acarició con nostalgia cada una de las letras de su nombre al registrarlo en el certificado médico de defunción.

De ese encuentro le quedó, permanente, un sabor a vinagre en la boca. Pasaron los años y los hijos, los discos y los conciertos, los pacientes y los discípulos, las amantes y los nietos. Envejeció mansamente hasta que el caso de Ramón lo sacudió con un reto.

—¿Qué tal está el pato? —le preguntó su esposa durante una cena de aniversario en un restaurante de lujo.

Aldama estaba distraído, pensando en las posibles consecuencias de incluir doxorubicina o cisplatino en la quimioterapia. Quería agregar metotrexato, mas no sabía de qué modo iba a interactuar con las otras sustancias.

—¿Perdón? —le dijo.

—¿Qué tal está el pato? —repitió ella.

—Muy bueno —dijo él, sin convicción. Acababa de leer un estudio reciente sobre la aplicación de altas dosis de interferón en niños y adolescentes con rabdomiosarcoma, pero no estaba familiarizado con ese fármaco y temía que usarlo en esta fase fuese prematuro—. ¿Y tu platillo?

—Riquísimo —dijo ella, entusiasmada—. Está tan suave que parece mantequilla.

Continuaron cenando sin hablar.

Después de una quincena de costoso alojamiento en el hospital, Ramón volvió a casa para continuar la convalecencia. Sus cuidados quedaron a cargo de Elodia. Carmela, que llevaba muchos años sin ejercer la abogacía, se convirtió en directora interina de Martínez y Asociados, donde ella, dos jóvenes pasantes de derecho y una secretaria instruida en tiempos de la taquimecanografía, se enfrentaron al reto de llevar a buen puerto los pocos casos que no habían sido transferidos por Ramón a otros colegas. Se trataba de pleitos que no planteaban ningún reto: demandas contra inquilinos morosos, elaboración de contratos de compraventa, amparos contra sanciones excesivas.

Mientras Carmela se ponía al corriente en materia jurídica, Elodia tomaba clases intensivas de enfermería con una vecina que se dedicaba a cuidar ancianos seniles. Aprendió a inyectar una papaya, a tomar la presión y a dar masajes de colon para el estreñimiento. Su misión más importante era cumplir la dieta estipulada por la nutrióloga para Ramón. Para el desayuno había que prepararle un licuado barroco: dos claras de huevo, una taza de leche, medio plátano, tres cuartos de manzana, cien gramos de avena cocida y cincuenta de mango. Disponía los ingredientes sobre la mesa de la cocina, medía las cantidades con celo alquimista, cotejaba las porciones con la receta, pronunciándolas en voz alta, y luego vertía una por una en la licuadora.

—Señora —le dijo a Carmela—, ¿le puedo poner nopal? Es bueno para las venas.

—No hay que improvisar. Usted siga al pie de la letra lo que dice la receta.

—¿Y de dónde saco los mangos?

—¿No hay en el mercado?

—No traen hasta abril; y eso si llueve.

—En el súper siempre hay, póngamelos en la lista.

La consigna principal era engordar al licenciado antes de empezar la quimioterapia. «¿Le traigo otro licuado?», preguntaba Elodia de manera compulsiva. «¿Ya se acabó su yogur?»

Había que protegerlo también de las infecciones. Elodia redobló esfuerzos en el aseo de la casa. Tallaba los trastes con odio, lavaba las toallas dos veces, abusaba del cloro en los pisos y de la aspiradora en las alfombras. Ramón se refugiaba en los baños, que apestaban a alberca, para escapar del escándalo eléctrico que succionaba la piel muerta sobre los tapetes, la tierra que entraba con los zapatos, la mínima erosión que desgastaba los muros de la casa poco a poco.

El trabajo de Elodia se triplicó al tiempo que su sueldo se redujo. Los Martínez comenzaron a endeudarse con ella, que aceptaba sin remilgos el pago incompleto cada viernes. Pero no se

quejaba, al contrario, trabajaba más contenta desde que Ramón pasaba los días recuperándose en casa, a merced de su locuacidad.

—Ahora que usted pueda comer más cosas —comenzó a decir mientras sacudía los libreritos del estudio—, le voy a hacer puré de chilaquiles. Nomás dejo los totopos reposando en la salsa y solitos se van a deshacer. Va a ver qué sabroso. —Elodia no había reparado en que Ramón había perdido el sentido del gusto con la glosectomía—. Además supe que el chile tiene propiedades. A una tía le dio lo mismo que a usted, pero en la matriz. La empezaron a inyectar y se le quitó el hambre. Entonces le mandaron a poner chile molido sobre la parte en donde tenía el tumor para que lo sudara. No le miento. En tres meses ya estaba bien. Mire, un día me salió una verruga en el codo. Me puse ajo con chile. Santo remedio.

Los monólogos de Elodia lo arrullaban como una tersa música de fondo. Ramón tomaba largas siestas que luego redundaban en noches de insomnio revuelto por las molestias orales y los quebrantos financieros. Para distraerse, bajaba al estudio a ver qué captaba la antena parabólica a esas horas: series de televisión arcaica, filmes de pornografía suave, sermones evangélicos e infomerciales, casi todos doblados al español.

De esa triste oferta televisiva, lo que más disfrutaba era un infomercial que anunciaba el estuche Takemitsu de cuchillos japoneses. Se trataba de una obra maestra del popurrí: lo protagonizaban un chino disfrazado de samurái y una rubia oxigenada cuyo delantal parecía comprado en una *sex shop*. Para demostrar la potencia y versatilidad de los cuchillos, el chino rebanaba, entre otras cosas, una pelota de tenis, un diccionario enciclopédico y un pavo congelado.

—Es increíble, John Li —exclamaba la mujer con una sonrisa tan tiesa que parecía ventrílocua—, ¡nunca imaginé que un cuchillo podía hacer esto! Pero... ¿sabes?, siempre que intento cortar una piña, el cuchillo se me atora o se me resbala. ¡Una vez casi me corto un dedo! ¿Qué puedo hacer, John, crees que los cuchillos Takemitsu de alta tecnología japonesa puedan ayudarme?

A continuación venía la parte favorita de Ramón: el samurái chino le pedía a la rubia que tomara una piña y se la lanzara como un balón de fútbol americano.

—¿Hablas en serio, John?

Como única respuesta, el chino empuñaba el cuchillo filetero cual bateador de béisbol. Tímidamente, la rubia lanzaba la piña y John Li la rebanaba en el aire de forma longitudinal. La cámara se enfocaba después en una de las perfectas mitades que caían al piso. A Ramón le emocionaba esa proeza, digna de los aplausos grabados en el infomercial.

Si hubiera llamado en los siguientes cinco minutos, Ramón habría podido llevarse, además de quince cuchillos profesionales, un rebanador ergonómico de papas y un libro de cocina japonesa. No obstante su absoluto desamparo en la cocina y su odio a la cocina japonesa, deseaba comprar los cuchillos Takemitsu y utilizarlos en tareas tan absurdas como las del infomercial. Se imaginaba deambulando por la casa con el cuchillo para cortar *roast beef*, partiendo cosas por placer. Habría descuartizado al menos la mitad de los cojines decorativos con que Carmela había

saturado los sillones de la sala, haciendo imposible sentarse en ellos cómodamente. Habría rasgado los lienzos que adornaban el comedor, paisajes bucólicos que habían adornado la casa de sus suegros y que Ramón veía como símbolos de una burguesía que imaginaba el paraíso como un lugar en donde los morenos como él tenían prohibida la entrada. Con el cuchillo para pescados y mariscos, Ramón le habría dado un susto a su hermano, un pequeño corte a la altura de la yugular. En su más reciente visita, Ernesto le había sugerido que vendiera su casa y se mudara a un departamento para reducir gastos. De esa manera burda, el magnate del poliestireno presionaba a su hermano para que saldara su deuda con él lo antes posible.

—Estás sentado en una mina de oro, a tres cuadras de Avenida Insurgentes. Mira, hablamos con un cuate del club que está bien parado en el gobierno de la ciudad y le pedimos que nos ayude con un permiso de construcción de lo que quieras, diez pisos, oficinas, comercial, prostíbulo. Te lo van a arrebatar las constructoras. Te dan tu lana en *cash* y tú, tranquilo, pagas tus cuentas, te buscas un depa por aquí, sin pedos.

A Ramón le impresionaba la falta de tacto de su hermano. ¿Realmente era un empresario talentoso o simplemente se trataba de un tarado con suerte? Recordaba que, en la infancia, mientras él se dedicaba a diseñar complejas batallas entre sus soldaditos de plomo, liderados por célebres generales de la Historia, Ernesto se arrastraba por la azotea imitando los ruidos de las palomas. «Qué tonto eres», le había dicho un sinnúmero de veces a su hermano menor, y ahora el brillante estratega militar le debía al tonto más de un millón de pesos.

El único consuelo que tuvo Ramón esos meses fue que el doctor Aldama, a pesar de su trato distante y carácter antipático, consiguió que lo aceptaran en el Instituto Nacional de Cancerología, donde la quimioterapia y los exámenes médicos le saldrían casi gratuitos. Como gesto de gratitud ante ese acto de generosidad, Ramón quería darle un buen regalo, una botella de coñac o, mejor aún, un estuche de cuchillos Takemitsu. Al leer su iniciativa, Carmela le recordó que las tarjetas de crédito estaban saturadas y que apenas llegaban a fin de mes con los magros ingresos del despacho. El regalo de agradecimiento tendría que esperar.

El primer ciclo de quimioterapia se llevó a cabo a finales de febrero, con dosis moderadas del trío vincristina-actinomicina-ciclofosfamida, un clásico de la vieja guardia. Aldama se valió de una metáfora castrense para explicar a Ramón y Carmela que había optado por usar químicos de infantería en tanto que no fuera necesario recurrir a la caballería motorizada.

El segundo ciclo, que ya incluía ifosfamida e interferón, comenzó a estropear el campo de batalla. Ramón perdía mechones de cabello, sudaba en frío, le ardían todos los orificios. Se sentía miserable poniéndose bufandas y gorros, gotas en los ojos, crema para labios, pomada en el ano. Le daba vergüenza consigo mismo hacer esas cosas que juzgaba propias de anciana o sodomita. El peso de sus deudas le oprimía el pecho. No había manera de saldarlas sin perder su patrimonio: la

casa en la que ahora se marchitaba. Trescientos metros cuadrados de construcción en una colonia residencial, su única herencia.

Ya que no había maleante al que juzgar, se repudiaba a sí mismo. Ya no sirvo para nada, concluía cuando la bruma de la quimioterapia empañaba su mente a la hora de leer los documentos que Carmela sometía a su aprobación. Prefería fingir una jaqueca a confesar que no se acordaba de qué cliente estaba hablando o a qué juicio se refería.

Por eso coqueteaba con la idea de suicidarse. Un tiro en el paladar, adiós seguro. Quien más lo iba a extrañar era Paulina, su hija cariñosa y vulnerable, que se sentaba con él a ver televisión y comer galletas. «¿Quieres que te licúe unas galletas?» Su afecto servicial era un consuelo y, al mismo tiempo, un amargo recordatorio de la impotencia. Si decidía poner fin al tormento, debía asegurarse de que Carmela no vendería la casa para pagar sus deudas. ¿Cómo lograrlo? Su matrimonio era por bienes mancomunados. Ergo, debía divorciarse y cederle su parte de la propiedad conjunta, de tal modo que tras su muerte ya no existieran vínculos de responsabilidad jurídica por parte de ella con los acreedores del finado. A instancias de su avaro hermano, Ramón había firmado un pagaré por un millón de pesos. De acuerdo. Ante el suicidio del deudor, ¿qué procedería? Lo que ese cabrón malagradecido había propuesto en un principio: que vendiera su casa. Lamentablemente, antes de volarse los sesos, el finado se divorció de la demandada y le cedió, ante notario y sin limitantes, sus derechos sobre la casa ubicada en tal domicilio. Consecuentemente, el deudor murió sin patrimonio que embargar. Te chingas, cabrón.

—¿Y ahora, por qué tan sonriente? —le preguntó Carmela.

Nos vamos a divorciar, pensó Ramón, emocionado por la firmeza de su plan. Carmela le había comprado una libreta para que anotara sus mensajes, pero Ramón casi nunca se acordaba de dónde la había dejado, por lo que tenía que recurrir a papeles aleatorios para comunicarse. Tomó un recibo de luz y escribió:

Para prever cualquier cosa quiero donarte la parte que me corresponde de esta casa. Quiero escriturar a tu nombre.

—No pienses en eso. Estás en un tratamiento preventivo. Nos lo ha dicho el doctor: ahorita no hay de qué preocuparse. La casa es nuestra y va a ser de nuestros hijos. ¿Para qué hacer todo eso?

No quiero que Ernesto les vaya a hacer algo. Si algo me pasa y no le pago, no quiero que vaya a hacerles una fregadera. ¡Es capaz!

—Ya no pienses en eso, por favor. Ya te he dicho que me repitió que no nos preocupáramos, que aunque tardemos diez años, no importa. Y cuando volteemos a ver ya vamos a haber terminado de pagar.

Ramón no podía pensar en otra cosa. No quería pagar. Desde que había enfermado de cáncer por razones azarosas, desde que había perdido el uso de la palabra también sentía que ya no era sujeto de derecho, que ya no le incumbían las obligaciones dictadas por la ley. Ni él se había endeudado por gusto ni Ernesto había amasado su fortuna con honestidad. Lo justo, aunque impronunciable, era que Ernesto absorbiera los gastos médicos de su hermano. Si no estaba

dispuesto a hacerlo voluntariamente, Ramón lo obligaría por medio de su muerte. No iba a suicidarse por razones crediticias, como tantos deudores pusilánimes hicieron tras la crisis del 94: él se marcharía por dignidad y por consideración hacia su familia, que no se merecía el fardo de cohabitar con un inválido.

Júrame que no vas a pagarle si yo falto, escribió Ramón, suplicante.

—Qué terco eres —dijo Carmela.

A la noche siguiente, ella reunió a sus hijos en la cocina y les dijo:

—Tenemos que estar más pendientes de su papá. Lo veo muy deprimido.

Mateo se sintió culpable por no buscar más a su padre, pero si antes de la enfermedad le resultaba desagradable, ahora le parecía insoportable. La personalidad expansiva de su padre se había convertido en un agujero negro que se tragaba toda la energía a su alrededor. Por eso, pensaba él, Paulina comía tanto, para recuperar la fuerza perdida al convivir con su padre. Mateo siempre intuyó que Ramón lo despreciaba por ser tan diferente de él, tan tímido, tan gris.

—Hay que hacerle una fiesta de cumpleaños —propuso Paulina, entusiasmada.

—Mi papá no va a querer —dijo Mateo.

—Pues hay que convencerlo —dijo Carmela, consciente de que esa celebración podía ser la última—. Qué buena idea, Pau.

Carmela se volvió hacia el refrigerador y miró a san Peregrino a los ojos. El santo parecía satisfecho.

Después de dos semanas sin asistir a análisis, Eduardo llegó a casa de Teresa con tapabocas. Estaba enfermo de bronquitis.

—Es culpa de mi madre. Me trajo un virus de su oficina, que es como un orfanato medieval. No conocen el jabón. Le he pedido mil veces que se lave las manos al regresar, que no se toque la cara, que use el gel antibacterial que le compré. —Eduardo había incorporado a su discurso las estructuras típicas de una madre castrante—. Cuando empezó a toser le pedí que se fuera a un hotel. Se puso loca. Yo traté de explicarle que si se deja de llevar las manos al rostro las probabilidades de contagio disminuyen un ochenta por ciento. Es tan fácil y no lo hace. Y obvio me contagió. Ah, pero ella dice que no tenía gripa, que lo suyo es alergia al frío. O sea, ¿de dónde se sacó que el frío da alergia? La alergia es una reacción...

Teresa se distrajo de lo que Eduardo estaba diciendo. Sentía un deseo visceral de interrumpirlo y confrontarlo con la necesidad imperante de que intentara salir de esa prisión neurótica, pero Eduardo hablaba sin cesar, acariciando los pulcrísimos barrotes de su celda. ¿Y ella?, ¿acaso no era su casa una prisión dominada por un consultorio psicoanalítico y un invernadero clandestino de marihuana? En el tratamiento analítico y psicotrópico de pacientes oncológicos había encontrado su misión en la vida, pero esa misión implicaba que sus días estuvieran llenos de una cantidad morbosa de sufrimiento. ¿Debía tomarse unas vacaciones? Suspender sus consultas podía resultar devastador para su equilibrio psíquico. No quería volver a las depresiones que sufría de joven, fumando un cigarro tras otro y tomando pastillas para dormir como si fueran dulces. De algún modo, el cáncer la había salvado de su tristeza congénita; la llevó a probar la marihuana medicinal, a inscribirse en un grupo de apoyo, a pasar días enteros en la cama, leyendo libros de Yourcenar, Butler, Roudinesco; gracias al cáncer conoció a Rebeca, su mejor amiga, y gracias a él encontró su vocación.

Mientras tanto, Eduardo seguía despotricando contra su madre.

—Cada cinco minutos me dice que no exagere. Toda la semana se la pasó diciéndome que fuera a la Facultad, que no pasa nada, pero ahorita es cuando más peligroso sería exponerme. Aparte también pienso en los demás. Aunque ya me sienta casi bien, soy un vector epidemiológico. La enfermedad ha evolucionado para transmitirse antes y después de que aparezcan los síntomas en el huésped.

Eduardo tuvo un acceso de tos psicósomática.

—¿Cuándo crees volver a clases? —le preguntó Teresa.

—El lunes. Puede ser.

Teresa guardó silencio. Eduardo continuó.

—Creo que sí voy a cambiarme a la carrera en línea.

—Me habías dicho que la calidad era mucho peor.

—Pues sí, pero de qué me sirve estar inscrito en la Facultad si tengo que faltar tanto a clases. Ya me retrasé en todo este semestre.

—¿Emilia no te podrá ayudar a ponerte al corriente? —Teresa lo supo de inmediato: acababa de pronunciar las líneas de una madre entrometida. Ella era la analista, pero su inconsciente se negaba a aceptarlo.

Eduardo tardó mucho en responder. Teresa no podía creer cuán torpe había sido. Por algo sobrevivía la escuela lacaniana; era la única que evitaba que sus practicantes confesaran cuán ordinaria es la mente del analista, cuán vulnerable al influjo del paciente, a la proyección de los propios temores y deseos.

—¿Soy tan obvio? —dijo Eduardo, molesto.

—¿Por? —dijo Teresa, recompuesta.

En ese momento, Eduardo se transformó en un muchacho normal, obsesionado con una compañera a la que sólo conocía por su apariencia, sus perspicaces comentarios en clase y la manera rígida en que ella lo había abordado hacía tres meses para pedirle sus apuntes. Había otro detalle, sin embargo, un anzuelo psíquico: Emilia nunca saludaba de beso; Eduardo había prestado mucha atención a sus interacciones sociales antes y después de clases, en los pasillos y salones, en el patio de la Facultad; cuando alguien se aproximaba a saludarla de beso, ella lo detenía con el brazo extendido y la palma abierta, cortés y distante, acompañada de una sonrisa antártica. Eduardo no sabía si este comportamiento encomiable se debía a razones higiénicas —fóbicas, en realidad— como las suyas, o era una burda expresión de rebeldía, una manera de expresar su desacato a las convenciones sociales.

Desesperado, Eduardo se revolvía en el diván mientras hablaba, desordenando su sábana y manchándola con la tierra de las suelas de sus zapatos. Teresa se debatía entre continuar explorando analíticamente los recovecos de su psique o adoptar el papel de alcahueta y darle consejos prácticos para conquistar a una chica. Si Eduardo se apresuraba a cortejarla y fracasaba, ese revés podía endurecer sus defensas neuróticas y activar la bomba de misoginia que se alojaba en todos los hombres insatisfechos.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Teresa.

—¿Qué quieres hacer? —reviró ella. La hora estaba a punto de agotarse.

—No sé. Lo peor sería enterarme de que es mormona y no saluda de beso porque es pecado o por miedo a quedar embarazada.

—¿Tú crees que eso sea?

—No, de hecho es superlista. Pero, pues, no sé cómo acercármele...

—¿Te parece si seguimos la próxima semana?

Eduardo se levantó del diván, guardó su sábana en una bolsa de plástico, se acomodó el

tapabocas en el rostro y se marchó.

Al despertar el viernes de su cumpleaños, Ramón no imaginaba que ese día iba a verse involucrado en la consumación de dos delitos federales. El primero fue ejecutado por Elodia, que llegó a trabajar ese día en compañía de un ejemplar de *Amazona oratrix*, una especie de loro en peligro de extinción cuya compraventa estaba penada en el artículo 420, fracciones IV y V, del Código Penal Federal.

—¡Éstas son las mañanitas, que cantaba el rey David, a los licenciados guapos, se las cantamos así! —Entró al estudio donde Ramón estaba viendo la tele cargando una jaula de canario dentro de la que se encontraba, encorvado sobre una percha muy delgada, un loro desplumado de cabeza amarilla y patas mugrosas—. ¡Mire lo que le traje de cumpleaños! —dijo al levantar la jaula como si fuera un trofeo de guerra.

Colocó la jaula sobre el escritorio. Se trataba de un macho juvenil, maltratado por la mala vida en el mercado de Sonora. El pobre animal estaba catatónico debido al estrés de haber pasado una hora convulsionándose junto con Elodia en el microbús. Además parecía estar enfermo y desnutrido. Ramón experimentó una simpatía inmediata hacia el desgarrado perico.

Elodia estaba exultante:

—Me dijeron que éste habla mucho y por eso lo escogí. —La jaula despedía un olor mezclado de papel periódico y jitomate rancio—. Le vamos a enseñar a que me grite cuando a usted se le ofrezca.

La idea era descabellada, pues los loros, a diferencia de los perros, jamás habían fungido como lazarillos. Un perro podía guiar a un invidente, pero un loro no podía ser portavoz de un mudo. No obstante el carácter absurdo del regalo, Ramón lo agradecía. Poco le importó que el tráfico de loros estuviera prohibido. Cada día era más indiferente a las buenas intenciones de la ley.

—Ya le estuve repitiendo cómo me llamo —dijo Elodia y se volvió hacia el loro—: di ¡Elodia!, ¡E! ¡lo! ¡dia!, ¡Elodia! ¿O mejor le enseñamos a que me diga «Elo», como la niña?

Ramón cerró los ojos y alzó los hombros, restándole importancia a la pregunta.

—¿Sí le gustó? —preguntó Elodia, que había gastado todos sus ahorros en la compra del ave.

Ramón asintió con sinceridad. El loro parecía dotado de una inteligencia mucho mayor que la que cabría en una cabeza tan pequeña. Sus grandes pupilas escrutaban el mundo con desconfianza. Ramón se sintió halagado por el interés con el que lo miraba el loro.

—Me dijeron que el perico está tiernito y que por eso le faltan plumas y está lastimado de tanto jugar. Pero se va a componer.

Ramón lo dudaba. Tal vez padecía, como él, una enfermedad devastadora. El pecho desplumado y las patas sanguinolentas podían deberse a una malvada quimioterapia veterinaria. La jaula era diminuta, como una cama de hospital, y el abrevadero estaba seco. Ramón conocía el potro salvaje de la sed convaleciente. Abrió la puerta de la jaula y sacó el recipiente vacío de plástico. El loro permaneció en su percha.

—¡Mire qué bien le cae usted! —exclamó Elodia con sorpresa—. Yo me tengo que envolver la mano para que no me muerda este canijo.

Ramón le entregó el recipiente para que Elodia fuera a llenarlo a la cocina. Se quedó a solas con el loro. Para romper el hielo, le dijo en su mente: Te ves casi tan jodido como yo.

Cuando Carmela acabó de bañarse y bajó a desayunar, se encontró con que había un pájaro leproso en el estudio.

—¿De dónde salió ese perico? —preguntó escandalizada al entrar en la cocina.

—Es el regalo que le traje al licenciado —dijo Elodia con orgullo.

Ramón estaba de buen humor, a punto de terminarse el segundo licuado de esa mañana.

—Ay, Elodia, qué pena —respondió Carmela—, pero el médico nos dijo que no podíamos tener mascotas en casa mientras Ramón estuviera en tratamiento. Le puede transmitir una infección. Se ve enfermo —dijo en un tono engreído—, parece que lo hubieran atropellado.

Ramón se sintió aludido por la última frase de su mujer. Por otro lado, no creía que un loro calificara como mascota. Mascotas eran mamíferos que se lamían el culo y olisqueaban los excrementos de otras mascotas; mascotas eran felinos acostumbrados a rasgar los muebles y marcar su territorio con orines. Un loro calificaba más bien como ave de ornato, más cercana a las macetas de flores que a los perros, gatos o hámsteres, esos roedores espantosos que Paulina se había empeñado en criar de niña, hasta que uno de ellos tuvo crías y el otro se las devoró.

—Si quiere lo llevo al veterinario —respondió Elodia a la defensiva—, para que vea si está enfermo.

—No es que esté enfermo, pero las defensas de Ramón están muy bajas y cualquier cosa puede afectarlo. Por eso —dijo volviéndose hacia él—, no vayas a entrar al estudio hasta después de que aspiren y se oree. —Ramón gesticuló un «bah» contundente; Carmela concluyó con una orden a la empleada—: ¿Sí lo saca por favor al patio, ahorita?

Elodia obedeció de mala gana. Ramón tampoco ocultó su enojo.

—Ni modo —zanjó Carmela—, me da mucha pena con ella, pero no nos podemos arriesgar. Oye, en la tarde van a cocinar Elodia y Paulina para tu fiesta. Tú súbete al cuarto para que sea una sorpresa, ¿okey?

Ramón se había opuesto a esa fiesta que, dada la escasez de invitados potenciales, en realidad sería una cena íntima con la familia de Ernesto y una pareja de amigos con la que salían a cenar un par de veces al año. Como Ramón había dedicado el cien por cien de sus energías sociales a

cultivar clientes, poco a poco se había quedado sin amigos cercanos. Carlos era el único que se había mostrado realmente interesado por el bienestar de Ramón tras la cirugía.

Carmela tomó asiento junto a Ramón y comenzó a comer apresuradamente el plato de fruta que Elodia le preparaba todas las mañanas. Al poco rato Elodia volvió a la cocina por la puerta que daba al patio.

—Ya lo puse allá afuera. Como que le dio frío al pobre.

Ramón no iba a consentir por ningún motivo que Elodia se marchara con el loro. Con la mudez había aprendido a madurar sus argumentos antes de hacer el esfuerzo de buscar papel y pluma para enunciarlos. Iba a esperar a que Carmela volviera del despacho y entonces la confrontaría con su decisión inapelable de conservar ese regalo simpático y absurdo.

Al mediodía, Ramón salió al patio posterior por primera vez en semanas. La jaula estaba sobre la mesa de jardín, un armatoste redondo de fierro colado, cubierto por una sombrilla deslavada. El loro estaba parado en su percha. La posición encorvada lo hacía parecer sumiso, avergonzado de su aspecto maltrecho.

Ramón jaló una de las pesadas sillas que rodeaban la mesa y tomó asiento. Acercó una mano a los barrotes y el loro saltó decidido a defenderse. Ya, no te encabrones. Entre las afiladas mandíbulas de su pico, el loro tenía una lengua oscura y abultada.

Tienes cara de Benito, pensó Ramón, te voy a decir Benito Juárez, como el benemérito. Él sí fue padre de la nación, no como Hidalgo y Morelos, que fueron sacerdotes pendencieros, o el pinche Madero, un niño rico de Coahuila al que le gustaba hablar con los muertos. Juárez era pragmático y sabía que este país requería irse para adelante. Reformó todas las leyes, acabó con los fueros del clero y del ejército, hizo un chingo de cosas. Ésa sí fue revolución, no el desmadre de caudillos que se armó contra Díaz. Ahora acusan a Juárez de vendepatrias, pero si no pactaba con los gringos, el país se lo quedan los europeos. ¿Qué hubieras hecho? Era un cabrón aventado. ¿Te imaginas en esa época que un zapoteco llegara a ser presidente? Reitero que tenía huevos. Otros se quejan de que mandó a fusilar a Maximiliano, ¿qué chingados querían que hiciera con un tipo que se arrogaba el título de emperador de México? ¿Ponerle una multa? La gente no tiene ni la más puta idea de lo que es gobernar.

Al loro le intrigaba ese humano que, a diferencia de todos los demás que conocía, no lo abrumaba con ruidos y gesticulaciones. Su mirada discreta y su absoluto silencio eran reconfortantes. Poco a poco, el loro se fue relajando en ese patio rodeado de arbustos y macetas. Una vez que se hubo acostumbrado a la presencia de Ramón, manifestó su buen humor con una de las palabras que conocía:

—¡Cabrón! —gritó con voz aguda y constipada—. ¡Cabrón!

Ramón soltó la primera carcajada desde que el tumor apareció en escena. El sonido mutante que emitió se parecía más al rugido territorial de un león marino que a una expresión humana de regocijo. El loro contestó:

—¡No mames!

Ramón siguió carcajeándose. El loro recalcó su sorpresa ante la inesperada reacción de su acompañante.

—¡No mames!

Lo que Elodia no sabía era que el loro había aprendido un amplio repertorio de leperadas en el mercado. Al escuchar los gritos, se asomó por la ventana de la cocina y vio a Ramón estremeciéndose en la silla. Salió corriendo muy asustada.

—¡Señor! ¿Qué tiene?

Ramón agitó una mano en el aire para despejar sus temores. Estaba bien, de hecho, mejor que nunca desde que perdió la capacidad de decir justo esas cosas que el loro vociferaba.

—¡Putitoooo! —apuntó en ese momento.

—¡Cállese, pelado! —le dijo Elodia—. Nomás te oye la señora y nos corre a los dos.

Ramón entró a la casa y subió a bañarse. Estaba de espléndido humor. Incluso pudo verse al espejo sin grima antes de entrar a la regadera, cuyo chorro de agua caliente disfrutó un buen rato, tallándose con esmero para arrancarse el olor a enfermo que impregnaba su piel. Peinó con los dedos la escasa pelusa que le quedaba en la cabeza. Se rasuró una barba metafísica y aplicó loción en abundancia. Puesto que a su ropa más nueva le sobraban diez tallas, se puso ropa que guardaba desde su juventud, cuando la fiebre de sábado por la noche aún no había sido erradicada. Se congratuló de haber defendido esas camisas y pantalones que Carmela había tratado de donar varias veces a un asilo de enfermos mentales.

Ya vestido, se vio de nuevo al espejo y esta vez, debido a la procedencia juvenil de su atuendo, se halló más demacrado que nunca, las mejillas enjutas y los ojos hundidos en ojeras violáceas. Se parecía a una momia de Guanajuato. Imaginó el espanto que su semblante iba a causar en los invitados a la cena de cumpleaños. Lamentaba mucho que su familia, especialmente su hija, se hubiera empeñado tanto en organizar esa reunión. ¿Qué podía hacer para cancelarla? Cruzó por su mente la opción de fingir un desmayo. El peligro era que Carmela llamara a una ambulancia y lo llevaran a la sala de urgencias del hospital privado, donde un equipo de zopilotes, con tal de sacarle más dinero, le haría incluso una prueba de embarazo. Fantaseó con darse a la fuga. Tomaría el coche y se iría a hospedar en un hotel cinco estrellas donde no pudieran encontrarlo; les mandaría un mensaje para decirles que no se preocuparan por él. Se metería a la tina con burbujas, pediría *room service*, pondría una película porno, dormiría a pierna suelta sin los ronquidos de Carmela, bajaría a atracarse en el bufete del desayuno, se robaría las pantuflas, los jabones, los frasquitos de champú. Un grito de Elodia derribó su alegría.

—¡Señor! ¡Ya está su licuado!

Tan pronto como Mateo y Paulina llegaron de la escuela, Elodia los atosigó para que salieran al patio a ver el regalo que le había traído al licenciado; su objetivo era reclutarlos para que abogaran ante su madre por la permanencia del perico en la casa.

El loro los recibió con desconfianza. Permaneció aferrado a su percha sin pronunciar ni una sola majadería. Mateo dijo «Qué cagado» y Paulina «Qué horror». Ninguno de los dos mostró entusiasmo. Paulina preguntó qué había de comer.

—Sopa de fideo y pechugas asadas —dijo Elodia, triste por la indiferencia de los muchachos hacia el perico—. Es que he andado bien apurada arreglando la casa para la cena.

—¿A qué hora hacemos el postre? —dijo Paulina.

—Ahorita que terminen de comer.

Mientras los jóvenes comían la sopa, Elodia siguió cabildeando a favor del loro.

—Vieran qué contento se puso su papá con el perico. Lo malo es que su mamá dice que no se lo puede quedar. Le dio tristeza a su papá. En mi casa teníamos pollos, guajolotes, perros. Andaban por todos lados. Una vez cuando estábamos criando un chanco para san Bartolo...

—¿Qué es eso? —preguntó Paulina.

—Un santo muy milagroso, discípulo de Jesús.

—No, el chanco.

—Ah, es un puerco, aunque no es cierto que sean sucios, lo que pasa es que tienen la piel muy reseca. Lo que sí es que se comen cualquier cosa, aunque sea lo que hacemos del baño...

—Guácala, Elo —dijo Paulina.

—Ya cuéntanos qué pasó —dijo Mateo.

—Ah, pues que lo estábamos engordando para la fiesta y que empieza a granizar pero tan fuerte que los hielos parecían guayabas de este tamaño. Nos dio miedo que el granizo nos lo fuera a matar al chanco y lo metimos a la casa. Se estuvo tranquilo, hagan de cuenta un perro, nomás. Lo estuvimos acariciando y ninguno se enfermó. ¿A poco un perico va a ser peor?

—Voy a checar en internet —dijo Paulina—. De todos modos no me late. Mi papi está superdébil.

—Pues sí —dijo Elodia, desanimada—, pero tú búscalos, a ver qué dice.

Cuando Carmela volvió a casa, la cena ya estaba lista —crema de zanahoria, picadillo de res y pudín de chocolate: platillos dúctiles que Ramón podía comer sin mayores dificultades— y la mesa ya estaba puesta —copas de cristal, cubiertos aparatosos, servilletas de tela, vajilla de porcelana—. En una rápida inspección, Carmela notó que a la carne le faltaba cocimiento, la salsa estaba muy aguada y el pudín demasiado cremoso; numerosas huellas dactilares acusaban el manoseo de las copas y los cuchillos insolentes le daban la espalda a los platos, empolvados por su larga estancia en la vidriera.

Ramón la encontró reacomodando los cubiertos. Le entregó un comunicado en el cual exponía con detenimiento las razones por las cuales había decidido conservar al loro. En primer lugar consideraba que devolverlo era una grosería «para con nuestra fiel asistente en el hogar». Por otro lado, creía que podían encargar los cuidados del ave a sus hijos, «fomentando de esa manera el

sentido de la responsabilidad y el deber, tan importante para su educación». Por último, sentía que los vendedores del loro no aceptarían su devolución, por lo que el animal terminaría viviendo en condiciones deplorables en casa de Elodia: «Es mil veces preferible que lo tengamos aquí, donde podemos asegurarnos de que se mantenga sano y limpio, a que el pobre animal enferme en casa de Elodia, que no tiene los recursos para mantenerlo, y luego a través de cuya persona podría, entonces sí, contagiarme de una enfermedad más peligrosa». Ramón omitió el motivo principal de su deseo de conservar al loro —que le simpatizaba— porque le parecía indigno de un hombre adulto.

En vez de persuadir a Carmela, la carta sólo sirvió para fortalecer su decisión. Ella le respondió en voz baja para que Elodia no fuera a escucharla desde la cocina.

—Le pagamos si no puede devolverlo. Que se lo queden sus hijos o que lo regale a alguien que lo quiera —Yo lo quiero, pensó Ramón—. Si se ofende, lo siento mucho, pero no vamos a arriesgarnos para darle gusto a la muchacha. Nada más eso faltaba.

Vamos a consultar al doctor y a partir de ahí decidimos escribió Ramón con letra conciliadora; el mutismo aplacaba sus impulsos autoritarios.

—De acuerdo, le preguntamos, pero por lo pronto se lo tiene que llevar. Me da terror que te pegue alguna infección.

Que se quede afuera.

—Ese pájaro se ve enfermo. —¿Y yo no?—. ¿Por qué te señalas? No tiene nada que ver. Aparte, ¿quién lo va a cuidar el fin de semana? No voy a exponerme a que nos muerda. —Ramón se disponía a escribir otra objeción—. Ya no me discutas, por favor, se está haciendo tardísimo. Si el doctor nos da permiso, entonces le decimos a Elo que se lo traiga otra vez.

Discutir sin derecho natural de réplica era agotador. Ramón se dio por vencido. Para no atestiguar la partida del loro, subió a encerrarse en su habitación.

Volvió a mirarse en el espejo: su rostro inspiraría lástima y repulsión. Se sintió identificado con los sobrevivientes de los campos de concentración nazis, fotografiados afuera de las barracas, entre las fosas repletas de cadáveres, sobrevivientes emaciados y perplejos; sabía cuán desmedida era la diferencia, mas no podía apartar de su mente la sensación absurda de estar como ellos, prisionero, de ser como ellos, fantasmal.

Carmela interrumpió su tortura narcisista.

—Ahorita que termine de pintarme voy a tener que ir a comprar más salsa de tomate. Espero que me dé tiempo.

Tomó asiento frente al tocador y comenzó a delinearse los ojos. Al ver la forma en que Carmela se iba transformando con el rímel, Ramón tuvo una epifanía: el maquillaje podría disimular su aspecto cadavérico. ¿Iba a celebrar su cincuenta aniversario con un acto de travestismo? Con tal de que los invitados no vieran su rostro grisáceo, las ojeras negras, las mejillas hundidas, con tal de que no sintieran asco ante su rostro, lástima por su estado, Ramón

estaba dispuesto a traicionar esa noche su autoimagen de macho soberbio que desdeña los usos y costumbres femeninos.

Tomó su libreta. La abrió en la página donde había escrito sus argumentos a favor del loro. Dio vuelta a la hoja y se quedó mirando al vacío. No quería que sus palabras transmitieran ansiedad o, peor aún, amaneramiento. ¿Sería posible pedirle que lo maquillara sin poner en duda su virilidad? Ensayaba opciones en la cabeza. Píntame discretamente. ¿Me pones de tus pinturas para no verme tan jodido? Parezco un pinche moribundo, ¿no? La ridiculez de la situación le impedía pensar con claridad. Carmela estaba a punto de terminar su propio maquillaje. Iba a marcharse. Aprisa, Ramón escribió:

Tengo muy mal color. ¿Me puedes poner algo?

De ese modo aludía al maquillaje sin mencionarlo, esperando que ella lo propusiera de aparente *motu proprio*. Le entregó la libreta con gentileza, ocultando todo el encono acumulado por el incidente del loro y por el hecho de que ella era la culpable de que esa cena fuera a tener lugar en contra de su voluntad.

—No te preocupes —respondió Carmela—, ¿quién se va a estar fijando?

Todos, pensaba Ramón, incluido él mismo. Él había pasado la jornada mirándose a través de ojos ajenos; el paisaje era insoportable.

Ponme una crema o algo.

—Ahorita no se te van a quitar las ojeras con una crema.

Ramón miró hacia el tocador y levantó los vestigios de cejas que le quedaban. Ella por fin entendió:

—¿Quieres que te pinte? —preguntó Carmela, divertida por el prospecto de maquillar a un hombre que usaba jabón de manos Palmolive como crema de afeitar.

De haber tenido fuerzas para hacerlo, Ramón se habría sonrojado.

¿Se notaría mucho?

—No creo. Te tendría que poner tantita base y corrector. ¿Quieres?

Por dignidad, Ramón fingió estar indeciso. Luego asintió.

—¡Okey! —dijo ella, emocionada—. Siéntate aquí.

Ernesto llegó acompañado de su familia y de una botella de tequila reposado. Debido al estrés hepático causado por la quimioterapia, Ramón tenía estrictamente prohibido beber alcohol; la vista de aquel elixir reposado le produjo una triste añoranza. Sus sobrinas se espantaron al verlo y Alicia tuvo que empujarlas sutilmente para que se acercaran a saludarlo con un beso. Ella, por su parte, le había traído un regalo a su cuñado: se trataba de una tabla de madera grabada con una cruz, una paloma y un aforismo que rezaba: «Cuando sientas que ya no tienes fuerzas para mantenerte en pie, Arrodíllate». Alicia había comprado esa consigna sádica en un bazar de artesanías fabricadas por monjas. Mientras Ramón trataba de adaptarse al adefesio, ella agregó:

—Es para que lo pongas en un lugar especial.

En el bote de basura, pensó Ramón sin ocultar su disgusto.

—¿Qué?, ¿te cagó la madre el regalito? —preguntó Ernesto con usual vileza—. Yo le dije a esta terca: Ramón es bien hereje, pero no me hizo caso. ¿Qué quieres que haga? Por eso yo siempre traigo chupe.

—Está muy bonito el cuadro —intervino Carmela, retirándolo de las manos del ateo—; yo creo que lo vamos a colgar en el cuarto.

La tensión se disolvió entre aceitunas verdes, cubos de queso Chihuahua, rollitos de jamón y jirones de chicharrón placero. Poco después llegaron Carlos y Laura, acompañados de una botella de champaña que Ramón tampoco podría probar. Carmela tomó la botella y la llevó al refrigerador, donde se encontró con la imagen beatífica de san Peregrino; le rogó que esa noche ahuyentara la discordia de su hogar.

Mientras tanto, en la sala reinaba un incómodo silencio que Carlos finalmente derrocó con una sencilla pregunta de sí o no, las únicas que podían hacerse a Ramón.

—¿Te acuerdas de Manolo Icaza, que estaba con nosotros en derecho procesal?

Se acordaba de él perfectamente. Se trataba de una versión rubia e inmadura del actor Mauricio Garcés. Había entrado a la UNAM gracias a las influencias de su familia, cuyo abolengo resultaba influyente en la Rectoría. Su desempeño académico era subnormal y su facilidad para cautivar a las mujeres era sobrehumana.

—Pues no se ha destapado todavía, pero está en la terna para ser ministro de la Suprema Corte, agárrate.

—¿Qué?, ¿es muy fregón? —preguntó Ernesto mientras Ramón escribía en su libreta: *Se casó con una nieta del presidente Alemán. De otra manera no hubiera llegado ni a actuarario del DF.*

—Está casado con una nieta de Miguel Alemán —dijo Carlos—, y son dueños de medio estado de Veracruz. Imagínate el poder que tienen. Era un inepto. ¿O no, compadre? —le preguntó a Ramón, que renunció a la oportunidad de ser redundante y tachó el mensaje que acababa de escribir. Asintió desanimado.

—Era un vividor —continuó Carlos—. Pasaba las materias invitando a los maestros a su casa de Acapulco. Dicen que armaba unas bacanales con mujeres, drogas, artistas de cine.

Ramón se dispuso a escribir una anécdota escandalosa que involucraba a Manolo Icaza y a la hija de Ignacio Burgoa Orihuela, el profesor más temido en aquella época. Cuando hubo terminado de escribir el relato, los demás ya estaban platicando sobre la vida ostentosa de los políticos, por lo que una vez más había gastado su tiempo en balde. Se apresuró a redactar un par de frases y le pasó la libreta a Carmela para que las leyera en voz alta. Carmela esperó a que Carlos terminara de injuriar al gobernador de Coahuila y dijo:

—A ver, Ramón dice aquí que «Lo que hace falta es un fiscal anticorrupción, pero que no lo elija el Senado».

En ese momento sonó el celular de Ernesto. Contestó la llamada ahí mismo y su voz estentórea

distrajo a la comitiva. Nadie le dio seguimiento al comentario de Ramón. Su humor, ya descompuesto, comenzó a fermentarse.

Cuando Ernesto se dignó a terminar la llamada, la plática siguió avanzando por caminos trillados que con frecuencia terminaban en lagunas de silencio expectante mientras Ramón apuntaba sus intervenciones. Tras apurar el cuarto tequila de la velada, Ernesto solicitó que le trajeran un pizarrón a su hermano para que se expresara más a prisa, pues de lo contrario iban a acabar cenando a las tres de la mañana. Nadie celebró la broma, cuyos efectos nocivos Alicia trató de minimizar con un halago infundado:

—Con esta botana tan rica no tenemos ninguna prisa.

—Hay que ser prácticos —dijo Ernesto—, aunque en eso los abogados no la hacen, francamente. Qué pinches rollos se echan.

—Síguele y te levanto una demanda —bromeó Carlos.

Ernesto parecía a punto de decir otra necedad, pero Carmela lo impidió con la invitación a pasar a la mesa. En el trayecto de la sala al comedor, Ramón siguió pensando en el intercambio entre Carlos y Ernesto; los delitos de difamación, injuria y calumnia habían sido despenalizados a nivel federal desde hacía varios años. Esa derogación era signo inequívoco de cuán devaluada estaba la palabra en esos tiempos, tanto que su empleo difamatorio no podía causar indemnizaciones mayores a los diecisiete mil pesos contemplados en la ridícula Ley para la Protección del Derecho a la Vida Privada, el Honor y la Propia Imagen.

A Ramón, como anfitrión y festejado, le correspondió sentarse en la cabecera de la mesa, el lugar donde resultaba más fácil quedar aislado de las conversaciones. A su izquierda se sentó Carmela y a su derecha Ernesto, que estaba empeñado en ser el centro de atención y no paraba de contar chistorettes de mal gusto. Ese hecho, aunado a la dificultad de pescar los crotones que flotaban en la crema de zanahoria, hizo que los invitados se fueran olvidando de voltear a ver a Ramón, de modo que terminó excluido por completo de la conversación.

En calidad de testigo silencioso, Ramón cenó una porción mínima de crema y un plato de picadillo molido que Carmela le sirvió aparte; masticar le tomaba demasiado tiempo sin una lengua que administrara los movimientos del bolo alimenticio entre las muelas y la garganta. Para tragar necesitaba inclinar la cabeza hacia atrás y dejar que la gravedad hiciera el resto. El proceso era lento y aparatoso. Cuando todos los demás ya habían acabado, Ramón no llevaba ni la mitad del picadillo. Con un ademán deshonesto le indicó a Carmela que ya estaba lleno y le pidió que le retirara el plato.

Paulina y Mateo, que habían cenado en la cocina con las hijas de Ernesto, ayudaron a limpiar la mesa. Minutos después, Carmela apagó la luz y Paulina salió de la cocina cargando una cacerola de vidrio llena de pudín de chocolate; en el centro brillaba una sola vela, gruesa y larga como un cirio pascual, ligeramente inclinada dentro de la viscosa crema. Una vez que Paulina hubo puesto el postre frente a su padre, Carmela enderezó la vela con un dedo y dio la señal para que todos empezaran a cantar *Las mañanitas*. Ramón soportó la cacofonía con la mirada puesta en la lengua

de fuego que significaba sus cincuenta años. Era un símbolo exacto, voluble, circundado de ruido y oscuridad. Aplausos. Paulina lo exhortó a pedir un deseo y apagar la vela. Ramón se imaginó a los presentes llorando en su funeral. Sopló sin fuerza y tuvo un ataque de tos. Feliz cumpleaños.

Ramón vio el pudín desparramado en su plato y lo asoció con las heces amorfas de un perro indigesto. Al repartir las raciones del postre, Carmela bromeaba diciendo «Aquí está tu rebanada». Los invitados sonreían por compromiso.

Carlos fue por la botella de champaña que había traído y luego de escanciarla en las copas recién lavadas, propuso un brindis. Carmela se acercó al oído de Ramón para recordarle que no podía tomar alcohol, que fingiera dar un trago y que ella después se la terminaría.

—Querido Ramón —dijo Carlos—, mi esposa y yo te deseamos que sigas siendo un ejemplo de lucha y valentía para todos nosotros, y que este año te traiga muchas bendiciones. ¡Salud!

—Salud —mascullaron todos.

Ernesto, que ya estaba plenamente borracho, se zampó la champaña de un trago y dijo:

—Moët Pérignon: qué bonito es lo bonito.

Ramón se percató del equívoco inmediatamente: la marca que Carlos había llevado era Moët & Chandon, mucho más barata que la Dom Pérignon, princesa de todas las champañas. Al mezclar los nombres de ambas marcas, Ernesto podía haber cometido un error inocuo, pero Ramón creía que lo había hecho a propósito para avergonzar a su amigo.

Ernesto se inclinó sobre la mesa, tomó la botella de champaña y la vació en su copa, que quedó rebosante. Ramón vio cómo se crispaba el rostro de Alicia, mortificada por la velocidad a la que estaba bebiendo su marido. Ella le hizo un reproche inaudible y él le respondió en voz muy alta:

—Déjame estar a gusto, caray, ni con Moët Pérignon me dejas chupar.

Ramón disfrutaba el espectáculo degradante que su hermano estaba dando.

—Yo creo que ya nos vamos a ir yendo —le dijo Laura a Carmela, en un tono que transmitía «pena ajena», esa especie de conmiseración endémica de México.

Carlos la secundó con firmeza, acaso ofendido por la presunta burla de la champaña «Moët Pérignon».

—¡Espérense! —vociferó Ernesto—. Es bien temprano. Estamos festejando el cumpleaños de mi hermano, que hasta se maquilló para ustedes.

Al principio de la velada Ramón no había notado ninguna reacción extraña ante su rostro, por lo que se había quedado tranquilo pensando que no se notaba el sutil trabajo de Carmela en su cutis. Ahora, sin embargo, nadie podía dejar de notarlo. Estaba maquillado, y el hecho de que su hermano lo pusiera en evidencia de esa forma era todavía más humillante. Ramón trataba de invocar maldiciones para afrentarlo por lo menos en su mente, cubrirlo de insultos imaginados, desahogar su rabia muda, pero nada, ni una palabra acudía al llamado del odio. Todas las groserías se le escapaban, agolpadas en la punta de la lengua ausente.

Alicia volvió a mascullar un regaño del que Ernesto se defendió en tono afeminado:

—Pero si se ve bien chulo.

Ni una sola palabra tuvo misericordia de Ramón. En un solo impulso se levantó de la silla, tomó la botella de champaña por el cuello y la batió contra su hermano, que apenas alcanzó a esconder la cara. El fondo de la botella golpeó en seco la frente de Ernesto, quien tratando de huir del ataque se fue de boca contra la mesa. Alicia lo cubrió con un abrazo protector.

La botella quedó vibrando en la mano derecha de Ramón. Carmela le ordenó que la soltara y Ramón, desobediente, se volvió hacia ella con ojos de león acorralado.

Al oír el escándalo, las niñas y Paulina salieron corriendo del estudio, donde estaban viendo una película. Se toparon con la parodia burguesa de un pleito cantinero: Ernesto trataba de incorporarse sin éxito, gritando amenazas e insultos, mientras Alicia y Carlos lo mantenían sometido en la silla; Laura y Carmela asían los brazos de Ramón, tratando de empujarlo hacia a la cocina.

—¡Págame lo que me debes! —exigió Ernesto con la boca espumosa de rabia—. ¡Puto de mierda! ¡Págame ahorita!

—Cállate —rogaba Alicia.

Laura y Carmela forcejeaban con Ramón, que trataba de escapárseles.

—¡Te vas a morir! —vaticinaba Ernesto, despabilado por la adrenalina—, ¡tu karma te va a matar, pinche acomplejado!

Alicia trató de taponarle la boca y él la mordió por accidente. Su grito agudo traspasó los audífonos de Mateo, que estaba encerrado en su cuarto y no se había enterado de la refriega. Bajó corriendo y encontró a todas las niñas llorando, a dos señoras consolándolas y a Carlos tratando de arrastrar hacia la puerta a su tío Ernesto, que no paraba de gritar.

—¡Sal, pinche culero, a ver quién paga tu funeral!

Ramón lo escuchaba desde la cocina, acorralado contra la estufa por su esposa. Resoplaba, sintiéndose cada vez más satisfecho de lo que acababa de hacer. Había cometido un delito tipificado en el artículo 289 del Código Penal Federal. Se sentía extraordinariamente bien.

Los gritos se fueron alejando hasta apagarse. Laura les avisó desde el otro lado de la puerta de la cocina que los demás ya se habían ido.

Carmela sirvió un vaso de agua y se lo ofreció a Ramón. Nada justificaba ese gesto. Su marido no había enfurecido porque tuviera sed. Tampoco era tiempo de tomarse una pastilla. El vaso de agua estaba ahí para llenar un vacío insoportable. Ramón lo aceptó y bebió un trago. Inclino la cabeza hacia atrás y sintió la insípida frescura del agua cayendo en su interior. Cuando bajó la vista se encontró con la mirada perpleja de Carmela.

¿Qué me ves?

Segunda parte

La enfermedad no es una metáfora y el modo más auténtico de encararla —el modo más sano de estar enfermo— es el que menos se presta y más se resiste al pensamiento metafórico.

SUSAN SONTAG

Los Aldama llegaron al fastuoso templo de la Inmaculada Concepción poco antes de que empezara una boda a la que asistían por compromiso con el padre de la novia, un neumólogo que refería muchos pacientes a la consulta privada de Joaquín.

El médico no había reparado en gastos. Había listones, moños y arreglos florales por doquier. Una cuadrilla de aburridos paparazis pululaba por la iglesia fotografiando a los invitados, que estaban uniformados de esmoquin y pajarita o vestido largo. Uno que otro renegado desentonaba con una corbata de payaso o una provocadora minifalda. Los Aldama respetaban la etiqueta rigurosa; Joaquín odiaba cualquier atuendo que no incluyera bata médica, accesorio imprescindible para atrincherarse detrás de un complejo de superioridad. No era el único incómodo en la iglesia: las fajas, los sacos rentados, demasiado grandes o estrechos, los zapatos de tacón alto, los bolsos diminutos, el maquillaje excesivo, los peinados de salón, el sudor constante y la somnolencia postprandial aquejaban a la mayoría de los acarreados nupciales, acomodados a lo largo de la nave de acuerdo con un gradiente invisible de familiaridad: entre más estrechos eran sus lazos con los novios, más adelante habían tomado asiento.

Los Aldama se acomodaron en la antepenúltima fila, debajo del coro donde una orquesta de cámara comenzó a destripar la *Marcha Nupcial* de Felix Mendelssohn mientras el sacerdote, los novios y agregados desfilaban por el pasillo central. Por la calidad de su interpretación, Joaquín concluyó que los músicos debían de pertenecer a una estudiantina de sordomudos.

Una vez terminada la *Marcha* e iniciada la misa, Joaquín se distrajo pensando en el rhabdomyosarcoma de Ramón. De acuerdo con la metáfora animista de Luis Ramírez, las células de ese tumor se comportaban como «unas pinches socialistas», obrando con insólito altruismo a favor de sus vecinas, acomodándose en alveolos y segregando químicos promotores del crecimiento y la vascularización. Gracias a esas conductas, los rhabdomioblastos habían formado un tumor redondo y saludable en la lengua del paciente, y ahora se multiplicaban en láminas armoniosas dentro de las cajas de Petri que las hospedaban.

—Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa —repetían los otros invitados al tiempo que se golpeaban el pecho sin arrepentimiento.

Aldama permanecía en silencio, absorto en sus pensamientos. Por lo general, el ADN de una célula maligna contenía cientos de mutaciones perniciosas, pero Luis Ramírez creía que la causa del rhabdomyosarcoma no era un desbarajuste genético tan numeroso, sino la alteración de unos cuantos genes decisivos, justo los necesarios para detonar una reproducción al mismo tiempo ordenada e impetuosa. Si las sospechas del patólogo se confirmaban, el genoma de aquellas

células representaría un catálogo de mutaciones esenciales para la carcinogénesis. El entusiasmo de Ramírez estaba justificado por las consecuencias revolucionarias de semejante descubrimiento: la cura universal del cáncer, el Santo Grial de la oncología.

—¡Aleluya! ¡Aleluya! —coreaban los invitados más desinhibidos mientras el sacerdote se preparaba para dar lectura a un episodio popular del Santo Evangelio.

—Al pasar Jesús —comenzó a leer con un sonsonete apostólico que de inmediato remontó a Joaquín a sus años de colegial con los padres maristas—, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: «Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?».

Aldama imaginó al invidente con las córneas nubladas, sentado junto al camino de tierra, pidiendo caridad. Jesús aprovechó la ocasión para lucir su talento oftalmológico ante sus seguidores. Escupió sobre la tierra, amasó un poco de barro y lo untó sobre los ojos del paciente. ¿Para qué necesitaría el hijo de Dios, omnipotente, valerse de un ungüento improvisado para curar a una de sus criaturas? Tal vez fue un recurso para agregar dramatismo a la escena o, en el mejor de los casos, un excipiente para los componentes activos de la saliva redentora.

El evangelio no especificaba si el barro fue aplicado sobre los globos oculares o sobre los párpados; Aldama prefería creer que el lodo no había tenido contacto directo con los ojos. Jesús indicó al paciente que fuera a lavarse en el estanque de Siloé. Una vez más, la indicación le parecía gratuita: Jesús tenía los recursos para curarlo en el acto, ¿por qué, entonces, mandar al pobre ciego a un estanque?

—Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo. Entonces los vecinos, y los que antes habían visto que era ciego, decían: «¿No es éste el que se sentaba y mendigaba?». Unos decían: «Él es»; y otros: «A él se parece». Él decía: «Yo soy»...

Aldama sabía que una pomada por sí sola jamás habría podido revertir una ceguera congénita. La corteza cerebral del paciente habría carecido de las conexiones necesarias para procesar la información transmitida a través del nervio óptico. Ante la avalancha de sensaciones incoherentes, el paciente habría sufrido un ataque epiléptico de consecuencias fatales al borde de un estanque. Pero no sucedió. El ciego volvió muy campante de Siloé y, como era sábado, nadie tenía nada mejor que hacer que acompañarlo al templo para que lo vieran los fariseos, que obviamente no creyeron en el milagro y lo expulsaron del templo por pecador. Al final, Jesús volvía a encontrarse con el paciente y revelaba el significado apocalíptico del episodio: «Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados». Qué manera tan antipática de concluir un tratamiento médico. Hipócrates y Jesús habrían hecho cortocircuito.

—Ésta es Palabra de Dios —concluyó el sacerdote antes de cerrar el libro y darle un beso a la tapa.

Aldama volvió a distraerse durante el sermón. ¿Cómo serían los genes del hijo de una muchacha

judía y un dios omnipotente? ¿Habría fecundado el Espíritu Santo un óvulo de María o, por el contrario, colocaría en ella un cigoto divino, hecho por Dios *ex nihilo* para la ocasión?

La ortodoxia católica aceptaba que María era madre de Dios, por lo que no pudo haberse limitado a servir como incubadora. Dios tuvo que haberla inseminado con un soplo espermático dotado de veintitrés cromosomas, incluyendo el cromosoma Y que determinó el sexo masculino de Jesús. Los otros veintitrés cromosomas fueron aportados por el óvulo de María; en ellos seguramente se encontraban los genes que determinaron la tez y complexión del hijo, el color de los ojos, el grueso de los labios, la forma de la nariz. ¿Le podría haber dado cáncer al Hijo de Dios? Seguramente los cromosomas de su Padre lo habían provisto de infalibles supresores tumorales —el gen p53, el nfl, el brca1 y el brca2. Hubiera podido comer salchichas, fumar tabaco, usar camas de bronceado y manipular desechos radiactivos sin temor a las neoplasias asociadas con dichos factores de riesgo. Qué vida tan sana habría tenido Jesús de no haberse granjeado tantos enemigos poderosos.

Las divagaciones de Joaquín se interrumpieron al comenzar los votos matrimoniales en los que Regina y su novio se prometieron fidelidad y amor perpetuos.

Durante la consagración de las hostias y el vino, el celular de Aldama comenzó a vibrar en su bolsillo. Se asomó discretamente para ver quién le llamaba. Reconoció el número de la señora Martínez, que nunca antes le había llamado en fin de semana. Temió que se tratara de una emergencia y decidió salir de la iglesia para tomar la llamada. «Éste es el misterio de nuestra fe», oyó decir al sacerdote antes de que la puerta batiente se cerrara detrás de él. Una vez afuera, sacó el celular de su bolsillo y comprobó que la esposa del señor Martínez ya había colgado. Se apresuró a devolverle la llamada.

La señora Martínez se des hizo en disculpas por molestarlo en sábado. Se trataba de un asunto muy delicado. La noche anterior, su esposo había atacado a su hermano con una botella de champaña. «Se puso como loco», precisó. Aldama se preguntó qué champán habría utilizado el paciente.

—Ya hice una cita para el lunes con una psicóloga que me recomendaron mucho —continuó la señora Martínez—; es una especialista en apoyo a pacientes que están pasando por la misma enfermedad. Hablé con ella por teléfono y me dio mucha confianza, ella dice que no me preocupe, que va a ayudarnos, pero Ramón está necio con que no quiere ir. Llevamos todo el día tratando de convencerlo pero se niega rotundamente.

—¿Por qué lo agredió? —preguntó Aldama con curiosidad disimulada.

—A mi cuñado se le pasaron las copas y estaba diciendo tonterías y de repente Ramón se puso como loco y lo golpeó en la cabeza. De no estar tan débil, lo pudo haber descalabrado.

—¿Quiere que hable con él para convencerlo? —replicó Aldama.

—No, imagínese, se pondría furioso si se entera de que le dije a usted lo que pasó. No, lo que pasa es que ayer la señora que nos ayuda con la limpieza le trajo de regalo un loro y yo le dije que no podíamos tenerlo por lo que usted nos indicó. Como con todo últimamente, Ramón se molestó

conmigo, me insistió, etcétera, y yo le dije que no se podía. Pues hace rato me pasa un papel diciéndome que me exige que le llame a la señora para decirle que traiga de vuelta al loro. Yo estoy muy afectada por lo que pasó anoche y no lo pensé y le digo: «¿Si te traemos al loro aceptas que vayamos con la psicóloga?». Me dijo que sí. ¿Y ahora qué hago? Estuve pensando horas qué hacer y ahorita que él se quedó dormido pensé que tenía que hablarle a usted para que me dijera si de alguna manera se podrá que lo tengamos...

Aldama estaba sorprendido por el disparate de la historia que acababa de escuchar. Por un lado, aplaudía el exabrupto de su paciente; golpear a un borracho con una botella de champán era una manera muy ingeniosa de hacer justicia; por otro, le divertía el hecho de que una sirvienta regalara un loro a su patrón y que después su esposa lo utilizara como instrumento de negociación marital.

—¿El loro no está en su casa? —preguntó el doctor para ganar tiempo en lo que consideraba el caso.

—No, le pedí que se lo llevara ayer en la tarde.

—Bueno —dijo él—, si usted cree que con eso va a aceptar que lo atiendan, déjeselo. Llévelo a un veterinario para que lo revise y ténganlo afuera de la casa.

—¿No es mucho riesgo para mi esposo?

—Lo más importante ahorita es que esté a gusto. Vamos a estar pendientes.

—Muchas gracias, doctor, me tranquiliza mucho.

—Ándele.

Se despidieron. Cuando volvió a entrar en la iglesia, Esther ya había vuelto de comulgar y se encontraba arrodillada frente a la banca, deshaciendo el cuerpo de Cristo con la lengua. Tomó asiento junto a ella y se quedó pensando en el caso del señor Martínez. Acababa de leer un estudio en *The Lancet* sobre los efectos del estado de ánimo en la evolución de los pacientes en quimioterapia. Un diagnóstico de depresión empeoraba notablemente las probabilidades de recuperación. Lo más importante era que conservara un buen ánimo; si darle un loro cumplía ese propósito, que así fuera.

La ceremonia concluyó con una pieza de Händel: la *Llegada de la Reina de Saba*, una elección sintomática del entusiasmo megalómano que aquejaba a los recién casados. En esa pieza, la orquesta alcanzó niveles de cacofonía propios de un conjunto de mariachi. Se imaginó al gran compositor barroco revolcándose de furia en su tumba de la Abadía de Westminster. De haber tenido una botella de champán a la mano, Joaquín la habría usado para descalabrar a los músicos y librar al mundo de aquel horror.

Bajo un sol espurio de cuatro mil watts, las plantas de marihuana hacían horas extra de fotosíntesis. Era lunes por la noche. Teresa estaba podando los tallos maduros con parsimonia. Tenía el cuerpo empapado de sudor y las manos cubiertas de resina pegajosa y psicoactiva. Sonreía. Bastaba el perfume de la hierba para inducirle un estado de profunda calma. Había tenido un día intenso de terapias grupales y consultas privadas. Había conocido a Ramón, cuyo silencio forzoso impediría tratarlo de manera ortodoxa.

La primera entrevista sirvió únicamente para que Carmela describiera los pormenores del caso de su esposo, desde la lengua entumida hasta el ataque violento contra el hermano tres noches atrás. De acuerdo con el retrato esbozado por ella, él era impaciente, dominante y narcisista, con una enorme confianza en su intelecto y un registro muy superfluo de sus emociones.

Ramón había intervenido pocas veces esa mañana, por medio de frases escuetas, redactadas con fastidio en una libreta. Esa forma de expresión resultaba tediosa: primero tenía que redactar un mensaje, luego pasar la libreta a su interlocutora y esperar a que lo leyera. Puesto que la asociación libre de ideas, pilar del método psicoanalítico, era imposible en esas condiciones, Teresa le propuso a Ramón una estrategia insólita: sostener sesiones de chat por internet en el consultorio. La dinámica consistiría en utilizar cada quien una computadora portátil; así, él podría escribir sus mensajes en el teclado y ella podría leerlos conforme los enviara, de manera casi simultánea. Aunque la idea de chatear en persona podía parecer un contrasentido, ella quería estar frente a él para captar las manifestaciones no verbales del inconsciente y responderle de viva voz, atenta a sus reacciones gestuales.

La propuesta no pareció entusiasmar a Ramón. Carmela, por el contrario, se mostró muy emocionada, y planeó de inmediato pedirle a su hijo que les prestara su laptop y les enseñara a usarla. Ella parecía segura de que se trataría de una terapia de pareja, pero Teresa ya le aclararía después que necesitaba primero trabajar a solas con Ramón.

Lo único que él había escrito por iniciativa propia era la pregunta: «¿Cuánto serían sus honorarios?». No ocultó su desconcierto al escuchar lo que ella cobraba normalmente. Carmela explicó que se encontraban en una situación financiera complicada y Teresa ofreció adaptar la tarifa a sus posibilidades. Una vez pactado el precio de las sesiones, quedaron en verse el lunes próximo a la misma hora.

Al terminar de podar las hojas, Teresa cortó los tallos que ya ostentaban cogollos maduros y formó un racimo con ellos, cuidándose de que no se rozaran las partes más ricas en resina psicotrópica. Estos tallos pasarían un par de semanas secándose en una covacha adyacente,

colgados boca abajo a lo largo de una cuerda. Una vez deshidratados, los cogollos serían puestos a «curar» en frascos de vidrio, proceso que tardaría seis meses y que daría como resultado una hierba de efectos vigorosos y sabor delicado.

Para suministrar marihuana a todos los pacientes que, movidos por el testimonio de otros, se acercaban a Teresa en busca de un remedio alternativo contra sus dolencias, necesitaba una producción cada vez mayor. La demanda estaba a punto de rebasar su capacidad de producción, así como la de su proveedor de tierra y abono especial para *cannabis*, un biólogo hippie que vivía en Tepoztlán.

Estaba convencida de que la marihuana no tardaría muchos años en ser legalizada, y vivía con la confianza de que cuando eso sucediera ella podría divulgar su trabajo y dejar en manos de otros esa valiosa labor social. Mientras tanto tendría que rechazar cada día a más pacientes, diciéndoles que tendrían que conseguir la hierba por su cuenta, a pesar de que eso significaba que terminarían comprando un producto de pésima calidad en un mercado dominado por criminales.

Llevaba meses pensando en buscar a una socia, pero no conocía a nadie que tuviera la privacidad, el espacio y la vocación de servicio suficientes para realizar esa labor que, encima de todo, estaba penada con cárcel. Por el momento tendría que continuar trabajando sola.

Bajó a darse un baño después del arduo trabajo. Era su momento favorito del día, entrar a la regadera y sentir el abrazo del agua cálida. Con una esponja muy suave repartía el jabón por su cuerpo. Siempre comenzaba por la nuca e iba bajando por su carne flácida; rodeaba las cicatrices en su pecho, dos sonrisas ciegas donde alguna vez hubo pezones. La espuma se acumulaba en el vello púbico, cada día más escaso. Teresa tomó asiento en un banquito de plástico para lavar sus piernas. No había prisa. Era una madre cariñosa de su propia vejez.

Volvió a pensar en Eduardo, su benjamín psicoanalítico. Después de varias semanas de no mencionar el asunto, el sábado Teresa había decidido preguntarle si había alguna novedad con Emilia, su compañera en la Facultad. Fastidiado, Eduardo le dijo que habían estudiado juntos para la clase de latín y que no la había pasado bien. ¿Por qué? Emilia mordía la tapa del bolígrafo. Esa inocente fijación oral de la libido era inadmisibles para Eduardo. ¿Cuántas bacterias no habría en ese trozo de plástico que Emilia sacaba con las manos del estuche, colocaba en el pupitre y luego se llevaba a la boca? No le había vuelto a hablar desde entonces.

Teresa decidió confrontarlo con las raíces de su fobia. Le preguntó si había soñado con Emilia. «¿Por?», dijo él a la defensiva. «¿Qué soñaste?», insistió ella, traicionando los principios más sagrados de su escuela analítica. «No quiero hablar de eso», dijo, asustado. Teresa asintió respetuosamente, sabiendo que Eduardo no soportaría la falta de control sobre lo que ella pudiera imaginarse. Terminó por decirlo.

Soñaba con ella a cada rato. Ella quería matarlo, pero al hacerlo la que moría era ella. Casi siempre él estaba en una cama de hospital. Ella le cortaba el oxígeno y ella se asfixiaba. Eso era lo extraño. Cuando ella le amarraba una soga a él alrededor del cuello, el rostro de ella se amorataba; se le saltaban los ojos, se desvanecía. Él trataba de salvarla, pero era imposible, ella

lo seguía ahorcando hasta matarse. «No me mates», le suplicaba él, aunque era ella quien moría cada vez.

Teresa consideró la posibilidad de que esos sueños tuvieran un componente erótico, incluso de que terminaran en eyaculación. No se atrevió a preguntarlo. La duplicidad sadomasoquista del sueño la intrigaba. Casi nunca se satisfacían ambas pulsiones en una misma fantasía. Lo que inclinaba la balanza hacia la interpretación masoquista era el miedo, la súplica, el intento de salvarla. ¿Pero qué representaba ella en el sueño?

Eduardo había elaborado una explicación razonable del contenido manifiesto de esas pesadillas. De acuerdo con él, el hecho de que ella tratara de matarlo tenía que ver con su fobia al contagio. «Si ella me tratara de besar me daría mucho asco», confesó. Por otro lado, la amaba. Era brillante, introvertida, muy guapa. Sería una pareja maravillosa. Pero él, no. Él podía recaer cualquier día. «Si yo me casara con ella, ella me podría hacer daño a mí, pero yo le haría mucho más daño a ella, por eso es que en el sueño la que se muere es ella. Yo soy una bomba de tiempo, yo sé que va a volverme a dar cáncer y no quiero que nadie sufra conmigo.» Sus nobles sentimientos hacia Emilia lo habían confirmado en la decisión de mantenerse soltero y célibe toda su vida, por el bien de los demás.

El contenido latente del sueño representaba la paradoja del goce del Otro. Desde la perspectiva de un hombre, una mujer deseada era la figura perfecta para encarnar «el Otro que no hay», en palabras de Lacan. En otro lugar, el enigmático psicoanalista afirmaba que el cuerpo estaba hecho para gozar de sí mismo. El cuerpo del cáncer: su goce mataría a Eduardo y con ello se autodestruiría. Él le suplicaba que no lo matara, pero tampoco quería vivir sin él. Volver a los años de leucemia, a ese perverso idilio: de eso se trataba, una vez más, la fantasía de Eduardo. Lo nuevo era que el cáncer regresaba disfrazado de mujer. En el pecho del masoquista siempre habita un corazón misógino.

Los sueños recurrentes funcionaban como una defensa del inconsciente contra la amenaza introducida por Emilia en la vida de Eduardo. Ser feliz, entregarse al enamoramiento, al riesgo de triunfar en la seducción, significaba renunciar al orden simbólico que, por más neurótico y fóbico que fuera, daba sentido a su vida. Abandonarlo era demasiado peligroso: si fracasaba en sus intentos de conquistar a Emilia, de encontrar en ella un objeto que ocupara el lugar vacío del deseo, se quedaría solo ante el abismo, y entonces sí tendría un brote psicótico, estrategia desesperada de la psique para recuperar la realidad. A través de pesadillas espantosas, la mente de Eduardo se protegía contra una locura devastadora.

Teresa debía resignarse al hecho de que pasaría mucho tiempo antes de que Eduardo pudiera tener relaciones afectivas normales; en pocas palabras, seguiría solo, completamente solo, como ella, porque también se trataba de ella, de la proyección de su deseo, de la fantasía de bañarse por la noche y saber que alguien la acompañará en la cena, se meterá con ella a la cama y la abrazará sin reproches por la ausencia de senos. Buenas noches, mi amor, dijo el silencio cuando Teresa apagó la luz.

—¡No mames! —dijo Benito cuando vio venir a Ramón cubierto con un jorongo de lana teñida de franjas de colores.

Ya sé que parezco Chavela Vargas, pensó Ramón, pero esta mariconada también me tapa las piernas del frío, así que no me critiques. Lo hallé buscando ropa vieja en el clóset. Me lo regaló mi suegra de Navidad hace unos quince años. Lo hizo para chingar, obviamente, como diciendo que soy indio o puto o ambos a la vez, pero me vale madres. Las quimios me han jodido el termostato, la digestión, el pito... todo para que ahora me salgan con que tengo metástasis en este pulmón. Salieron dos manchas grises en las placas. Y lo primero que piensan: ¿Ya ves, pendejo, para qué te echabas dos cajetillas diarias? Pero hace veinte años que no fumo, Benito, y aparte no tiene nada que ver. Me lo ha dicho el doctor varias veces. Lo que me pasó es como una bala perdida o, más bien, como un desastre natural, porque ni siquiera hubo conducta imprudencial. Un desastre natural, precisamente. Pero qué caro me ha salido, qué pinche calvario me tocó sin deberla ni temerla. Y ahora me quieren quemar las manchas con radiaciones. ¿Qué les digo? ¿Que no se molesten porque he decidido terminar esto? Imagínate el escándalo que se me arma. Carmela es capaz de internarme en un manicomio. No, Benito, a mí no me da ningún miedo la muerte. Lo que me da miedo es la deshonra de dejar a mis hijos en la calle. Pon tú que me curan estas metástasis, ¿y qué voy a hacer luego? Lo que nadie entiende es lo denigrante de mi situación. Yo vivo del verbo, de darle voz a la gente ante las autoridades para proteger sus derechos, exigir responsabilidades, dirimir conflictos. Yo represento a mis clientes, hablo por ellos en el conflicto. Mudo valgo madres, no puedo hacer lo que me toca. Así de simple. Si ya no puedes hacer lo que te toca, retírate. Hay gente esperando a que te pares de la mesa para sentarse a comer. A mí me trajeron la cuenta antes de tiempo. Sí me duele, no creas que soy de palo. Ya lloré mucho, cuando nadie me veía. Pero ahorita ya estoy en lo que sigue. Dejar un legado, aunque sea modesto, aunque sea muy poco, para irme tranquilo. Y eso te incluye a ti, Benito, que tengas una jaula poca madre. No tengo un peso en la bolsa, pero ya estuve pensando cómo le voy a hacer. Ahí tengo un reloj de oro macizo, un premio que me di cuando gané un caso muy bueno. Lo tengo guardado allá arriba, guardado bajo llave con mi revolver, una chulada, Benito, calibre treinta y dos, más que suficiente. Primero el oro, luego el plomo. Le voy a mandar un mensaje a un empleado del despacho para que se venga a la casa sin decirle nada a Carmela. Órale, lánzate a valuar este reloj y véndelo. Va a ser un buen billete. Con eso en la bolsa ya puedo moverme. Tres cosas: uno, pagar los gastos del registro y del notario. Cedo la casa, firmamos el divorcio y listo. Dos, tu jaula, obviamente, tamaño extra grande para que estés a tus anchas. Y tres: mis gastos funerarios. Quiero

dejar todo arreglado. Es más, si pudiera, yo mismo iba a escoger el ataúd. Deme aquél, el de caoba. Mando a planchar mi traje. Es más, si me alcanza hasta me compro los cuchillos que salen en la tele y se los regalo a Elodia, nomás por el gusto. ¿Y sabes qué? Le voy a dejar una carta al pendejo de Ernesto para que no se le olvide. Eres un pinche usurero. No me mato para no pagarte, lo hago porque no voy a tolerar que me traten como un bulto invisible. Lo hago por dignidad. Si tú supieras qué es eso, me hubieras dicho: ¿Sabes qué, Ramón? Olvídate de pagarme. Tú hiciste mucho por nosotros. Ese dinero yo te lo debía. Es tuyo. Pero no tienes la altura moral para hacerlo. Ni modo. Tú has estafado a medio mundo. Ahora te chingas. Yo fui testigo presencial de tus chanchullos. Y como dice el dicho: Ladrón que roba a ladrón. Y ahí dejo la carta. ¿Cómo ves, Benito? Aunque él quiera utilizar esa carta como evidencia, si yo ya no existo y no hay bienes embargables, se chinga.

Elodia salió a trapear el patio para aprovechar la compañía de Ramón. Benito la recibió con un «¡Chúpame rico!», frase que le habían enseñado a gritar en presencia de las mujeres.

—Cállese, pelado —le dijo Elodia.

Ramón estaba harto de que ella se refiriera indistintamente a Benito como «perico», «pájaro», «güero», «pelado» o «lépero». Aprovechó la ocasión para escribirle una nota que decía:

El loro se llama Benito, como el presidente Juárez. Dígale así.

—Qué bonito nombre le puso, licenciado. ¡Hola, Benito! Te llamas Benito, así te puso tu papi. A ver, Benito, ya no digas groserías y dime cómo te llamas: ¡BE-NI-TO! ¡BE-NI-TO! —Otra vez no, Elodia, ya déjelo en paz—. Yo tengo un primo que se llama ¡BE-NI-TO! Era buena gente. Se fue del pueblo hace muchos años. No sabe cuánto le ayudó a mi madrecita cuando se estaba enfermado, antes de que nos la trajéramos con el apoyo de usted. Él iba a llevarle agua a su casa, le traía su harina, sus huevos, su leche. Mi ángel de la guarda, le decía, y en serio que sí.

Todavía hay gente buena en este mundo, pensó Ramón, con gratuita nostalgia. Elodia comenzó a trapear la terraza.

—Pero a su hermana Fidelia, Dios la tenga en su gloria. Era mi prima la más chica y la pobre acabó muy mal. Fue cosa del diablo que se le metía a su papá. Esto me lo dijo Benito una vez que estuvo tomando y se puso a llorar. Que cuando a su papá le entraba la calentura, le hacía cosas a ella. Deje usted que era su hija, sino que era una criaturita. Le gustaba la copa en serio, igualito que al papá de mis hijos, ¿se acuerda? —Cómo no me voy a acordar, casi la mata un día—. Y a cada rato se quedaba dormido en la calle o tumbado rumbo a su casa que estaba más retirada, atrás de unas milpas. Y un día que lo vieron dormido varias gentes y ahí lo dejaron porque se ponía rejego si trataban de jalarlo. Pues al otro día que amanece —en ese punto de su relato Elodia dejó de trapear y adquirió un tono más bajo y escabroso— y que lo encuentran ahí tirado, pero sin la cabeza. En esa época todavía no se oía nada de narcos ni de Zetas, era un pueblo tranquilo. ¿Pues que dónde está su cabeza? Y al rato que dicen que la traía un perro, ¿usted cree?,

se la andaba comiendo. Ya querían matar al perro que decían que le había cortado la cabeza, pero en eso dijo un vecino que era su compadre de mi tío que a la noche había visto a mi primo el Benito salir con el machete y que dijo ¿A dónde irá a estas horas? Y que al ratito lo vio venir solo. —Qué huevos de muchacho, mis respetos—. Pues fueron a agarrar al Benito, que no decía nada. —Es lo mejor en esos casos, consideró Ramón, no declarar absolutamente nada—. ¿Y qué cree? Que su hermana fue al municipio y dijo que ella había sido, que ahí traía el machete todo colorado en un costal. Mi primo ahí sí dijo que no era cierto, que él había sido. Y ella decía que no, que ella era la culpable, que si no cómo tenía el machete ella y no él. —Era cuestión de cotejar sus versiones, pensó Ramón, para encontrar las inconsistencias—. ¿Y por qué se lo estoy diciendo?

Ramón señaló la jaula de Benito.

—Ah, sí, por mi primo. A los dos los tenían detenidos en el pueblo y antes de llamar a la policía la autoridad pidió que el párroco hablara con ellos para que dijeran la verdad. Quién sabe qué fue lo que dijo, pero salió que había sido Fidelía y a ella se la llevaron. Mi pobre tía estuvo sola para el entierro, yo ahí sí estuve presente. Cuando estaban bajando la caja al agujero, se empieza a oír que alguien toca quedito, como la puerta, y que mi tía se pone a gritar «¡Está vivo! ¡Sáquenlo! ¡Sáquenlo! ¡Está vivo!»». —Los gritos de Elodia alteraron a Benito—. Y que abrieran la caja, pero no se la abrieron. A alguien se le ocurrió que era la cabeza, que como estaba suelta, se estaba rodando y pegaba contra la madera. Tuvieron que tener a mi tía vigilada porque se quería ir al panteón a abrir la tumba, porque estaba segura de que lo habían enterrado vivo. Y mi primo cuando salió anduvo muy encerrado y al poquito tiempo se desapareció. Parece que agarró y se fue a Estados Unidos. Y Fidelía, la pobre, quién sabe con qué se envició en el reclusorio que un día ya no aguantó la sobredosis. Se murió la pobre en una cárcel de San Luis Potosí. ¿Sí levanta sus pies tantito para que pueda trapear por abajo? Ándele, gracias.

Había alrededor de treinta y siete billones de células en cada uno de los pacientes de Joaquín Aldama —en él también había una cifra semejante, mas no pensaba en ello con frecuencia—. Una sola defectuosa entre un billón: eso bastaba para un cáncer. A partir de esas cifras disparatadas, no le parecía digno de asombro que la enfermedad existiera y abundara en un planeta atestado de longevos; para él lo sorprendente era salir a la calle y ver a tanta gente sana, porque la salud, al contrario de lo que pregonaban los charlatanes naturistas, no era un estado de paz y armonía con el entorno, sino de victoria pasajera sobre el caos, de tenso equilibrio en una cuerda tendida sobre el abismo de la entropía. Eso que anunciaban en la televisión como «salud» era el opio de un siglo narcisista, una quimera publicitaria para vender vitaminas, ensaladas y ropa deportiva, pero inútil a la hora de interpretar las relaciones del cuerpo con el mundo. Así como la peste y la tuberculosis en otros tiempos, el cáncer denunciaba la farsa gigantesca del equilibrio natural, ese falso vestido de un emperador que en realidad está desnudo y macilento. Las células del cuerpo humano, así como las personas, eran siervas obedientes; a veces, sin embargo, una muchacha indócil se escabullía del orden, se propagaba y, cuando su estirpe ya era legión, se convertía en una amenaza para el imperio; entonces llamaban al especialista, oncólogo y cirujano, para aplastar la insurrección. Había, por ejemplo, un billón de células que respondían al nombre de Ramón Martínez, y entre ellas habitaba un grupo de renegadas, millones, por desgracia, en el pulmón izquierdo, no obstante la glosectomía y el fuego intravenoso en ciclos quincenales y dosis colosal.

Era momento ya, pensaba Aldama, de recurrir a químicos de protocolo experimental y radiaciones diarias. Lamentaba tener que recurrir a un tratamiento tan duro, pero no tenía otra opción. La vida estaba en juego, así como la de una prometedora investigación. El genoma del paciente podía convertirse en la piedra Rosetta de la oncología, clave para descifrar la gramática del cáncer, su lógica interior.

A la par de las metástasis pulmonares, en los laboratorios del Instituto se había descubierto una mutación inaudita en el gen FOX01 de los rhabdomioblastos. Normalmente, ese gen funcionaba, entre otras cosas, como regulador del tejido graso y como supresor de tumores. Aldama sospechaba que esa variante defectuosa de FOX01 estaba involucrada tanto en la tendencia al sobrepeso de la familia Martínez como en la génesis misteriosa de aquel tumor infantil.

Ese descubrimiento merecería un lugar privilegiado en las revistas internacionales. ¿Cómo titularlo? ¿*FOX01 Mutations: A Common Link Between Obesity and Alveolar Rhabdomyosarcoma*? Necesitaba pensar en algo más económico y contundente. ¿*Obesity and Cancer: Genetic Correlations*? Tal vez. Confiaba en que esa publicación tendría repercusiones

sensacionales en la prensa mexicana, con encabezados simplificados como MÉDICO MEXICANO DESCUBRE CAUSA DEL CÁNCER EN GEN DE LA GORDURA O LONJAS Y TUMORES: LA RELACIÓN SECRETA.

Animado por sus grandes expectativas, le mandó un correo electrónico al mejor genetista del país para invitarlo a colaborar con él y Luis Ramírez: «Estamos bastante seguros de que este sarcoma está relacionado con la expresión de un factor específico de crecimiento tipo insulina», escribió. Después de plantearle la petición de que analizara el genoma de varias cepas, concluyó de manera efectista: «Nunca había tenido un caso tan interesante, y me parece que vale la pena dedicarle una investigación de primera calidad con científicos tan distinguidos como usted».

Aldama estaba al tanto de los chismes que rondaban los pasillos del Instituto: que su entusiasmo era producto del síndrome de Alzheimer, que a falta de una amante buscaba un premio Nobel, que era el doctor Quijote con el patólogo Sancho, cabalgando en hipótesis flacas por la ignota comarca de la ciencia genómica. Poco le importaban los rumores. Pensaba que si la envidia fuera un virus, sería el herpes, común y oportunista, fatal para los débiles, inocuo para los fuertes.

Paulina sentía que nadie más en su familia se daba cuenta de cuán grave era la noticia de que su papá tenía metástasis. Según su mamá, el médico había sido optimista, pero ella no podía creerlo: todos los foros de internet coincidían en que el pronóstico para un sarcoma con metástasis era muy negativo. Lamentaba no poder acompañar a su papá a las consultas para confrontar al doctor con las preguntas que su madre no podía responderle.

La incertidumbre, tan parecida al hambre, la llevó a comer de manera compulsiva. Al mismo ritmo que su padre perdía kilos de peso, ella los ganaba. Sus amigas trataron de convencerla de cambiar los merengues por zanahorias y los chocolates por jícamas, pero esos alimentos ligeros y fibrosos no bastaban para calmar el estrés que la agobiaba.

El resto de sus compañeros, indiferentes a los problemas familiares de Paulina, no tardaron en hacerla objeto de sus burlas, que hasta entonces habían recaído principalmente sobre Genaro, alias el Puerquito valiente.

El remedio contra la adicción de Paulina llegó bajo la forma de un accidente escolar. Un ansia tremenda de carbohidratos la poseyó durante la clase de matemáticas, que era impartida por un inepto profesor apodado Velociraptor por su manera de andar con los brazos flexionados y la cabeza echada hacia adelante.

Esa mañana, Paulina había olvidado reabastecer su mochila de dulces, por lo que no tenía nada con qué entretenerse hasta salir al recreo y comprarse una torta de chilaquiles en la cafetería. Pensando en la gloriosa combinación de la telera, los totopos, la salsa, el pollo y la crema, miraba el reloj a cada rato mientras el Velociraptor farfullaba sobre ángulos obtusos frente al pizarrón.

Pensó en cerrar el *lunch* con un *muffin* de chocolate y una paleta de dulce enchilado. Consideró que sería prudente guardar la mitad del *muffin* para la salida, de tal suerte que el hambre no volviera a torturarla durante el largo trayecto en el autobús escolar hasta su casa, donde Elodia ya tendría lista la comida.

Cinco minutos antes de que terminara la clase, Paulina sacó de su mochila el dinero exacto para comprar la torta y el *muffin*. Quería salir del salón de inmediato para evitar las filas que se hacían en la cafetería. Con las monedas en el puño izquierdo, apuntó la tarea en su agenda y empezó a guardar sus cosas en la mochila.

Cuando sonó la chicharra, Paulina trató de levantarse de un brinco, pero un fallo en el cálculo de sus propias dimensiones abdominales la llevó a atorarse con el pupitre, perder el equilibrio y desplomarse sobre el pasillo. La banca le cayó encima, un cuaderno la golpeó en la cabeza, el estuche se estrelló contra el piso y los lápices se esparcieron entre las bancas.

—¿Qué sucede allá atrás, jóvenes? —preguntó el Velociraptor mientras un coro de risas celebraba el incidente.

Paulina trataba de incorporarse, pero le resultaba imposible con una mano inutilizada por las monedas que guardaba, dieciocho kilos de sobrepeso y un pupitre sobre la espalda.

Genaro hizo gala de su presunta valentía y llegó a auxiliarla antes de que Leonora, la mejor amiga de Paulina, que se sentaba al otro lado del salón, lograra abrirse paso hasta ella. Ambos ayudaron a Paulina a levantarse y a recoger los lápices y cuadernos dispersos. Leonora se quedó con ella una vez que el salón se hubo vaciado.

—¿Te pegaste fuerte? —le preguntó.

—No. Sólo en el hombro —dijo Paulina, sobándose.

—¿Quieres ir a la enfermería? Te acompaño.

—No, estoy bien.

—Vamos por algo de comer, yo te lo invito —propuso Leonora para consolarla.

En el fuero interno de Paulina reverberaba el estrépito de la caída y el susurro de las risas burlonas. El llanto pugnaba por salir a la superficie.

—No tengo hambre —le respondió.

Elodia irrumpió en el estudio y despertó a Ramón de una siesta improvisada.

—¡Señor!, ayúdeme con Benito, se salió de su jaula —dijo muy alarmada.

Ramón se levantó tan rápido que sufrió un mareo y tuvo que apoyarse en la silla para no caer. A señas le pidió a Elodia que lo ayudara a caminar. Tomados del brazo como novios octogenarios, se apresuraron a salir. Encontraron a Benito posado en una rama del fresno que dominaba el jardín.

Mira nada más, pensó Ramón orgulloso de la proeza de Benito. De haberte conocido esas mañanas te habría bautizado como al narco éste, ¿cómo se llama?, el Chapo, Joaquín *el Chapo* Guzmán, pero tú Martínez, obviamente, tú ya eres de la familia.

—¡Ándale, Benito, si bajas te doy un premio! —gritó Elodia—. ¿Se te antoja un jitomate? Baja para que te lo dé.

Déjelo tranquilo, dijo Ramón en sus adentros, al rato bajará.

El loro parecía muy contento. Estaba posado en una rama gruesa y retorcida que se adaptaba mucho mejor a sus garras que la delgada percha de canario donde pasaba los días. El verde lima de sus plumas contrastaba vivamente con las hojas oscuras del fresno.

Fastidiada, Elodia murmuró con determinación fascista:

—Voy por la manguera. Ahorita va a ver.

Ramón la detuvo y la exhortó a calmarse con un gesto pontificio.

No te preocupes, Benito, yo te controlo a esta vieja.

—No sabe qué susto me pegó cuando oí que gritaba sus leperadas y volteé a ver y que veo su jaula vacía.

A Ramón le hubiera gustado saber qué había gritado Benito para celebrar la huida. En ese momento, el loro guardaba silencio y los miraba con curiosidad.

—¿Le hablo a los bomberos? —dijo ella.

No diga tonterías primermundistas, pensó Ramón moviendo la cabeza de un lado a otro con ritmo apaciguado. Señaló la cocina e imitó el gesto de comerse un fruto ovalado.

—¿Un jitomate?

Eso. Tráigalo picado, pensó Ramón al tiempo que lo decía con mímica.

Elodia siguió las instrucciones al pie de la letra. Volvió a salir con un plato de jitomate en trozos y se lo ofreció a Benito levantándolo hacia el árbol con ambas manos, como si fuera un sacerdote mexica que ofrenda un corazón sacrificado a los dioses.

Benito miró el jitomate con curiosidad, pero no se movió de la rama donde estaba. Ramón se

acercó a Elodia, le pidió el jitomate y la exhortó a dejarlo solo con el loro. Una vez que ella se hubo marchado del jardín, Ramón fue a sentarse y colocó el plato de jitomate sobre la mesa, junto a la puerta abierta de la jaula.

No voy a presionarte. Era obvio que quisieras salir de esta pinche jaula. Fuiste analizando el mecanismo, practicando. Mis respetos. Estás en todo tu derecho de quedarte allá arriba. Pero eso sí te advierto. No va a ser fácil. En esta colonia hay muchos gatos. Un día que andes apendejado te van a dar en la madre sin ninguna consideración. Cuidate. Otra cosa: el frío. No sabes aquí afuera cuánto baja la temperatura. Y tú, que eres de la selva, no vas a aguantar. Te lo digo para que luego no tengas una mala sorpresa. Considera que ya me van a traer el dinero del reloj y entonces sí te voy a comprar la jaula que te prometí. Es más: ¿quieres a una pareja? Te la mando a comprar. La más guapa que haya. Cariñosa. ¿Cómo ves? Aprovecha que voy a tener lana. Ya no queda mucho tiempo. El otro día me sentía tan golpeado que fui por la pistola. Estuve a punto, pero me serené. Hay que esperar al momento indicado. Por eso te digo: si bajas y te aguantas a lo mucho una semana luego vas a ver... Una casa de lujo, una hembra para ti solito. Yo entiendo si declinas mi oferta. Pregúntame si no sé lo que se siente estar atrapado todo el día. Deja eso: el hambre y la náusea, los dolores, el pinche temblor en las piernas. Me dicen que tenga paciencia, ¿con qué objeto? Si no voy a poder hacer lo que me gusta, si voy a ser una carga para mi familia. A mí ponme en los tribunales, ponme a negociar. Cuando tenía veinte años yo trabajaba en la Secretaría del Trabajo con el licenciado Villanueva y un día me invitó a comer a la Zona Rosa, en el Bellinghausen. Era la primera vez que yo me sentaba en una mesa con mantel blanco y servilleta de tela. Me sentí como rey. «Traígale un chamorro», le dijo el licenciado a un mesero. Fue un manjar. Y tan pronto como tuve los recursos regresé al mismo restorán a comer chamorros. Ahí comí muchas veces y nunca más voy a poder. ¿Sabes lo que es vivir sabiendo que nunca volverás a comerte un chamorro en el Bellinghausen? Lo mío no tiene remedio. Pero en tu caso es distinto: mira qué sabroso se ve este jitomate.

No obstante el apetitoso señuelo, Benito voló de rama en rama hasta alcanzar la copa del árbol, desde donde cantó un «¡Cabrón!» lleno de júbilo.

Ramón sonrió con una mezcla de orgullo y despecho, envidia y melancolía. Mirando hacia el cielo donde se hallaba Benito, se imaginó visto desde aquellas alturas y se sintió diminuto en aquel escenario, demasiado pequeño para tanto gasto en doctores y medicinas, para tanta fatiga y dolor; se sintió, en resumen, más ligero de sí mismo.

Después se figuró el paisaje que podía mirar Benito: un bosque de tinacos, antenas y edificios envueltos por una densa nube de polvo y humo que llamaban *esmog* —el nombre tan feo como la cosa— y que privó a la ciudad de su paisaje más bello: los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, el viejo fumador y la mujer dormida, pareja que dotaba de sexo al horizonte. De niño, Ramón había fantaseado muchas veces con subir a los volcanes, tocar la nieve, asomarse al cráter del Popo y mirar el centro anaranjado de la Tierra. Ramón había perdido a los volcanes igual que a la inocencia: sin darse cuenta de ello, muchos años atrás.

Una ráfaga de viento agitó las ramas del fresno y poco después se escuchó un golpe amortiguado en los arbustos del jardín. Benito se había caído del árbol. Ramón saltó de la silla y se apresuró a capturarlo con la parte delantera de su jorongo. El loro estaba tan aturdido que no opuso resistencia.

De vuelta en su jaula, Benito devoró el jitomate con urgencia, pues llevaba muchas horas sin probar bocado. Para evitar otra fuga, Ramón aseguró la puerta de la jaula con un nudo de alambre. En menos de una semana, se comprometió con el loro, te voy a cambiar a una jaula mejor.

—Hoy no tengo ganas de hablar —dijo Teresa al comenzar la sesión con su analista.

—¿Por qué?

—Estoy cansada. Pero no es eso. En el camino venía pensando que tal vez dos sesiones a la semana ya son demasiado. —Hizo una pausa memoriosa—. No estoy como cuando iba con Ruffatto de lunes a jueves. —Juan Luis Ruffatto era un psicoanalista argentino exiliado, famoso por su vasta erudición y por los retiros psicodélicos que organizaba en Malinalco—. En esa época sí necesitaba hablar y hablar, sacarlo todo, entender lo que había hecho entre mi divorcio y el cáncer. Ese agujero negro. Y fue muy duro darme cuenta, luego de esforzarme tanto, de que hablar no había servido para nada.

—Bueno —intervino la analista—, yo creo que influyó mucho cómo era Ruffatto y qué quería contigo...

—Sí, pero en esa época sí quería un análisis súper ortodoxo y me quedé muy ciscada. Cuando me propusiste que nos viéramos dos veces a la semana, lo dudé, pero luego pensé: okey, no sólo es mi terapeuta, también es mi supervisora y pues hay mucho que trabajar. Y ha funcionado. Pero ya llevamos... ¿cuánto, siete años? —La analista asintió—. He crecido mucho como psicoanalista, gracias a tu apoyo, obviamente. Cada día me siento más segura con mis pacientes, con las excepciones que ya sabes. Siento que la supervisión me ha servido para superar mis inseguridades como analista, pero con mi propio análisis pienso..., no sé. En total llevo casi treinta años en el diván. Aunque me he reconciliado conmigo misma, con la opción de vivir sola, o no, de todos modos sigo insatisfecha. ¿No llegará el punto en que este discurso se convierte en un delirio?

—Todo el registro simbólico podría verse como un delirio.

—Exacto —replicó Teresa—, y a veces quisiera vivir más en el imaginario, identificarme con imágenes de otras personas, conocerlas, escucharlas.

—¿No conoces a tus pacientes, no los escuchas?

—Es lo que me entristece, que no. Cuando estoy en sesión, todo el tiempo estoy haciendo un esfuerzo por interpretar los mensajes subyacentes, por conectar lo que la paciente me dice con lo que me ha dicho antes o con lo que dice Freud en tal libro o con lo que yo misma estoy estudiando en ese momento. O sea, con los pacientes lo que hago es analizar, pero no escuchar. Obviamente sí los escucho, pero de una manera demasiado activa, como si todo el tiempo los estuviera interrumpiendo en mi cabeza. Y lo mismo me pasa cuando estoy a solas, no puedo estar en paz conmigo, sólo cuando consumo *cannabis*, pero en cualquier otro momento me estoy analizando, y eso tiene que ver obviamente con nuestras sesiones.

—¿Desde cuándo te sientes así?

—He estado pensando... Desde que atiendo a Ramón, el que perdió la lengua. Es impresionante ver cómo un hombre expansivo, vanidoso, fuerte, de repente, nada. El silencio lo transformó. Le he preguntado si siente el órgano fantasma. Nada más se queja de la incomodidad. Típico de un sujeto patriarcal: la vida es dominio, lucha y confort, coraje o placer, no entiende qué es un cuerpo adolorido, enfermo. De pronto ya no sabe quién es. A cada rato tiene experiencias extracorporales: sueña que está flotando, que pega contra el techo y mira su cabeza allá abajo, su cuerpo acostado, durmiendo. Y teme que si despierta se va a descalabrar por la caída. El cuerpo es otro. Estuve pensando que por eso han de existir los votos monacales de silencio. Los budistas, los cartujos, los ermitaños. El silencio te distancia de la carne. Es una paradoja, ¿no? Que el habla, tan invisible, sea precisamente lo que nos ata al cuerpo, ¿no? El otro día en terapia empezó escribiendo sobre la contaminación del aire, los grados IMECA, el ozono. Se ha obsesionado con la calidad del aire en la ciudad, todos los días le pide a su hija que consulte la página de internet del gobierno para ver cómo está el aire. También pienso que es una forma de convivir con ella. Ella le ha tratado de enseñar a que use el internet, pero no quiere. Me parece que él asocia la tecnología con su mortalidad, con su propia obsolescencia programada.

—¿Cómo vinculas esa obsesión con lo que tú estás viviendo? —preguntó la analista para evitar que Teresa se distrajera de sí misma.

—Bueno, yo creo que el silencio y la traqueotomía que tuvo, y ahora que le encontraron metástasis en el pulmón, todo eso contribuye. La mala noticia del pulmón no parece haberle afectado a nivel consciente. Una opción es que lo esté reprimiendo, o desplazándolo con el asunto de su herencia, pero otra opción es que ya no se sienta identificado con su cuerpo y por eso no le importe. No ha tenido ninguna respuesta emocional.

—¿Te identificas con eso?

—¿Qué? —preguntó Teresa.

—Su relación con el cuerpo.

—No creo. No sé. Me identifico con él probablemente porque, como no puede hablar, yo hablo mucho más que de costumbre y le he compartido cosas personales de mi tratamiento, de cómo viví la quimioterapia, la caída del pelo, los bochornos, etcétera. A la vez me doy cuenta de que él no se identifica conmigo como paciente, a pesar de que está pasando por quimios espantosas. Pareciera que él no identifica que esas cosas le pasan a él. Aunque sí le duelen, obviamente, está sufriendo muchísimo.

—Tú te identificas con él, pero él no contigo...

—Supongo que me identifico con él porque en su sesión ambos somos pacientes y porque yo misma he buscado ese desapego que él siente hacia el cáncer. La enfermedad no le interesa, no le dice nada. Es como un accidente para él, como una gripa, y en ese sentido es muy sano. ¿Imagínate si estuviera torturándose con la pregunta de qué hizo mal, de qué emociones reprimió y todo eso? Yo siento que la pérdida de la lengua, además de que no es una persona espiritual, impidió que él

hiciera esa identificación entre la mente y el cuerpo que tanto daño hace, que tanto me afectó a mí, a pesar de que mi cáncer era hereditario, que existía el riesgo, a pesar de todo sentí que era mi culpa, mi falta. Él no. Gracias a la amputación se ahorró todas esas ficciones narcisistas que identifican el yo con el cuerpo. Conmigo fue al revés: cuando me quitaron las mamas sufrí una pérdida completa del yo. Y han pasado tantos años y todavía no...

Teresa guardó silencio creyendo que la analista iba a cortar la sesión en ese punto. Se equivocó.

—Te escucho hablar sobre él como un sabio iluminado, pero también como un hombre asustado. Hay algo que no encaja. ¿No será que su silencio te ha seducido de algún modo, ha impedido que te decepciones de lo que diría? Cuando alguien calla parece que no experimenta ese goce excesivo que nos atormenta, esa completa otredad que impide la identificación. Es más: por eso se supone que los lacanianos no hablamos en la sesión. Pero ahora me interesa que tratemos, como dos psicoanalistas profesionales, tu inquietud por renunciar al análisis, de ambos lados. Parece que al tener que hablar más en las sesiones con este paciente has vuelto a creer en la promesa del deseo, y el silencio ahora te permite postergar el encuentro con su vacío.

—Justamente creo que no funciona *esto* —Teresa enfatizó el pronombre neutro para hacer más ambiguo el objeto de su descalificación—. El psicoanálisis parte de la supuesta necesidad de verbalizar lo inconsciente para neutralizar las metonimias del deseo inalcanzable. Pero lo que estoy viendo es que se puede simplemente tomar un atajo para salvar ese vacío, un tajo, cortar de tajo con la necesidad del parloteo que de por sí sabemos que no va a salvarnos de lo Real.

Al desafiar la validez de la teoría que sustentaba su oficio, Teresa había puesto en jaque a su analista, cuya respuesta fue abiertamente defensiva:

—¿Por qué seguir viendo al paciente si no requiere psicoanálisis? ¿No crees que podrías estar saboteando su tratamiento como en otras ocasiones?

Ella se refería a la aversión neurótica que Teresa había desarrollado hacia los hombres a partir de las mastectomías. Según había descubierto en análisis, ese odio era un mecanismo de defensa. Para evitar de manera anticipada que un hombre fuera a despreciar su cuerpo incompleto, Teresa habría expulsado a los hombres de su espectro libidinal. Se resistió a aceptar esa interpretación de su psiquismo por medio de una clásica explicación freudiana: al cancelarse la posibilidad de ser madre, el hombre, ese accesorio del pene, había perdido todo su valor. Por desgracia, los sentimientos maternos hacia Eduardo no encajaban en esa teoría. Sin embargo, Teresa nunca había aceptado por completo que sus dificultades con los pacientes de sexo masculino se debieran a un mecanismo psíquico de defensa. Había otra posibilidad, la más simple: que los hombres fueran pacientes más difíciles de tratar debido a sus defensas machistas contra la apertura emocional con una mujer. Los hombres ni lloraban ni aceptaban que una mujer se colocara en una posición jerárquica más alta que ellos, ni siquiera en la intimidad del consultorio psicoanalítico.

—Mi experiencia con Ramón es completamente distinta a la que tuve con los pacientes de ese entonces. No es que sea un macho incapaz de expresar sus sentimientos; es un macho, eso que ni

qué, pero sus sentimientos están realmente a flor de piel y no tienen que ver tanto con la amenaza del cáncer como con un dilema moral muy fuerte y con el duelo por la persona que fue anteriormente. Y lo sigo viendo porque, aunque parezca un iluminado —agregó Teresa en tono de reproche—, él sí tiene un grave conflicto, pero no con el cáncer, sino con la pulsión de muerte en sí. Cuando se pierden los objetos de la libido, en su caso la palabra y el éxito laboral, la pulsión tanática puede volverse contra el ego, y creo que justamente eso está pasando. Está tranquilo porque sabe que en el momento que lo decida va a matarse. Yo quiero evitar que pase eso. No lo veo nada más para darme gusto.

Para atenuar la hostilidad que había surgido entre ellas, la analista cambió el tema.

—¿Cómo has manejado lo de la marihuana con él?

Teresa aceptó la tregua.

—Se lo planteé sutilmente y me mandó por un tubo. En parte por los prejuicios normales y en parte porque todos los malestares, las neuralgias, los sangrados, todo lo sublima en el asunto de que no quiere pagarle una deuda a su hermano. Concibe su propio sufrimiento como una compensación que lo libera de la obligación moral de pagar. Si no se ha suicidado es gracias a que todavía no cumple su cuota de sufrimiento físico para quedarse tranquilo por lo que en el fondo considera una estafa. Por eso no se resiste al castigo. Gracias a Dios que no tiene el dinero para pagarle a su hermano, de lo contrario ya se hubiera matado.

—¿Y cómo entraría la marihuana en este esquema?

—Tiene metástasis en pulmón y la marihuana podría ayudarle muchísimo, tanto a calmar los dolores como a eliminar las células. Ya sé que piensas que tengo ahí un punto delirante, pero de veras funciona. No estoy loca.

—Si creyera que estás loca estaría traicionando todo lo que pienso sobre la mente humana —respondió la analista en tono amistoso.

—Ya sé. No me hagas caso. Es que me desespera vivir en una sociedad tan hipócrita.

—Justo por eso no estás loca —bromeó la analista—. Nos hemos alejado de un tema importante. Estabas pensando en venir nada más una vez por semana, ¿también dejarías de tratar nuevos pacientes? Por lo que entiendo estás muy saturada.

—El superego me lo prohíbe. Los pacientes no la tienen fácil a la hora de buscar un terapeuta que los entienda como yo, desde su misma experiencia.

—Podrías invitarlos a los grupos de apoyo que coordinas y ya no dar consulta los sábados, por ejemplo.

Teresa pensó de inmediato en Eduardo, a quien su madre sólo podía llevar a sesión ese día. No quería abandonarlo, aunque tal vez sería mejor para él si lo transfiriera con un analista del tipo de Ruffatto, un hombre con aires de eminencia a quien Eduardo pudiera tomar como figura de autoridad.

—No sé —dijo tras un largo silencio—. Preferiría unas vacaciones, hace años que no salgo. ¿Pero quién regaría mis plantas? Requieren más cuidados que un marido, la verdad. —La analista

forzó una sonrisa para hacer eco a su chiste—. Más bien —continuó Teresa—, me hacen falta unas vacaciones de mí misma, de mí como analista y como paciente, como coordinadora, como jardinera, como todo. Quisiera irme a la playa y dedicarme a dormir.

La analista permaneció en silencio. Teresa recurrió a un tópico existencialista:

—Según Sartre, el infierno son los otros, y tiene razón. El problema es que a veces yo soy otra y por lo tanto, yo soy el infierno, mi infierno, para mí.

Tampoco hubo respuesta. En tono jocoso, Teresa dijo:

—Ahora siento que no cortas la sesión porque te dije que ya no quería venir dos veces a la semana. La pregunta, obviamente, es si ya no *debo* venir dos veces.

Teresa se empeñaba en poner a su analista en el mítico «lugar del saber» sobre si debía o no disminuir la frecuencia de las sesiones. Todo analista debía negarse a asumir ese papel simbólico: el saber no estaba en su persona sino en el inconsciente del analizado. Por ello, la analista desvió la atención hacia un detalle del discurso de Teresa:

—Hoy has dicho la palabra *obviamente* varias veces. ¿Qué crees que signifique?

—Es obvio —dijo Teresa con una sonrisa irónica.

Para una psicoanalista nada podía ser obvio, pero ella necesitaba a alguien para quien sí lo fuera, un interlocutor que no analizara constantemente lo que decía, que no lo cuestionara, que lo tomara por ventana translúcida hacia ella, Teresa, que también deseaba ya no escuchar por oficio, sino por cariño y curiosidad. No era el exceso de análisis lo que la fastidiaba, sino la ausencia de su contrario, palabras amigas, ingenuas, gratuitas.

—¿Cuándo nos vemos? —le preguntó la analista.

—El martes, como siempre.

Carmela volvió a casa tras dos horas de embotellamiento vehicular. Ya era tarde. Encontró a Paulina estudiando en la cocina. La reprendió por desvelarse. Cenó un plato de cereal. Se demoró lavándolo. Subió las escaleras al paso de un alpinista exhausto. Apoyó un costado de la cabeza en la puerta de Mateo para saber si estaba despierto. Siguió su camino. Halló a Ramón viendo las noticias, le preguntó cómo estaba, le pidió que apagara la tele, sacó de su bolsa el reloj de oro y lo puso sobre la cama sin ningún dramatismo.

—¿Por qué no me dijiste?

Ramón miró el reloj como si fuera un condón usado entre las sábanas de su hija. Le exigió a Carmela que se explicara.

—Le pedí a Leonardo que me dijera a qué vino a verte el otro día. El pobre no sabe mentir. No va a hacerla de abogado. —Tomó asiento en la cama, puso una mano sobre el pie izquierdo de su esposo—. ¿Para qué querías venderlo? Con eso no arreglamos nada.

Ramón tomó su cuaderno, lo abrió en una hoja nueva y escribió: *No deberías meterte en mis asuntos.*

—No tengo de otra, ¿o sí? El día que yo remate mis alhajas será porque ya no tenemos ni para comer. Hasta que no pase eso, prefiero saber que están ahí —señaló hacia el vestidor— y que pueden sacarnos de un apuro. Y no me has dicho para qué quieres ese dinero.

Para el notario y la escritura. Voy a donarte la casa antes de lo otro.

—¿Sigues con eso? No te voy a dar el divorcio, aunque me pongas el cuerno con Elodia. ¿Okey? ¿Y para qué me donas la casa? Tienes testamento, ¡y no va a pasar nada!

Ramón la urgió a devolverle la libreta.

En caso de que llegara a faltar, no quiero dejarles compromisos. No sabes de lo que Ernesto es capaz.

—Le vamos a ir pagando poco a poco. Ni vas a donarme tu parte de la casa ni vamos a firmar el divorcio, ¿okey? Tú vas a acabar las quimios y vas a seguir recuperándote. Tienes que decretarlo: voy a curarme. Y un día le vas a heredar ese reloj a tu hijo (el güey lo iría a vender, es un fachoso) y le vamos a contar del día que fuimos a comprarlo, de lo felices que estábamos los dos. ¿Te acuerdas?

Él asintió.

—Entonces no te pongas a rematar nuestros recuerdos. Y menos a mis espaldas. Ya tengo bastante con que allá fuera me traten como tonta, «pobrecita», la esposa del licenciado que no sabe litigar. Tengo a todo mundo en mi contra, incluyendo a tu secretaria, que es una pinche

misógina. —Ramón se sobresaltó al escucharla decir una grosería—. Sí: ya no aguanto a esa pinche vieja, pero como no puedo darme el lujo de liquidarla, me tengo que aguantar. Y luego viene Leonardo con la cola entre las patas y tengo que obligarlo a confesar. —Le voy a mandar un mensajito: gracias, maricón, por tu lealtad—. ¿Cómo quieres que me sienta? Ponte en mis zapatos.

Ramón aparentaba estar genuinamente contrito. Trató de hacer las paces con una broma.

Ya no te enojés. Ya entendí. Me pongo en tus zapatos, es más, me pongo tus tacones, pero vamos al juzgado. Es por nuestro bien.

—Mejor no vamos ni te pones mis tacones, acuérdate cómo acabó el día que te maquillé.

Elodia se persignó con singular vehemencia al salir de casa de los Martínez con un reloj de oro escondido entre los senos. Ramón la había convencido de ayudarlo diciéndole que con parte del dinero obtenido por la venta del reloj le pagaría todo lo que le debían y le compraría una jaula decente a Benito.

La misión de Elodia era viajar al centro en transporte público —Ramón carecía del efectivo necesario para mandarla en taxi— y volver a la casa antes de que los muchachos regresaran de la escuela.

Caminó a prisa hasta la parada de autobuses, sintiendo el roce frío del metal contra la piel acalorada bajo el sostén. El oro la imbuía de paranoia. Todos la miraban, todos sabían que debajo de su blusa había una deslumbrante joya de oro macizo. Se le cayeron las monedas cuando intentó pagar el viaje al conductor del microbús; se agachó a recogerlas con mucho cuidado, sin inclinar el torso, para que el reloj no se fuera a escurrir de su escondite. Tomó asiento junto a la ventana y aparentó quedarse dormida para ocultar su nerviosismo de los ladrones imaginarios que la acechaban.

Llegó a la terminal del metro sana y salva. Bajó las escaleras con extrema cautela, temiendo un accidente que amenazara la integridad del reloj. Se sentía, además de ansiosa y vulnerable, más guapa, más joven y más blanca, como si la presencia del oro en sus adentros la aproximara al ideal de belleza impuesto y anhelado por los conquistadores. El oro era el adorno favorito de los reyes, obispos y narcotraficantes; era la sustancia de los extremos: le gustaba tanto a Dios como a Satán.

Bajó del metro en el Zócalo. *Cuidado con los rateros en el centro*, le había advertido Ramón. Salió a la calle, frente a la catedral, temblando de miedo. Se persignó de nuevo. Sacó el mapa que Ramón le había hecho para llegar a la joyería donde debía vender el reloj. Analizó el croquis y con paso firme tomó la dirección equivocada. En la esquina de Correo Mayor y República de Guatemala se dio cuenta de que estaba perdida. Vio venir a una pandilla de drogadictos. Probablemente eran devotos de la Santa Muerte. Sintió un escalofrío. Si salgo corriendo, pensó, van a cacharme. Se quedó petrificada. Sentía que el oro gritaba «¡Aquí estoy!» en su pecho. Sintió

que la taquicardia iba a desacomodar el reloj. Tiesa como un soldado vigilante, esperó a que los maleantes pasaran frente a ella. No voltearon a verla.

Anduvo dos cuadras más tratando de orientarse. Le pidió direcciones a una marchante que la mandó de regreso al Zócalo por un callejón sombrío en el que un vendedor ambulante de paletas estuvo a punto de matarla de un susto. De vuelta en la Plaza Mayor pidió asesoría a un güero que se veía muy amable.

—Disculpe —le dijo al sujeto, que resultó ser un turista holandés—, ¿para dónde está Madero?

A pesar de que el turista hablaba un español muy rudimentario, pudo orientarla gracias a que contaba con una brújula y un enorme mapa del centro.

Llegó a la joyería sin contratiempos. Pidió hablar con el gerente; le dijo que venía de parte del licenciado Martínez y le entregó una tarjeta en la que Ramón describía pormenorizadamente los antecedentes de su relación con los dueños de la Joyería Tepeyac y le exponía su deseo de venderles el reloj.

—Lo traigo escondido —susurró Elodia—. ¿Me deja usar su baño?

Una vez a solas en el diminuto sanitario, Elodia tomó asiento en el excusado, se desabotonó la blusa y extrajo el reloj, que tenía guardado en una bolsa de súper para evitar que se empapara de sudor.

El joyero le pidió que lo esperara frente al mostrador mientras analizaba la calidad del oro.

—¿Adónde va? —preguntó desconfiada.

—A analizar el quilataje de la pieza.

Ramón no le había advertido que eso pasaría.

—¿No puede aquí?

—No, señora, pero no se preocupe. Ahorita regreso.

Elodia se quedó pensando en qué haría si el gerente no regresaba pronto, o si salía fingiendo demencia, como si no la conociera. ¿Qué haría si la engañaban? Su jefe parecía desesperado cuando le pidió ese favor, que tenía que hacer en secreto porque el dinero serviría para pagar «una sorpresa» para la señora. Esa historia le sonó muy rara a Elodia, pero la aceptó por respeto a su jefe y porque le urgía recibir los pagos atrasados que le había prometido. ¿A quién creería la policía, al gerente de una prestigiosa joyería o a una empleada doméstica que ni siquiera tenía credencial para votar? No sólo perdería su empleo, sino que la meterían a la cárcel, al penal de Santa Martha Acatitla, con asesinas y secuestradoras, mujeres rapadas, con tatuajes, mafiosas que extorsionarían a sus hijos a cambio de no hacerle daño.

—Le ofrezco cincuenta mil —dijo el gerente al volver al mostrador.

Elodia se estremeció al escuchar esa cifra. Ya sabía que iban a pagarle mucho, pero no tanto. ¿Y cómo iba a esconderse esa cantidad en el sostén? Tratando de ocultar su mortificación sacó su celular y marcó el número del licenciado. Ramón contestó la llamada y agitó una campanita para indicar que estaba escuchando.

Ella le habló en voz muy alta, como si además de mudo fuera medio sordo.

—¡Aquí estoy con el señor de la tienda! —cambió el grito por el susurro—. Dice que serían cincuenta mil.

Ramón le había indicado que daría un golpe en la mesa para indicar que rechazaba la oferta y dos golpes para aceptarla. Elodia se había memorizado el sencillo código repitiendo «un golpe, no, dos golpes, sí».

Ramón dio dos golpes firmes en la mesa.

—¿Entonces sí? —dijo ella.

Volvió a escuchar dos golpes.

—Está bueno. ¿Ahora sí me voy en taxi?

Dos golpes. Elodia se despidió y Ramón cortó la llamada.

En el camino de vuelta a casa, Elodia fantaseó con todas las cosas que podría haber hecho con el dinero que traía consigo: comprar una lavadora, una estufa con horno, un par de zapatos bonitos, una computadora nueva para sus hijos, calentador para la regadera y un sinnúmero de adornos para el cabello, su única vanidad.

Hipnotizada por los devaneos consumistas, Elodia se olvidó de indicarle al taxista que diera cierta vuelta a la izquierda, por lo que tuvieron que dar un largo rodeo antes de llegar a la casa. Se acordó entonces del pasaje del Evangelio donde Jesús decía que no se puede tener dos amos, Dios y el dinero.

—Ya llegué —anunció Elodia, triunfal, al entrar en la casa.

Ramón la esperaba con ansiedad. El encuentro fue anticlimático, pues en vez de entregarle el dinero de inmediato, Elodia tuvo que subir al baño de servicio a sacarse el fajo de billetes que traía escondido entre los pechos.

Cuando por fin tuvo los billetes en las manos, aún tibios por el contacto prolongado con el cuerpo de Elodia, Ramón se apresuró a contarlos. Hacía mucho tiempo que no sostenía tanto poder condensado entre sus manos. Desde el papel, decenas de sor Juanas y generales Zaragoza lo miraban adustos, indiferentes al mundano regocijo que iluminaba el rostro de su dueño. Con ellos Ramón hablaría de nuevo, dictaría, grandilocuente, su última voluntad.

Aldama leyó varias veces la ofensiva respuesta del director del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM. Comenzaba con un descuido imperdonable: se refería a él como «Estimado doctor Ladama», error que hubiera enloquecido a un hombre inseguro de su identidad viril, pero a él le molestaba el hecho de que su corresponsal no hubiera tenido el cuidado de releer la carta antes de enviarla y corregir esa errata debido al nulo criterio del autocorrector cibernético. A continuación, el célebre genetista se disculpaba por la tardanza de su respuesta con un chiste referido a sus trabajos con regeneración tisular: «Perdone que no le haya escrito antes, pero a veces tenemos que escoger entre abrir ajolotes o emails». Aldama habría disfrutado la agudeza del comentario en otras circunstancias, pero en ésta le pareció una muestra descarada de la poca importancia que su interlocutor le concedía.

Sin ningún otro preámbulo diplomático, el investigador le informaba que el único interés «del Instituto» en células cancerosas se relacionaba con el estudio de telómeros, extremos protectores de los cromosomas, tapas del libro genético destinadas a proteger los cuadernillos hereditarios durante la división celular. Así como el manoseo y el roce contra otras superficies deterioraba la portada de los libros, el ajetreo de la meiosis erosionaba los telómeros y aceleraba el envejecimiento celular. En ocasiones la carcinogénesis involucraba la reactivación de la enzima telomerasa, capaz de reparar los telómeros después de cada división. De ese modo, las células cancerosas eludían el desgaste natural y se conservaban eternamente jóvenes.

El hecho de que el genetista describiera los telómeros con tanto detenimiento demostraba que no confiaba en los conocimientos fisiológicos de un oncólogo clínico como Aldama, lo cual representaba una afrenta peor que las anteriores. Sin embargo, lo que más lo enfureció al leer la carta fue enterarse de que Luis Ramírez, el patólogo que lo había animado en un principio a involucrarse en la investigación, lo había utilizado únicamente para lograr sus fines personales: «Dado que el Dr. Ramírez ha manifestado su interés de integrarse desde su Laboratorio a nuestra investigación con telómeros, utilizando la línea celular de su paciente y otras con las que trabajan, estamos seguros de que será de provecho tanto para su Instituto como para el nuestro». El miserable Ramírez había «manifestado su interés». Nunca le habían importado los oncogenes propios del rhabdomyosarcoma; lo que en verdad codiciaba era una cepa de células que segregaran telomerasa, tal como lo hacían los rhabdomioblastos de Ramón. Lo demás, incluyendo la participación de Aldama, era un accesorio provisional. El genetista concluía su mensaje con un juicio lapidario: «No se podría demostrar ni siquiera una correlación entre alelos de FOX01

asociados con la obesidad hereditaria y la oncogénesis de un tumor tan inusual. Francamente no creo que funcione su hipótesis de trabajo».

Además de sentirse engañado por Ramírez, Aldama se sentía avergonzado por la candidez científica de sus ideas, puestas en ridículo por un investigador falto de tacto. Al final, los murmuradores estaban en lo cierto: su incursión en la genómica era un dislate senil. Condenó su propia arrogancia: los médicos debían contentarse con no faltar a su misión hipocrática y cobrar en el intento pingües honorarios. Las dichas paralelas de salvar vidas y cobrar fortunas saciaban a la mayoría de los oncólogos, pero no a él. Como enunciado de lo que sentía por la investigación científica, evocó un pasaje de san Agustín que rezaba *Tarde te amé, belleza tan nueva y antigua, tarde te amé*. Tarde amó los microscopios y los espectrómetros. Tarde amó la elegancia helicoidal del ADN. Tarde sintió la conmoción de acechar mutaciones fundamentales que explicaran *de profundis* las causas de la vida, no sólo de sus extravagancias oncológicas, sino de la evolución misma a lo largo de las eras, desde el remoto caldo primigenio hasta el bípedo astuto que se mira a sí mismo y se cree superior a su propia naturaleza.

Aldama aceptaba con estoicismo que nunca llegaría a saber qué había provocado el cáncer de Ramón Martínez, una estirpe bizarra de células musculares que había sorteado ocho ciclos de quimioterapia agresiva y dos meses de radiación.

También los rhabdomioblastos se habían burlado de Aldama: cubrían de musgo los pulmones, de coral el arrecife de la columna lumbar. ¿Dónde más anidarían en ese momento? Cuando le comunicó la noticia de que ya no había forma de curarlo, de que las metástasis seguían avanzando, el paciente pareció sentirse aliviado, como si la terapia oncológica hubiera servido para convencerlo de que, en su caso, el diagnóstico más feliz era el desahucio. La señora Martínez, por el contrario, había reaccionado con preguntas airadas que, más que pedir información, lo acusaban de ser un incompetente. ¿Cómo era posible que, después de un tratamiento tan prolongado y abrasivo, el médico se limitara a señalar en las radiografías torácicas las zonas blanquecinas donde el cáncer prosperaba? Aldama trató de explicarle que sin la quimioterapia su esposo probablemente no habría sobrevivido ni dos meses. No obstante la inusual virulencia del sarcoma, el paciente seguía vivo casi un año después del diagnóstico. El tratamiento había sido bastante exitoso, dadas las circunstancias. Entonces, la señora Martínez había preguntado, en tono desafiante, por los avances de la investigación con las células del tumor original. Todo fue una trampa, le hubiera gustado decirle, para usar los tejidos de su esposo en un proyecto sobre envejecimiento celular. Esa búsqueda de la fuente de la eterna juventud genética dará frutos dentro de muchos años, cuando ya no le sirva de nada a su esposo ni a mí, que estoy a punto de retirarme y pasar al olvido. Atendí a cientos de pacientes y curé a muchos de ellos, pero me sobran dedos en la mano cuando intento contar a los que me recuerdan con gratitud.

Le respondió que las investigaciones celulares habían sido de utilidad para diseñar la quimioterapia gracias a la que, subrayó de nuevo, la sobrevida del paciente se había prolongado por lo menos un año. Sin hacer más preguntas, la señora Martínez comenzó a llorar sobriamente.

El paciente la consoló con ternura. Aldama tuvo oportunidad de observarla. Había tratado con decenas de familiares y sabía juzgar su carácter. A lo largo del tratamiento, la señora Martínez había demostrado ser una mujer templada. Muchos maridos y esposas de pacientes eran dramáticos, escandalosos, demandantes. A pesar de las circunstancias, querían ser el centro de atención. Ella no: había acompañado con discreción a su esposo a decenas de consultas, lo había esperado muchas horas afuera de la sala de quimioterapia, había hecho larguísimas filas para donar sangre, para recoger resultados de laboratorio, para entregar pruebas de orina. Nunca había dado muestras de ser religiosa ni optimista, esa forma laica de ser supersticioso. Se había comportado de una manera que sólo podía juzgar como paradigma de civilización. Su enfado era comprensible: ella había puesto todo de su parte y el médico la había defraudado. Sin embargo, no le correspondía disculparse como el gerente de un hotel con un huésped insatisfecho. La medicina era un oficio rudimentario, en gran medida intuitivo, del que no podían esperarse resultados impecables.

Muchos creían que el progreso científico terminaría por domesticar el cáncer y convertir la oncología en una especialidad tan burda como la ortodoncia. Los pacientes irían al tratamiento cerebral para un astrocitoma con el mismo desenfado con el que iban a sacarse una muela picada. Pero Aldama no auguraba que la bonanza del mundo civilizado duraría lo suficiente como para que ese paraíso oncológico llegara a ser realidad.

—¡Culeeero! ¡Culeeero! —empezó a gritar el loro cuando intuyó que Ramón estaba a punto de volver a casa. Elodia, que era la única que atestiguaba las profecías cotidianas del loro, nunca dejaba de contarle a Ramón sobre ellas, y no dejó de hacerlo en esa ocasión.

—Estaba lavando allá arriba cuando oí los gritos del Benito. «Ya va a llegar el licenciado», dije, y rápido me bajé a servirle un vaso de horchata porque me imaginé que iba a traer sed con el calor que hace.

Se lo agradezco, pensó Ramón, y salió a visitar a Benito, que celebró la llegada con gritos aún más obscenos. La nueva jaula del loro era el equivalente psitácido de una mansión hollywoodense: cuatro metros cúbicos de espacio, seis perchas de caoba a distintas alturas, una escalera de metal que daba a un balcón, un columpio suspendido, estanque con islote y palmera miniatura, dispensador automático de comida, cubierta nocturna termoaislante y cajón de limpieza rápida en la base. Un par de guacamayas habrían vivido cómodamente en esa lujosa residencia, que cubría la mayor parte de la mesa de jardín.

¿No te da vergüenza, le preguntó Ramón a Benito, saber que ya no vives como el presidente Juárez sino como el pinche emperador Maximiliano? Que era muy humanista y que la madre, ¿para qué anda de metiche? La palabra *metiche* era una de tantas reliquias léxicas que estaban invadiendo el mudo soliloquio de Ramón. Estas antigüedades, provenientes del vocabulario materno, nunca habían figurado antes en el habla del hijo. Pero la densa corriente del silencio removía el lecho de la memoria y sacaba a la luz palabras desusadas como *chambón*, *triques*, *merienda*, *lagartona*, *colación* y *petacas*. De acuerdo con Teresa, la exhumación de esas voces era signo de que su mente había emprendido una auditoría del pasado en busca de documentos que dieran cuenta de la situación actual. «Lo que más deseamos en esta vida —le había dicho la analista— es entender por qué.»

Hoy me sacaron el catéter del pecho, le contó Ramón a su amigo. Como ya no van a ponerme quimios, ya no hace falta. La doctora de cuidados paliativos quería dejármelo puesto para meterme por ahí los analgésicos, pero yo les pedí que me lo quitaran so pretexto de que me daba comezón. No me quiero morir con un tubo metido en el pecho. Me da no sé qué. Pero está cabrón el dolor de las piernas. Como el tumor me está prensando los nervios de la columna, haz de cuenta que tengo ciática en las piernas. Al rato me ponen fomentos de agua caliente y se me desinflama, pero ahorita que veníamos en el coche no sabes qué suplicio, en cada tope sentía que me arrancaban un huevo. Yo luego me cuestiono qué harían en la prehistoria cuando les salía un tumor. Ya estuve buscando con mi hija en el internet si había cáncer hace miles de años y resultó que sí,

que hasta a los dinosaurios les daba esta chingadera. Pero ahora precisamente a los leones marinos les está dando cáncer en los huevos por el agua contaminada. No me acuerdo de dónde, pero en Estados Unidos. ¿Y sabes dónde hay más cáncer? Tere dice que en Canadá, por tanta cosa artificial. Para ella, con que algo sea natural es bienvenido. Hasta el veneno de alacrán dice que es bueno. Y la hierba, eso sí, qué rico se siente, es la verdad. ¿Y qué chingados? El médico me manda unos menjurjes de opio que al fin y al cabo son la misma chingadera que se metían los chinos, pero eso sí, son con receta y cuestan un ojo de la cara. Tere me dijo que la marihuana no le cuesta, que a ella se la regalan por ayudar. ¿Quién se la regala? ¿Para qué? Hay algo raro. Acuérdate de mí: nadie te regala nada en esta vida. Pero me la ensalzó tanto que acepté. Sacó un aparatito que parecía un radio que en lugar de la antena traía un popote y me dijo que le diera el golpe por ahí, como un cigarro. No es humo, me dijo, es vapor. No sentí nada. Que le diera otro golpe. Se lo di. Cinco minutos. No lo vas a creer: se me paró. Ya casi ni me acordaba de qué se siente una erección. Estaba raro, pero luego la espalda, que me estaba doliendo un chingo, se me pasó. Nada de dolor. Para esto ya estaba medio pedo, me hormigueaba la cara, todo se me iba muy lento. Y te juro que me puse caliente, no por la doctora, pobre viejita, caliente en general. Y no me dolía. «¿Cómo te sientes?», me dijo. Nada más le hice así con el dedo: muy bien. Si alguien me hubiera dicho hace veinte años que yo iba a estar drogado, le hubiera dicho: estás loco, de ninguna manera. Pero mírame. Algo me preguntó, ya no me acuerdo. Bajé la vista al teclado para responderle y haz de cuenta que las teclas hablaban. Una cosa rarísima. Me quedé apendejado viéndolas. Cada una sonaba: aaaa, teee, erre, uuuu. Cuando volteé ya estaba acostado en el diván, muy a gusto. Me trajo un vaso de leche y me dijo: «tómatalo». Carmela ya me estaba esperando afuera y ella le había dicho que yo me había dormido un ratito porque me sentía un poco mal. Salí muy serio y ella ni se enteró. Tere me dijo que si quiero puede darme para que la use en casa. ¿Te imaginas, Benito, drogándonos aquí? Ni madres, no me van a cachar fumando mis hijos. ¿Qué ejemplo les voy a dejar si el último recuerdo de su padre es verlo pacheco? No, pero la próxima semana que vaya a su casa sí le voy a pedir... Capaz que es la última. Ya hice la cesión de propiedad de la casa, ahora nomás falta que tengamos los papeles del divorcio. Ahora que Carmela ya aceptó que ya me voy, no me lleva la contraria. Un día me preguntó si quería que le hablara a Ernesto para avisarle y le dije que por ningún motivo. No quiero que ese pendejo se entere hasta después. Que vaya al funeral a llorar por su dinero, eso sí. Carmela no me la hizo de pedo con eso. Y aproveché para insistirle con lo del divorcio. No quiere porque le da vergüenza, qué van a pensar. ¿Quiénes?, le pregunté. Dice que va a quedar registrado. Pues sí: en el acta de defunción se asienta el estado matrimonial. ¿Pero qué importa? ¿Quién se va a enterar? «¡Los niños!», me dijo. Vamos a explicarles, le dije, no tenemos nada que ocultar. No quiere. Mateo está a punto de reprobar el año y la nena no quiere comer, está deprimida. Llévala a terapia. ¿Con qué dinero? Yo creo que Tere nos apoyaría sin cobrar. Esa vieja es legal. Le pedimos que nos ayude a explicarles lo del divorcio. «¡Ya no me hables de eso!», gritó. Pero quiero irme tranquilo, le escribí. «¿Y yo cómo voy a quedarme?», me preguntó. Si hubiera podido hablar, me habría

quedado callado... La entiendo, Benito, pero si Ernesto se arregla con el juez y saca una orden de embargo, se los puede chingar. Ese dinero que me prestó no se lo ganó honradamente. Lo hizo chingándose a sus proveedores y a sus empleados. Yo lo defendí en sus tracaladas. Es un mafioso, el animal. Y no es que yo sea socialista, pero a un patrón como ése alguien se lo tiene que chingar.

Benito se columpiaba con vehemencia, de tal suerte que parecía aprobar los planes de Ramón asintiendo con la cabeza una y otra vez.

El celular de Aldama sonó a las once de la noche. Era lunes. Después de la cena se había retirado a escuchar música en su estudio. Las dos copas de vino que había bebido lo inclinaron a buscar entre sus discos la expansiva suite *Masquerade* de Aram Jachaturián. El aborto de su investigación genética al menos le había devuelto las preciosas horas nocturnas que dedicaba a la melomanía, único tiempo que podía denominar *libre* en toda la extensión de la palabra.

—Perdón por llamarle a estas horas —le dijo la señora Martínez—, pero hoy tuve que quedarme hasta muy tarde en la oficina y al llegar a la casa encontré a mi esposo muy mal, tirado en el suelo junto a nuestra cama.

Aldama sentía una profunda nostalgia por el *beeper*, un aparatito finisecular que servía para recibir telegramas electrónicos antes del apogeo de los teléfonos celulares. Si alguien quería comunicarse con él tenía que llamar a una operadora que transcribía el mensaje, pedía nombre y teléfono, y lo enviaba al *beeper* del destinatario: «Doctor, volvió el sangrado. ¿Qué hacemos?», «Vómito y diarrea, no sé si sea urgencia», «Llamaron del hospital. Falleció la sra. Ibáñez. Atte. Sara». Los pacientes y familiares nunca se habían expresado con tanta concisión y llaneza como en la década maravillosa del *beeper*.

—Dígame, ¿qué pasó?

—Se había parado para ir al baño, pero no pudo dar ni tres pasos. Tuvo un calambre espantoso y pues ya no llegó al baño..., le tuve que cambiar la ropa y luego desperté a mi hijo para que me ayudara a subirlo a la cama. Ya le di un tramadol, pero no se le quita.

—¿Le dio una cápsula?

—Así es. Y ya le habían dado otra en la tarde, aparte del dolac.

—Está bien. Dele ahorita otra pastilla de tramadol y pida a la farmacia celebrex de doscientos miligramos. Cuando llegue el celebrex le da una pastilla y otra de dormicum. Con eso esperemos que duerma.

—¿Me puede repetir el nombre de la pastilla?

—Ce-le-brex, con equis. Mañana vaya a mi consultorio a partir de las diez y le dice a mi secretaria que viene por una receta de parches analgésicos. Ella le dará las instrucciones para aplicarlos.

—Muchas gracias. Yo mañana estoy por allá.

—Ándele. Y dígame a su esposo que no se preocupe: verá que los parches son una maravilla.

Se despidieron.

Aldama se quedó pensando en que, una vez colmados de opio, los nervios del paciente

callarían. Ya no agobiarían a la conciencia con informes incesantes sobre el estado funesto de la nación. Porque eso era el dolor: conocimiento. Por eso había personas flagelantes: tan grande su vacío, tanta ignorancia, que incluso aquel saber les agradaba. Y también por eso mismo tantos adictos a la heroína: su mundo era tan adverso que su única manera de conocimiento era en el dolor. Su esposo, le hubiera querido decir a la señora Martínez, sabe demasiado bien lo que sucede, por eso mismo sufre, por eso mismo grita, ¿ha visto alguna vez *Suicidio colectivo*, el cuadro de Siqueiros que está en el Museo de Arte Moderno de Nueva York? Se lo recomiendo ampliamente, pues retrata aquello que pasa adentro de su esposo ahora mismo.

En silencio se sirvió un vaso de whisky. Ya era demasiado tarde para seguir pensando en la consulta o para retomar la audición del fogoso Jachaturián. Había que relajarse y qué mejor para ello que la cantata número 82 de Johann Sebastian Bach, interpretada por la mezzosoprano Lorraine Hunt. Ella había muerto de cáncer de mama hereditario en 2006. Su esposo, el compositor Peter Lieberon, de linfoma en 2011.

La música asociada con el cáncer causaba un interés particular a Aldama. Había dedicado mucho tiempo a escuchar la obra completa de Brahms, que probablemente murió de cáncer de hígado o páncreas. Cuando supo que el director Claudio Abbado había padecido cáncer de estómago, adquirió todos sus discos y se puso a buscar contrastes entre las grabaciones previas y subsecuentes a la enfermedad. También había mandado a traer de Londres la obra *Metástasis* de Iannis Xenakis, que resultó ser un bodrio de música «estocástica».

Sacó el disco de Jachaturián del aparato e introdujo el de cantatas grabadas por Hunt. Aunque la voz de la cantante era, por lo general, demasiado operística para la música de Bach, Hunt encarnaba de manera convincente el drama psíquico de Simeón, el personaje bíblico encarnado en la cantata. Acaso el cáncer, que ya había acabado con la vida de su madre y su hermana cuando grabó ese disco, le había dado a la mezzosoprano una madurez perfecta para la obra, basada en un episodio evangélico de inusual ternura: José y María llevaban al niño Jesús a presentarlo en el Templo, donde el viejo Simeón reconocía en él a su Mesías y, sosteniéndolo entre los brazos, cantaba «Ya tuve suficiente»: *Ich habe genug*. Era una mezcla que Aldama reconocía: hartazgo y plenitud.

—*Ich habe den Heiland, das Hoffen der Frommen, Auf meine begierigen Arme genommen.* — Tengo al Salvador, esperanza de los piadosos, lo estrecho entre mis anhelantes brazos—. *Ich habe genug...*

Mientras la voz de Lorraine Hunt domaba el áspero alemán, Aldama tarareaba la hermosa melodía.

—*Nun wünsch' ich, noch heute mit Freuden, von hinnen zu scheiden.* —Por eso, hoy mismo, con alegría, me despediría de este lugar.

Simeón era viejo, estaba cansado. El peso de los años se acentuaba ante la fresca levedad del niño. Cantaba como diciendo: «Jesús, ahí te encargo este mundo. Yo me retiro a dormir».

—*Ich habe genug.*

Aldama saboreó el final del aria con un trago de whisky. Silencio. La obra continuó con un recitativo fervoroso:

—*Ach! möchte mich von meines Leibes Ketten Der Herr erretten!* —¡Ay! Ojalá el Señor pudiera liberarme de la esclavitud de mi cuerpo.

La cantata era también un curso propedéutico para la muerte. Otra pausa. Otro trago de whisky. Llegó el aria final:

—*Ich freue mich, auf meinen Tod...* —Me alegro de mi muerte. ¡Ay!, ojalá ya hubiese llegado. Escaparía del dolor que me encarcela en este mundo.

Solamente un fanático luterano podría haber escrito una música tan festiva para una celebración de la muerte. ¿Qué mejor manera de adoctrinar a un enfermo terminal que con esa música persuasiva? Aldama quería que esa cantata, en esa versión, lo acompañara a la hora final.

Cuando Simeón cantó con Jesús entre los brazos, el niño ignoraba su futuro en la cruz. De haberlo sabido, habría berreado de espanto. Aldama recordaba del catecismo que Jesús sí lo supo, al menos, la noche anterior a la captura, en el huerto de Getsemaní. ¿Por qué no huyó a Galilea como tantos rebeldes habían hecho después? La pasión de Cristo, con tantas estaciones dolorosas, fue una suerte de posgrado en anatomía. Llegó a saber tanto del dolor que pudo resolver el problema de la muerte. Tanto dolor, tanto conocimiento: de ahí que pudiera al tercer día levantarse de la tumba, descansado, y marcharse de ahí. ¿Por qué no se quedó en cuerpo y alma a luchar por la vida eterna en la Tierra? Tal vez en el dolor había previsto que aquello era causa perdida, que nadie estaría dispuesto a sufrir —a aprender— lo necesario para dejar de ser hombre y empezar a ser dios.

«Ya tuve suficiente», habrá pensado Jesús en arameo antes de disiparse.

«Lamentamos informarle que los humanos ya hicieron metástasis al Congo, Siberia, Borneo y Amazonas.»

¿Quién será el oncólogo del mundo?, se preguntó Aldama antes de apagar la luz e irse a dormir.

—*Ich habe genug.*

Después de dos semanas sin ver a Ramón, Teresa recibió un mensaje suyo: «Sigo con problemas en las piernas. Buenas noches. Servirá lo que platicamos para la inflamación? Lic. R. M». Ella le respondió de inmediato que sí serviría y que con gusto le llevaría la «medicina» a su casa al día siguiente. Estaba acostumbrada a usar eufemismos para referirse a la marihuana con sus pacientes, pues casi ninguno se sentía cómodo ante esa palabra tan cargada de mitos, oprobios y prejuicios clasistas. Le gustaba el nombre científico, *Cannabis sativa*, le parecía femenino y sugerente, pues asociaba el término *sativa* con la satisfacción y también con la sabiduría, dos estados mentales que le parecían muy afines.

Como Ramón no estaba en condiciones de fumar porros ni adquirir un vaporizador, decidió preparar galletas de marihuana que podría ablandar con leche y comer sin llamar la atención de su familia, a quien no quería informar del nuevo tratamiento. Para empezar, vertió en una sartén una barra de mantequilla ranchera y dos cucharadas de marihuana finamente triturada. Una vez que la mantequilla se hubo derretido, revolvió los ingredientes hasta que el líquido adquirió un intenso verdor pistache. En un recipiente de vidrio batió dos yemas de huevo, una clara, una taza y media de harina y una cuchara de levadura. Después agregó media taza de azúcar y otra de chocolate en polvo con el único fin de ocultar el sospechoso color de la masa. Por último sirvió la mantequilla *sativa*. Cuando la masa estuvo lista, formó quince galletas con las manos, las acomodó en una charola de metal y las metió en el horno precalentado a ciento ochenta grados Celsius. El calor las masajeó quince minutos, las hinchó y deshidrató, doró sus bordes. Lucían tan bien que Teresa no pudo resistir la tentación de comerse una. Se sentó con un libro de pinturas surrealistas a disfrutar de los efectos visuales de la galleta. Después de hojear el libro un buen rato, Teresa se masturbó ahí mismo y tuvo un orgasmo acompañado por un tapiz casi epiléptico bajo los párpados: mangos, limones y duraznos por doquier.

A la mañana siguiente se levantó con una ligera resaca. Le costó trabajo sortear las sesiones matutinas. Después de comer, espabilada por un café expreso, salió rumbo a casa de Ramón.

La trabajadora doméstica la recibió con desconfianza, como si se tratara de una inspectora de salubridad que iba a juzgar los cuidados que le brindaba al paciente. La condujo hasta el estudio, donde Ramón estaba viendo televisión con sus hijos adolescentes, que tuvieron que hacer un gran esfuerzo para saludarla amablemente. Tenían una apatía propia de filósofos nihilistas o guardias de museo municipal.

A señas, Ramón les pidió que los dejaran solos. Ya tenía unas líneas escritas en su cuaderno y se las dio a leer: *Te agradezco mucho que hayas venido. Como ya te comenté mi esposa por*

teléfono, esto ya no tiene remedio. El motivo por el que te pedí aquello es que la otra vez sentí mucho alivio al tomarlo, sobre todo al caminar, porque me está costando mucho trabajo. Los medicamentos que me han dado sirven para apagar el dolor en sí, pero no me quitan la molestia. No sé si me explico. En fin. Quería agradecerte en persona todas tus atenciones. Ha sido un gusto conocerte.

Teresa le respondió que no se iba a librar de ella tan fácil. Ramón sonrió, halagado por la broma.

—Vamos a ver qué te parecen estas galletas —le propuso ella—. Te van a durar unas dos semanas. Luego te traigo más, ¿qué te parece?

Sus ojos le pidieron que no fuera ingenua. Ella alegó que las galletas podrían tener efectos insospechados. Luego cambió de tema.

—¿Me presentas a tu perico?

Ramón se levantó con dificultades. Salieron al jardín y el loro le robó unas carcajadas con sus vulgares piropos. Ella recordó en voz alta que su abuela había tenido uno muy parecido. Agregó que su abuela le había enseñado a hornear postres. En esa fase de la relación con el paciente ya no importaba que ella conservara una figura opaca. La tanatología no era un proceso psicoanalítico, se trataba de una asesoría en el luto, una profesionalización del consuelo que toleraba cierto grado de intimidad.

Regresaron al estudio. Allí, le pidió que escribiera cómo estaba lidiando emocionalmente con el dolor. Ramón dio señales de no entender a qué se refería. Le preguntó si le pedía a su familia que lo apapachara, si se desahogaba con ellos, si se consentía de algún modo.

Ya bastante difícil la tienen con todo esto. Y yo estoy muy resignado. Esto ya no es vida. Van a descansar cuando me vaya.

—No, Ramón —le dijo con seriedad—, van a extrañarte, les vas a hacer mucha falta. ¿Y sabes qué es lo que va a ayudarlos a seguir adelante? Sentir que tuvieron momentos de conexión contigo. Que llegaron a conocerte y tú a ellos. Yo sé que tal vez sientas que eres una carga para ellos, que lo mejor sería que... ya. Pero todavía tienes algo muy importante que hacer por ellos. Despidete sin prisa, enséñales a despedirse. Aunque nadie nos lo dice, eso también se enseña. Mi abuela nos lo enseñó a todos. Mandó a traer al sacerdote y mandó a traer los dulces que le gustaban al sacerdote para recibirlo. Nos regaló algo a cada uno. Nos dijo algo especial a cada uno. Fue una conferencia magistral la forma en que lo hizo. Tú me has dicho lo importante que es para ti dejarles un patrimonio. Pues así como se les educa a los niños a saludar y a despedirse, enséñales. A los hijos no se les puede dejar a medio curso de la vida porque luego ellos cómo van a saber... Piénsalo. Y mándame un mensaje para saber si te gustaron las galletas. ¿Okey?

El diálogo era una partida de ajedrez sobre un tablero infinito. Había tantos peones como palabras, tantos alfiles como preguntas, caballos como promesas, torres como insultos. Había un rey muy importante que sólo servía para esconderse del jaque definitivo. Era un monosílabo

inmenso y cada uno de sus escapes era un no. Había una reina poderosa y vulnerable que se jugaba la vida en cada movimiento. No había jaque más hermoso que el suyo. Sí.

Los parches y las galletas sedaron los anhelos desertores del dolor. Colmado de analgésicos y confundido por las palabras de Teresa, Ramón pospuso los trámites de la muerte anticipada. Fue perdiendo el control de las piernas. Tenía rachas de tos cuyo sonido asemejaba una bolsa de palomitas de maíz estallando en el horno de microondas.

Cuando Carmela entró a la casa empujando una silla de ruedas vacía, Ramón vio a su propio fantasma, lúgubre y transparente. Fue una visión ultrajante. No me voy a sentar en esa chingadera, pensó, y en efecto no lo hizo, pues quien hubo de sentarlo en ella fue Antonio, el hijo de Elodia, que a cambio de una magra propina aceptó acudir todas las mañanas a cargar al licenciado de la cama al baño y del baño a la planta baja, donde lo dejaba instalado en la silla de ruedas. Por las tardes volvía a realizar la secuencia invertida. Comparado con los costales de grava que Antonio cargaba desde muy joven en obras de albañilería, Ramón era un bulto ligero y ergonómico. La facilidad con la que ese muchacho lo llevaba de un lado a otro agudizaba la sensación de inexistencia que Ramón experimentaba.

Ya lo estuve pensando, le dijo a Benito, y no hay otra manera que sea cien por cien segura. Me tengo que dar un plomazo. Así se mató un cliente que yo tenía. Lo ahogaron las deudas, su esposa se cogió a su maestro de tenis, su hija se había muerto en un choque en la carretera. Se encerró en su oficina y se dio un tiro. Le voy a escribir a Carmela: llévame al despacho que quiero sentarme en mi escritorio. No voy a matarme aquí para que luego tengan que mudarse por el mal recuerdo. Voy a ir al despacho con mi portafolios, dízque para llevarme unos documentos. Ahí voy a meter la pistola. Les voy a pedir que me dejen solo en mi oficina, junto a mi escritorio, frente a mi título de abogado, mis fotos enmarcadas. Quiero que ahí esté Leonardo para cuando me encuentren. Quiero que oigan el disparo antes de verme. Eso es importante para que no sea tan traumático. Porque si se lo imaginan antes de verlo será menos fuerte. Y me voy a poner algo en la cabeza. Una funda de almohada, un suéter para que no vean cómo quedé. El pedo es alcanzar la llave para abrir el cajón de la pistola. La tenemos escondida en el techo del clóset, y obviamente ya no puedo subirme a un banco para bajarla. La pinche ley dicta que el auxilio al suicidio puede ser penado con dos a cinco años de cárcel. Y eso es nomás si el auxilio es indirecto, porque si es por cooperación ejecutiva, o sea que alguien te inyecte alguna cosa o te dé un tiro, la pena es mucho peor. Pero si uno firmara de consentimiento, ¿qué chingados le importa al Estado si alguien te ayuda?

Y de nuevo fue Elodia la escogida. Una mañana, Ramón pidió que lo dejaran en su cuarto porque no tenía ganas de bajar. Una vez que su esposa y sus hijos se habían marchado, tocó la

campana.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó Elodia, jadeando por el esfuerzo de subir las escaleras corriendo.

Ramón había redactado las instrucciones previamente.

Lléveme al vestidor por favor. Súbase al banquito y alcánceme una llave que está arriba del clóset, en la orilla del lado derecho. No le vaya a comentar a la señora, ya ve cómo se puso con lo del reloj.

—No me diga que quiere vender otra cosa a escondidas.

Ramón la fulminó con la mirada. Ella obedeció. Subió al banco y empezó a buscar la llave con la mano. Se oyó un leve tañido, un minúsculo golpe de metal contra madera. Ahí está, pensó Ramón, pero Elodia seguía palpando la repisa.

—No está —dijo Elodia con su tradicional ineptitud para la mentira.

La acabo de oír, bramó el pensamiento de Ramón. Elodia se giró hacia él y halló a un energúmeno que le indicaba con un brazo frenético que siguiera buscando.

—Mire cómo me quedó la mano de polvo —dijo ella, fingiendo demencia—, al rato vengo a sacudir. Seguro que aparece entonces.

Ramón insistió. No se baja de ahí hasta que me la baje, si la acabo de oír, vieja mentirosa. Bájela. Ya sé que ahí está la llave. La oí ahorita mismo.

—¿Para qué la quiere? —preguntó Elodia.

Qué le importa, pinche vieja igualada, siga buscando. Voltéese y busque.

—Cálmese, ahorita la encontramos —dijo Elodia mientras empezaba a buscar con diligencia exagerada—. Nomás pelusas. ¿No la habrá movido la señora?

Ramón negó con la cabeza y se señaló el oído para indicar que escuchó el sonido de la llave.

—¿Quiere que le hable a su celular?

No, pendeja, si no puede enterarse. Oí que ahí estaba. No quiera engañarme.

—Oiga, se me van a quemar los frijoles. Déjeme ir a bajarle a la lumbre.

Ni madres. No sale de aquí hasta que me la entregue, vieja traidora. Seguro Carmela habló con usted. Sígame buscando, a ver quién se cansa primero.

—Se ha de haber caído. Le digo que no está.

Mentiras. Voy por mi cuaderno. Se lo voy a escribir con todas sus letras, no me va a traicionar. Ramón quitó el freno a la silla y empezó a mover las ruedas hacia atrás. Elodia se apresuró a bajar del banco.

—¿A dónde lo llevo?

Necesito mi cuaderno.

Lo acercó al buró donde había dejado el cuaderno y sus plumas.

—Voy corriendo a apagarle a los frijoles —dijo Elodia mientras Ramón escribía—. Ahorita vengo.

Ramón la tomó de la muñeca. No se va a ningún lado.

—No se ponga así.

No me mienta. ¿Qué le dijo mi esposa?

—¿De qué? —dijo Elodia, tan nerviosa por mentir que transpiraba copiosamente.

Ahí arriba está la llave, ahorita la oí.

—Ha de haber sido otra cosa. Una bolsa de la señora que moví.

Júreme por Dios que no la encontré.

—Jurar es pecado. Ahorita la sigo buscando, pero déjeme apagarle a los frijoles. No sea malito. Se me van a quemar.

Ramón no cedió.

Acuérdese de lo que he hecho por usted y por su familia. Me está traicionando. Le suplico que no me traicione a estas alturas. Véame cómo estoy.

—¿Cómo no me voy a acordar? Le estoy muy agradecida, es que... —estaba al borde del llanto — no está, señor, no está.

Ésta seguro ha husmeado en el cajón. No es tonta. Ya sabe.

Ramón cambió de estrategia. Juntó las palmas de las manos en señal de súplica. Se mostró vulnerable.

Elodia empezó a llorar. Se enjugó las lágrimas con el delantal.

Ramón señaló de nuevo hacia el clóset, lastimero.

—A ver, vamos —dijo Elodia, aparentemente derrotada.

Subió al banco de nuevo y volvió a recorrer la repisa con la mano, los ojos ciegos por las lágrimas y el flujo nasal bañándole los labios. Se detuvo en el punto donde la llave había tintineado antes. Ramón sabía que ahí estaba, que los dedos de Elodia tocaban en ese momento la pieza metálica, lo único que necesitaba para sacar la pistola y acabar el suplicio. Apúrese, gimió, agárrela.

Elodia retiró la mano abierta, vacía; bajó el brazo, descendió del banco temblando de vergüenza. Llorando. No lo miró a los ojos.

—No está... Le juro que no.

Paulina se llevaba sustos fúnebres cada vez que encontraba a su padre dormido con la cabeza torcida en una postura extraña. Desde que estaba conectado día y noche a un respirador artificial, era imposible averiguar si estaba vivo a partir del aliento. Había que fijarse en señas más delicadas: el temblor onírico de los párpados, el color rojizo de las uñas, el pulso de una arteria contra la piel del cuello o la muñeca. De ese modo, la hija aprendió a mirar a su padre con una aprehensión tan minuciosa que a veces se distraía de las clases aburridas dibujando detalles del rostro o las manos de Ramón.

Una mañana de domingo que Carmela había salido, Paulina entró a ver a su padre y lo encontró dormido en la cama con una caja de galletas abierta en el regazo. Se acercó a él, cautelosa, y en vez de revisar como siempre los signos vitales, oteó las galletas, se le abrió el apetito y acercó lentamente una mano ladrona a la caja de metal.

La galleta de chocolate tenía un regusto de epazote. Seguramente se trataba de una receta naturalista. No obstante el saborcillo extraño, Paulina se comió otra. No le supo tan mal como la primera. Sintió un cosquilleo agradable en la lengua, una especie de efervescencia como si hubiera tomado un refresco muy frío.

A los veinte minutos empezó a sentirse mareada. Creyó que el malestar era un castigo divino por el hurto de las galletas. Comenzó a experimentar una culpa lacerante, en cámara lenta, y contempló la posibilidad de inducirse el vómito del pecado. Pensó buscar a Mateo para no sentirse tan sola en el malestar, pero su hermano se había ido abismando en sí mismo, absorto en sus apéndices electrónicos, hasta convertirse en un zombi al que Paulina había dejado de reconocer. Varias veces reclamó a su madre que le exigiera a Mateo ocuparse más de su papá, pero Carmela lo disculpaba apelando a la ineptitud emocional de los hombres.

Trastornada por los cannabinoides, entró al baño y se refrescó la cara con agua. Al verse en el espejo notó que tenía los ojos irritados y brillantes. Se abismó en la contemplación de una pupila, del iris castaño e imperfecto, de los vasos rojos sobre el ojo blanco. Nunca había visto con tanta atención ese órgano espeluznante. Después se sorprendió del hecho, por demás inexplicable, de que tenía dos ojos y una sola nariz.

Mirándose la nariz empezó a carcajearse. ¿Por qué era tan chistosa? No se acordaba. Tal vez las galletas estaban caducas, podridas, estoy alucinando. Fue a encerrarse en su cuarto. Se echó sobre la cama y los resortes rechinaron como ratas en fuga. Imaginarse a las ratas corriendo por el cuarto le pareció divertido. Se moría de la risa. Mecía la pelvis para azuzar el ruido y, llevada por el ritmo de las ratas, se entregó a un lascivo traqueteo que acabó pareciendo convulsión

demoniaca. Exhausta, se detuvo de pronto y volvió a reírse. Nunca se había divertido tanto. ¿Qué le pasaba? ¿Qué estaba pensando? Ya no se acordaba, pero se sentía muy bien.

—¿Has ido últimamente a la Cineteca? —preguntó Eduardo tan pronto como se hubo tendido sobre el diván.

La pregunta, tan frívola e inesperada, distrajo a Teresa de la pena por la muerte de su amiga Lourdes, a quien conoció en la sala de quimioterapia y que luego de muchos años libre de complicaciones había recaído seis meses atrás. Nadie estaba a salvo del retorno, por más arándanos, limones y granadas que consumiera.

Pero algo parecía estar ocurriendo con Eduardo. El simple hecho de preguntarle una cosa personal a su analista marcaba un punto de quiebre en el proceso transferencial. Había que aprovecharlo.

—Antes iba muy seguido —dijo ella—. Me gusta mucho el cine.

Eduardo se incorporó sobre el diván y se volvió hacia Teresa.

—¿Crees sea un lugar razonablemente limpio para mí?

La meta era lograr un cambio en la psique. Los moralistas grises afirmaban que la gente nunca cambia. Teresa aceptaba que cada quien poseía un núcleo inamovible, una suerte de alma temperamental, *alma* en el sentido más profano, ferretero, como el alma de aluminio de una tubería de polietileno, pero creía en el cambio de los hábitos, las ideas y las emociones. El alma psíquica de Eduardo era una sola, más allá del ello, ego y superyó, la sagrada trinidad freudiana. El mismo Freud marcó la senda: el yo ha de ser donde era el ello. Bajo los continentes en disputa por las tres instancias de la personalidad había un fundamento estable para el ser, más allá de toda circunstancia, libre de mutación; no importaba qué traumas, amores o lecturas cambiaran los modos de actuar, el alma perseveraba en su ser. El psicoanálisis era, sencillamente, la búsqueda de esa verdad ineludible. Como los héroes trágicos que inspiraron a Freud, cada quien debía encontrarse consigo mismo alguna vez, reconocerse, lograr la anagnórisis. Para que esto fuera posible se necesitaba creer en la esencia mental y Teresa no hallaba una palabra menos rancia que *alma* para nombrarla.

—¿Vas a ir a la Cineteca?

—No sé —dijo Eduardo—. No he entrado a un cine desde que tuve leucemia. Diez años o más. Mi mamá me llevaba los viernes.

Eduardo casi nunca se refería a su madre mas que para censurar alguna de sus conductas insalubres. En efecto, se trataba de una sesión crucial.

—¿Cuál quieres ver?

—Una película siria que Emilia puso en Facebook. Dijo que era la película más bella que

había visto y que se moría de ganas de volverla a ver. Le mandé un *inbox* diciéndole que yo también. Ni la había oído nombrar. Me respondió «vamos», con tres signos de exclamación. Le dije que este fin iba a salir de la ciudad. Quedamos para la próxima semana. Nada más de pensarlo... ¿Y si espera que la bese ahí, en los asientos, con ese aire, cómo voy a respirar? O si pide palomitas. Me va a dar muchísimo asco que se las coma con las manos. Si la beso voy a sentir mucho asco. Lo sé. No puedo.

—¿De qué vas a sentir asco?

—De... No de ella. No sé... De mí.

La verdad estaba ahí, reverberando en las palabras donde Eduardo por fin se confrontaba con un espejo nítido de sí mismo. Estaba pasmado. Teresa esperó en silencio, pensando que justamente ahí estaba la cura: mirarnos en el espejo es necesario para poder cambiar nuestra apariencia, en ese caso el yo, la propia imagen psíquica. De ahí que Freud se apoyara tanto en la tragedia clásica, en el reconocimiento que une al héroe con su destino. Teresa recordaba su momento, que no fue en un diván sino en la cama de un hotel, junto a su amante, cuando dijo que ella no quería ser buena. Esa misma noche le exigió el divorcio a su marido. Un piquete en el pecho le recordó la depresión que siguió, la condena social, el cáncer y la estúpida recriminación. El tumor era su culpa, de acuerdo con Wilhelm Reich, supuración de su alma. Cómo se odió a sí misma leyendo a ese charlatán. Cuánto asco sintió, igual que Eduardo.

—¿Por qué sientes asco de ti?

—No. O sea. Por todo lo que se me puede pegar en la Cineteca. Seguro está más sucia que un cine normal. Leí un estudio sobre los hospitales públicos en Inglaterra. Se descubrió que hay un treinta por ciento más de bacterias por metro cuadrado que en los privados, aunque las bacterias de los privados son más resistentes a los antibióticos. Es obvio. Pero el caso es que la limpieza deja mucho que desear. Ya busqué si la película está en otro cine, pero no. Ni siquiera en internet. Como es la última que se filmó en Siria. Ya había empezado la guerra. No es muy romántica que digamos. Es sobre una niña ciega que recita el Corán. Parece que los recitadores del Corán son los *rockstars* del islam. Y según esto la niña tiene una voz tan hermosa que se corre el rumor de que Alá se embelesa con ella y la protege de los misiles para que no interrumpan su recitación. Y como la gente cree eso, se empiezan a juntar las multitudes para escucharla durante los bombardeos. Pero luego la secuestran unos terroristas, le hacen cosas horribles y la ponen a cantar en su cuartel, toda ensangrentada. Eso vi en el tráiler. Estaría raro besarse en una película así, ¿no? De todos modos no sé, igual y no le gusto y nada más aceptó porque la quiere ver otra vez. Y voy a salir cubierto de ácaros traídos de todos lados. Me van a devorar. Si pudiera desinfectar el asiento antes de que ella entre a la sala. Pero seguro nos veríamos afuera, ¿no? Tendrían que dejarme pasar media hora antes. Pero ha de haber otra película a esa hora.

El momento crítico había pasado y Teresa no lo aprovechó. Tendría que haber interrumpido a Eduardo justo antes de que se refugiara en la fobia. ¿Por qué no intervino a tiempo? ¿Cómo se distrajo? Eduardo era, como aquel hombre junto al que creyó ser feliz, un autómata racional cuyo

motor funcionaba con sangre de niño miedoso, del niño que llevaban por dentro, amordazado. Había llegado el momento de ser infiel a su método.

—¿Cómo se llama la película? —le preguntó.

—¿*Cuántas noches vencí a la luna*? Ya sé que está muy cursi el título, pero le dieron un premio muy importante en Cannes.

—Suenan bien.

—No voy a poder. Sería horrible que me dé un ataque frente a Emilia. Tendría que llevar un tapabocas por si me pongo muy mal. —Eduardo se refería a episodios de asfixia psicósomática que la terapia con Teresa le había ayudado a suprimir—. ¿Y luego qué? Tendría que inventarle que tengo asma, lo cual tampoco suena muy atractivo. Aparte leí anoche una noticia de un mapache con rabia que se metió a un cine en Dallas y mordió a tres tipos. Uno de ellos no se quiso vacunar porque era mormón o algo así y se murió a los dos meses. Me puse a ver videos de animales rabiosos y luego de gente con la boca espumosa, alucinando, muriéndose de sed y con terror de beber agua. Me dieron las cinco de la mañana en la computadora. Parece que los roedores traen una cepa del virus contra la que no sirve la vacuna. A fuerza te mueres. ¿Qué onda con los virus? Ni siquiera están vivos y te matan. ¿Cómo podemos vivir en un mundo así?

—¿Por qué no vas antes a la Cineteca para ver cómo te sientes?

Eduardo negó con la cabeza.

—No puedo arriesgarme.

—¿A que te muerda un mapache? —dijo ella, convencida de que había llegado el momento de sabotear la transferencia con dinamita.

Eduardo la miró como si el virus de la rabia ya estuviera haciendo efectos en su cerebro.

—Mi madre te paga para que me entiendas, no para que te burles igual que ella.

—Te estoy tratando de entender.

Eduardo se puso de pie y empezó a doblar la sábana con la que cubría el diván. Teresa hubiera podido decirle en un arranque sádico: «Te dan miedo los gérmenes porque te das asco tú. Te dan asco las fotos de tu calvicie infantil, de tu palidez cadavérica, de tu mamá con guantes y tapabocas. Te da asco tu pene que eyacula, a pesar de ti, mientras duermes. No quieres que ella, como tu mamá, te castre o te vacíe. ¿Sabes cómo se llama el mapache rabioso? Pregúntale a Emilia. Está entre sus piernas».

—Gracias —dijo él con sarcasmo, listo para partir.

—Te acompaño a la Cineteca. Me encantaría ver esa película.

Eduardo la miró con el mismo desconcierto con que miraba a su madre cuando llegaba medio borracha un viernes por la noche.

—Yo te invito —agregó Teresa.

Por fin Teresa volvía a experimentar, sin niebla de marihuana, uno de esos momentos inverosímiles que salvaban su vida del absurdo.

Compraron boletos para la función de las cinco. Rondaron un buen rato afuera de la sala.

Vieron pasar a decenas de espectadores con enormes refrescos y cajas de palomitas de maíz. Eduardo revisaba su reloj cada minuto. Dieron las cinco. Un empleado se acercó a preguntarles si iban a entrar a la película. Teresa le dijo que lo estaban pensando. Pensaron media hora más. Alcanzaron a oír, distante, el canto de una voz arrobadora. Se marcharon al atardecer.

Ernesto había corrompido a las autoridades. Quieres mi casa, puto, Caín, mierda de la clase patronal. Ramón había tenido la satisfacción de escupirle la última vez que vino a amenazarlo en su casa. El médico había firmado la orden de desalojo. El médico y el juez, la misma escoria. Porque Ernesto le pagaba al doctor Aldama las visitas a domicilio. Carmela se lo dijo. Tu hermano nos está apoyando con las consultas. Ya no nos alcanza. Lo hace como inversión, esa culebra, para quedarse con nuestros bienes. Pero Ramón se iba a amparar. El juicio lo iba a promover con base en el artículo cuarto de la Constitución, párrafo siete, derecho a la vivienda, tómala cabrón. Más allá del amparo reina la barbarie. No te voy a pagar. La sentencia emitida por Aldama es ilegal. La deuda prescribió cuando nacimos de la misma mujer. No vas a sacarme de aquí. Tengo diez días hábiles para interponer el recurso ante el tribunal. ¿Qué hora es? Ramón buscó su reloj entre las cajas de medicina. No estaba en su lugar. Ernesto me lo robó. ¡Carmela! ¿Dónde está mi reloj? Ya me tengo que ir al tribunal. El fallo va a tardar lo suficiente. Un año, a lo mejor. ¿Dónde puse mi reloj? Avíseles que voy tarde. Se me hizo tarde aquí. Voy en camino. Me sentía un poco mal. ¿Quién eres? Pinche gato, suéltame. No me toques. No me toques. ¿Cuánto te pagó? Pinche judicial, ¿a dónde está la orden de aprehensión? Bájame, imbécil. Llámeme a Carmela. Que meta el amparo.

—Cálmese —le rogaba Elodia—, es mi hijo Toño.

Que me enseñen la orden de aprehensión. Suéltame y te pago. Tengo dinero. ¿Cuánto quieres?

Habían instalado la cama de Ramón dentro del estudio. Toño lo colocó en la silla de ruedas y lo llevó al jardín.

—Salude a Benito —dijo Elodia—. Buenos días, Benito, ya vino el licenciado a saludarte.

Quítenme esta chingadera. Tengo derecho a hablar.

—Es su oxígeno. Déjeselo ahí. Déjese.

—¿No quieres que te lo amarre? —preguntó Antonio.

—Ahorita se calma. No me gusta tenerlo como tamal.

No quiero tamales. Tráigame un pozole rojo de maciza. ¿Tú qué vas a querer? Yo invito.

—¡Culero!

—Mira, ya se le olvidó —le dijo Elodia a su hijo—. Ándale, ya vete a trabajar.

Dejaron a Ramón dormitando en el jardín. En sueños, Ramón se arrancó la mascarilla de oxígeno. Benito lo despertó.

—¡Cabrón!

¿Carmela?, ayúdame.

Benito se alteró.

—¡Cabrón! ¡Cabrón!

Elodia salió a ver qué sucedía.

—¿Y ahora qué traes, Benito? ¿A poco tienes...?

Ramón se estaba convulsionando. Ella sabía que en esos episodios había que traer el inhalador y administrarle tres chisguetes para que pudiera respirar. La mascarilla de oxígeno estaba tirada en el pasto. Ramón tenía los pulmones llenos de agua. Se la extraían con una jeringa enorme. Elodia tenía que subir corriendo por la medicina. De lo contrario el licenciado se iba a ahogar. Se hincó a su lado. Le detuvo las manos alborotadas.

—¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón! —vociferaba el loro.

Todas las noches Elodia prendía una veladora por el descanso de Ramón.

—Ilumíname, señor.

Ramón abrió los ojos, despabilado por un golpe de adrenalina.

Ayúdenme.

—Padre nuestro que estás en el cielo...

Una tromba de luces, voces, Benito rezando el Padre Nuestro, Elodia gritando «¡Cabrón!», Carmela probando un sope de chorizo.

—Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo...

El corazón batía tan fuerte que resonaba como un tambor en la conciencia. Una ola de endorfinas lo revolcó.

—Perdóname, Dios mío.

Elodia se aferraba a las manos de Ramón para aguantar la mirada en bruto de Dios. ¿Qué tan grave sería el pecado que estaba cometiendo? Tenía miedo. Sintió unas ganas tremendas de orinar. Tensó los músculos del vientre. Supo que antes de llamar a la señora, cuando todo hubiera terminado, antes de marcar los trece dígitos de su celular, haría una escala en el baño. Sentada en el excusado, orinando, ensayaría las frases. Señora, habla Elodia. El único testigo de la verdad sería Benito.

—¡Cabrón!

Le contaría a Carmela que escuchó los gritos de Benito y que cuando salió al jardín encontró al licenciado así, dormido con mucha paz. Bebería un trago de agua antes de marcar el número de la señora. Le avisaría llorando, mintiendo, pecando.

Elodia murmuraba un popurrí de rezos y Benito festejaba la vida de Ramón.

—Cordero —¡Cabrón!— de Dios, que quitas el pecado del mundo —¡Cabrón!—, una palabra tuya bastará para sanar mi alma —¡No mames, cabrón!

Ramón abrió la boca como un pichón hambriento hacia su madre.

Las mutaciones
Jorge Comensal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Hokus Pokus Créations
© de la fotografía de la portada, Plainpicture

© Jorge Comensal, 2016
Publicado de acuerdo con Ampí Margini Literary Agency y con la autorización de Jorge Comensal

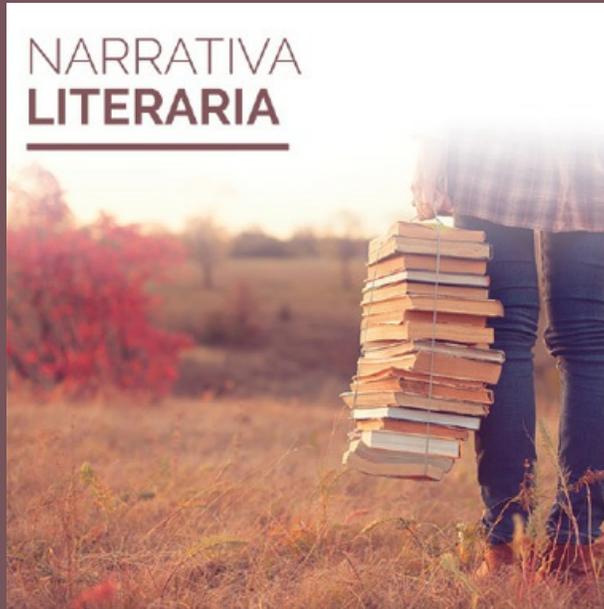
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3553-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



 Seix Barral

Jorge Comensal

Las mutaciones

